HERENCIA EN EL
PARAÍSO
HUGO SANZ

HERENCIA EN EL PARAÍSO

HUGO SANZ

Primera edición.
Herencia en el paraíso
©Hugo Sanz
©junio, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1

El cielo sobre Nueva York todavía era gris cuando el avión despegó, aunque desde mi asiento apenas veía la ciudad.

Las ventanillas ovaladas me devolvían un reflejo pálido, desdibujado por la luz suave de la cabina y por esa sensación extraña de estar abandonando una vida sin haber tenido tiempo de despedirme de ella.

Viajaba en el avión privado de mi padre.

Esa frase, que otras veces habría sonado a privilegio, aquella mañana tenía algo cruel. Todo allí llevaba su sello: el cuero color crema de los asientos, la madera oscura de las mesas plegables, el minibar con sus botellas perfectamente alineadas, incluso la manta de cachemira que una azafata colocó sobre mis piernas con una delicadeza que me hizo daño.

Michael Reed ya no estaba.

Mi padre, el hombre que había construido uno de los mayores complejos hoteleros del mundo, que podía convertir una playa casi desierta en un destino de lujo sin perder la sonrisa de niño travieso, había muerto de un infarto dos días antes.

Repentino, dijeron. Fulminante, añadieron, con esa precisión médica que convierte una tragedia en un informe. Yo solo escuché una cosa: no había podido despedirme.

Me enteré en el despacho de Nueva York, rodeada de pantallas, previsiones financieras y gráficos de rendimiento. Una parte de mí seguía allí, sentada frente al ordenador, con el móvil temblando en la mano y la voz de Samantha al otro lado de la línea.

«Tu padre ha fallecido, Caroline. Tienes que venir. Te mando el avión».

Ni siquiera fingió tristeza.

Samantha Davies siempre tuvo una capacidad extraordinaria para convertir cualquier frase en una orden. Llegó a Bora Bora desde Gales cuando yo tenía diez años, contratada para un puesto importante en la dirección del resort en el que vivíamos, propiedad de mi padre.

Al principio todos hablaban de ella con admiración: eficiente, preparada, elegante, una mujer capaz de reorganizar un hotel entero antes del desayuno. Mi padre también empezó hablando así de ella. Después dejó de hablar y comenzó a mirarla demasiado.

Mi madre lo notó antes que nadie.

Eleanor, que así se llamaba, no era una mujer de escándalos. Nunca gritaba, nunca hacía escenas, nunca permitía que el dolor le despeinara ni le quebrara la voz delante de otros.

Cuando su marido se enamoró de Samantha, mi madre recogió su dignidad, algunas maletas y el resto de su vida, y volvió a Nueva York. Yo, con diez años y una obstinación que entonces confundía con valentía, quise quedarme en Bora Bora.

Amaba aquella isla con una intensidad difícil de explicar a quien solo la había visto en folletos de viajes.

Para mí no era un destino de luna de miel ni un paraíso con cócteles imposibles. Era mi casa. Era el olor de las flores de tiaré al caer la tarde, el agua cambiando de azul según el humor del sol, las risas del personal del hotel cuando me veían correr descalza por los caminos de madera, el monte Otemanu apareciendo entre las nubes con una solemnidad que parecía protegerlo todo.

También era Samantha, una vez que mi madre no estuvo.

Samantha corrigiéndome la postura en la mesa. Samantha recordándome que los huéspedes no debían verme en zonas de servicio. Samantha insinuando que mi madre había preferido Manhattan a su propia hija. Samantha sonriendo delante de mi padre y cambiando de rostro cuando él salía de la habitación.

A los dieciocho años me marché.

Mi madre llevaba tiempo pidiéndomelo. Decía que Nueva York podía darme una educación mejor, una vida más amplia, una oportunidad de ser Caroline antes que la hija de Michael Reed.

Y entonces, harta de Samantha, le hice caso.

Estudié Finanzas porque era buena con los números y porque, de algún modo, me parecía la única forma de entender el idioma en el que mi padre había construido su imperio. Lo que no esperaba era encontrar allí a Alexandra.

Alexandra Reed era hija del hermano de mi padre y, hasta entonces, apenas había sido una prima con la que intercambiaba felicitaciones en Navidad.

Nos conocimos de verdad cuando llegué a Nueva York con dos maletas, una tristeza mal disimulada y la absurda certeza de que nadie podía entenderme. Ella apareció en el apartamento de mi madre con café, una caja de donuts y una frase que todavía me hacía sonreír.

«Soy tu prima, pero tranquila, no soy de esas que piden ni dan consejos espirituales.»

Desde aquel día se convirtió en el punto firme de mi vida. Mi brújula. Mi hermana, sin papeles oficiales. La persona que podía insultar a Samantha —aun sin conocerla— durante veinte minutos seguidos y después preguntarme si prefería *sushi* o tacos para cenar.

Alexandra nunca había estado en Bora Bora. A veces decía que esa era casi una ofensa familiar, aunque también reconocía que le daba miedo encontrarse con demasiada belleza de golpe y volverse insoportable.

Me habría acompañado en aquel viaje, pero su madre sufrió una caída tonta dos días antes y Alexandra estaba atrapada entre médicos, escayolas y un padre convencido de que todo podía solucionarse estando en familia. Me había prometido volar en cuanto pudiera.

Andrew tampoco venía.

Mi novio tenía una conferencia médica en Boston que no podía cancelar. Director de un hospital con solo treinta y cinco (diez años más que yo), promesa brillante de la medicina, hombre impecable en traje y con respuestas razonables para casi todo.

Me abrazó la noche anterior en mi apartamento y me repitió que estaría conmigo en cuanto resolviera sus compromisos. Quise creerle. Quise sentir alivio. Pero mientras el avión cruzaba nubes densas sobre el Atlántico, su ausencia ocupaba demasiado espacio.

Miré el anillo discreto que llevaba en la mano derecha, un regalo suyo por nuestro segundo aniversario. No era de compromiso, aunque todo el mundo actuaba desde hacía meses como si nuestra boda fuera cuestión de calendario.

Andrew Collins encajaba en mi vida neoyorquina con una precisión intachable: cenas benéficas, reuniones elegantes, conversaciones inteligentes, una estabilidad sin sobresaltos.

Mi padre lo aprobaba en la distancia. Mi madre también. Alexandra decía que era demasiado perfecto y un pelín aburrido.

Me reí apenas al recordarlo, y la risa se me quedó a medio camino.

Sobre la mesa tenía una carpeta enviada por los abogados de mi padre. No la había abierto.

Contenía documentos preliminares sobre la sucesión, instrucciones para el funeral, datos del resort y un correo impreso donde se mencionaba una reunión urgente. Herencia. Participaciones. Consejo directivo. Samantha.

Solo pensar en ella me provocaba arcadas.

Durante años había conseguido mantener Bora Bora dentro de mí sin permitir que Samantha lo contaminara por completo.

Recordaba el brillo del agua antes que sus comentarios. Los desayunos con mi padre antes que sus castigos velados. Las excursiones en barco, las flores, el calor dulce de las tardes, la risa grave de Michael cuando yo le pedía que no trabajara tanto. Mi padre no había sido perfecto. Había destrozado a mi madre, había permitido demasiadas cosas y quizás había mirado hacia otro lado más veces de las que yo podía perdonarle. Pero me quiso. De eso nunca dudé.

Y ahora volvía para enterrarlo.

La azafata se acercó para preguntarme si necesitaba algo.

Le pedí agua, aunque apenas había probado la anterior. Cuando se marchó, apoyé los dedos sobre la carpeta sin abrirla todavía.

Al otro lado del mundo me esperaba una isla que un día fue mi hogar, una mujer que nunca me quiso allí y un funeral en el que todos esperarían que la hija del gran Michael Reed llorara con compostura.

No sabía si podría hacerlo.

Quizás en Bora Bora todo siguiera igual: el mar imposible, el perfume de las flores, los bungalós flotando sobre la laguna, las sonrisas amplias del personal, el lujo dispuesto con una precisión casi teatral.

Quizás el resort continuara funcionando sin mi padre, con Samantha ocupando el espacio que él dejaba, convencida de que la muerte también podía gestionarse con una agenda y un vestido negro de firma.

Cerré los ojos un instante y vi a Michael en una imagen antigua, mucho antes de Nueva York, mucho antes de Andrew, mucho antes de las llamadas formales y las reuniones de abogados. Estaba en la playa, arremangado hasta las rodillas, enseñándome a distinguir los tonos del agua.

«El azul también tiene carácter, Caroline. Solo hay que aprender a mirarlo», me decía.

Abrí los ojos antes de que el recuerdo me hundiera del todo.

El avión avanzaba hacia el Pacífico, hacia una parte de mi vida que cerré durante siete años con más miedo que decisión. Volvía a Bora Bora convertida en una mujer adulta, con un título en Finanzas, un novio formal y un apellido que pesaba más que nunca. Pero debajo de todo eso seguía existiendo la niña que corrió por aquel resort creyendo que el mundo podía caber en una isla.

Y esa niña acababa de perder a su padre.

Capítulo 2

Cuando el avión comenzó a descender, dejé de fingir que estaba leyendo los documentos que los abogados de mi padre me habían enviado y giré la cabeza hacia la ventanilla.

Durante unos segundos me quedé quieta, observando el océano que se extendía bajo nosotros y sintiendo una presión extraña en la garganta.

Habían pasado siete años desde la última vez que puse los pies en Bora Bora y, aun así, la reconocí al instante. Era imposible no hacerlo.

En aquellos años, mi padre aprovechó ciertos viajes de negocios para visitarme en Nueva York, él solo, y yo evité volver a ese lugar paradisíaco del mundo para no encontrarme con su mujer.

La laguna rodeaba la isla con una gama de azules tan amplia que parecía inventada.

En algunas zonas el agua era tan clara que podía distinguirse la arena blanca del fondo; en otras adquiría un tono turquesa intenso que siempre me había parecido irreal.

Más allá se elevaba el monte Otemanu, cubierto de vegetación y parcialmente envuelto por nubes bajas.

Durante toda mi infancia pensé que aquella montaña vigilaba la isla. A los diez años estaba convencida de que, si algún día me perdía, bastaría con seguir viéndola para encontrar el camino de regreso a casa.

Casa.

La palabra resultaba complicada.

Nueva York era mi hogar desde los dieciocho años. Allí me gradué. Allí vivía mi madre. Allí estaba Alexandra. Allí estaba Andrew. Sin embargo, cada vez que alguien me preguntaba de dónde era realmente, mi respuesta seguía siendo la misma.

Bora Bora.

Aunque aquella isla también guardara algunos de los recuerdos más difíciles de mi vida.

El avión aterrizó poco después y una oleada de calor me envolvió en cuanto descendí por la escalerilla.

Cerré los ojos durante un instante. El aire olía a mar, a flores tropicales y a una humedad que no tenía nada que ver con los inviernos neoyorquinos. Sentí que el cuerpo reconocía aquel lugar antes incluso que la cabeza.

La lancha privada que había enviado el resort me esperaba junto al embarcadero del aeropuerto.

Durante el trayecto apenas aparté la vista del paisaje.

Los motus, pequeños islotes de arena y coral, aparecían cubiertos de palmeras que parecían surgir directamente del agua.

Los bungalós construidos sobre pilotes se extendían sobre la laguna formando dibujos geométricos perfectos.

Algunas embarcaciones navegaban a lo lejos y el sol arrancaba destellos plateados de la superficie del mar.

Bora Bora seguía siendo mágica.

Dolorosamente mágica.

Mientras la lancha avanzaba, recordé las tardes que había pasado allí con mi padre.

Michael Reed conocía cada rincón de la isla mejor que muchos habitantes locales.

Había llegado siendo joven, enamorado de aquel lugar y convencido de que podía construir algo extraordinario sin destruir la belleza que lo rodeaba. Lo consiguió. Con los años, y con la ayuda de mi madre, levantó uno de los complejos hoteleros más exclusivos del Pacífico y convirtió Bora Bora en el centro de su vida.

Y de la mía.

Hasta que apareció Samantha. Apreté los labios y desvié la mirada hacia el horizonte. No quería pensar en ella todavía.

La lancha atracó finalmente en el embarcadero principal del complejo. Apenas pisé sobre la madera cuando vi una figura conocida esperándome junto a uno de los vehículos del resort.

Tama.

Durante un segundo volví a tener pocos años.

Seguía siendo enorme. El tiempo había cubierto de canas gran parte de su cabello y había dibujado nuevas líneas alrededor de sus ojos, pero conservaba la misma expresión afable que recordaba.

Ese hombre trabajó para mi padre prácticamente toda la vida. Oficialmente, era chófer. En realidad era mucho más que eso. Había formado parte de mi infancia de una manera tan natural que jamás lo consideré un empleado.

Ni siquiera intentó saludarme desde la distancia. Se acercó directamente y me abrazó.

Apreté los ojos al sentir sus brazos alrededor de mis hombros.

—Mi pequeña Caroline —murmuró con voz ronca—. Ojalá nos hubiéramos reencontrado en otras circunstancias.

Su frase consiguió lo que llevaba horas evitando. Las lágrimas volvieron a aparecer.

—Yo también lo hubiera deseado, Tama.

Él negó con la cabeza y me observó durante unos segundos.

—Tu padre hablaba de ti todos los días.

Tuve que apartar la vista. Porque sabía que era cierto. Porque, pese a la distancia, jamás dejamos de llamarnos.

Porque las discusiones que mantuve con él a causa de Samantha nunca llegaron a romper lo que existía entre nosotros.

Subimos al vehículo y abandonamos el embarcadero. Mientras avanzábamos por la carretera que bordeaba parte de la costa, fui reconociendo lugares que creía olvidados. Pequeños restaurantes familiares, senderos que conducían a playas escondidas, jardines rebosantes de hibiscos y buganvillas. Cada rincón parecía despertar una historia distinta.

—La isla está muy afectada —comentó Tama mientras conducía—. Michael ayudó a muchas familias durante años. Hay gente que todavía no se cree que haya fallecido.

Asentí sin apartar la vista del paisaje.

—Yo tampoco termino de creérmelo.

Aquello era lo más extraño de todo. Había llorado. Había surcado el aire durante miles de kilómetros. Había dejado atrás mi vida durante varios días para asistir a su funeral. Y aun así, una parte de mí seguía esperando recibir una llamada suya preguntándome cuándo pensaba llegar.

Poco después apareció el complejo.

Había visto fotografías recientes, informes financieros y campañas publicitarias del resort. Nada se acercaba a contemplarlo en persona.

El Reed Paradise Resort ocupaba una enorme extensión frente a la laguna.

Los jardines descendían hacia el océano formando terrazas cubiertas de vegetación tropical. Varias piscinas se integraban entre palmeras y cascadas.

Los caminos de piedra blanca serpenteaban entre villas privadas ocultas por la vegetación. Más allá se extendían las famosas pasarelas de madera que conducían hasta los bungalós flotantes sobre el agua cristalina.

Todo desprendía elegancia.

Pero no una elegancia ostentosa.

Mi padre siempre insistió en que los huéspedes debían sentir que la naturaleza era la verdadera protagonista.

—Está precioso —susurré.

—Michael estaría orgulloso de escucharte decir eso.

Seguí observándolo mientras avanzábamos. Había dedicado años a estudiar balances financieros y gestión empresarial. Sabía perfectamente el valor económico de aquel lugar. Sin embargo, al verlo de nuevo comprendí algo que las cifras nunca reflejaban.

Aquel resort era la obra de toda una vida.

Y ahora pertenecía a un futuro incierto.

La residencia familiar apareció unos minutos después, situada sobre una elevación desde la que podía contemplarse buena parte de la laguna.

Se trataba de una construcción espectacular, aunque siempre me había parecido más un hogar que una mansión. Grandes ventanales abiertos al océano, terrazas cubiertas de vegetación y espacios diseñados para disfrutar del paisaje sin necesidad de encerrarse entre paredes.

Allí había crecido. Allí había aprendido a nadar. Allí había celebrado cumpleaños, Navidades y veranos interminables. Y allí me esperaba ahora mi padre.

El coche se detuvo frente a la entrada principal.

Había vehículos aparcados por todas partes. Empleados, amigos, directivos y vecinos entraban y salían de la casa con expresiones sombrías. Sobre los escalones se acumulaban coronas de flores llegadas de distintos lugares del mundo.

Entonces levanté la vista hacia los ventanales del salón principal.

Y lo vi.

El féretro descansaba en el centro de la estancia, rodeado de flores blancas y bajo la luz dorada que entraba desde la terraza abierta al mar.

Mi llegada era lo único que faltaba para que pudieran despedirlo.

Y, de repente, comprendí que ningún abogado, ninguna herencia y ninguna preocupación sobre el futuro importaban en aquel instante.

Porque detrás de aquellas puertas estaba el hombre que más había querido en el mundo.

Y estaba a punto de decirle adiós.

Permanecí inmóvil durante unos segundos que se hicieron eternos.

La casa estaba allí, exactamente igual a como la recordaba, bañada por la luz brillante de Bora Bora y rodeada por unos jardines que mi padre mimó con un orgullo casi infantil. Sin embargo, aquella no era la misma casa de mi infancia. No para mí. No aquel día.

Mis ojos permanecieron fijos en la entrada principal mientras intentaba reunir fuerzas para avanzar.

Recordé la última vez que crucé aquellas puertas.

Aquel día salí con una mezcla extraña de rabia y tristeza. Mi padre me acompañó hasta el coche. Recuerdo que intentó sonreír varias veces durante la despedida y que ninguna le salió bien. Cuando me abrazó, tuve la sensación de que ambos sabíamos que algo importante estaba terminando.

Ahora volvía siete años después.

Y él ya no estaba esperándome al otro lado de la puerta.

Tragué saliva, sujeté con fuerza el asa de mi bolso y obligué a mis piernas a moverse. Apenas eran unos metros, pero nunca un camino tan corto me había parecido tan difícil de recorrer.

Capítulo 3

Apenas había subido los primeros escalones cuando Samantha apareció en la entrada principal de la casa, vestida de negro de pies a cabeza, con un traje de corte parisino y un collar de perlas que debía pesar más que ella.

Aquella mujer vivía para su imagen y, por lo que sabía de ella, a lo largo de los años no perdió la costumbre de visitar París con asiduidad a fin de engalanar su vestidor como decía merecer.

Bajo mi punto de vista, sin embargo, no merecía ni agua.

Durante un instante pensé en mi madre, en su elegancia serena y en esa forma suya de llenar una habitación sin imponerse a nadie.

Samantha era lo contrario. No entraba en los espacios: los ocupaba. Los reclamaba. Los convertía en una prolongación de sí misma.

Seguía siendo hermosa, de una manera fría y calculada.

Era bastante más joven que mi padre y también que mi madre, aunque su juventud no tenía nada fresco.

Había algo rígido en ella, en la barbilla elevada, en la boca apenas curvada, en las manos entrelazadas delante del cuerpo con un aire de propietaria absoluta.

No parecía una mujer que acabara de perder a su marido. Parecía la anfitriona de un acto social que se le había alargado más de lo previsto.

—Caroline —saludó, sin acercarse demasiado—. Por fin llegas.

El «por fin» quedó flotando entre ambas con una mala educación tan pulida que casi habría podido confundirse con cortesía.

Tama, a mi lado, inclinó la cabeza, pero noté en su mandíbula una dureza que no recordaba.

Dos empleadas que cruzaban el vestíbulo con bandejas de bebidas se detuvieron al verme.

Una de ellas, Maeva, a quien reconocí al instante pese al paso de los años, se llevó una mano al pecho y sus ojos se humedecieron.

Samantha giró apenas la cabeza hacia ellas y las dos retomaron el paso con una rapidez que me dijo más que cualquier explicación.

—El vuelo era largo —respondí, haciendo un esfuerzo por no dejar que la rabia se mezclara con el dolor—. Vine en cuanto pude.

—Todo se ha retrasado mucho —añadió ella, repasando mi ropa con una mirada breve y afilada—. Comprenderás que hay autoridades, directivos y representantes de varios grupos hoteleros esperando desde hace horas. Michael era una figura importante y este tipo de cosas requiere organización.

«Este tipo de cosas».

Mi padre, muerto en el salón de nuestra casa, reducido por Samantha a un inconveniente de agenda.

Sentí que el aire se volvía escaso dentro de mis pulmones.

No quise contestar. No allí. No delante de Tama, de los empleados, de las coronas de flores ni de aquella casa que ya me recibía con una pena demasiado grande.

Avancé sin pedirle permiso y crucé el vestíbulo de mármol claro, aquel mismo vestíbulo donde de niña corría descalza después de bañarme en la laguna, mientras mi padre fingía enfadarse porque iba dejando huellas de agua por todas partes.

El salón principal estaba lleno de flores blancas.

Había orquídeas, lirios, rosas, tiarés y coronas enviadas desde Nueva York, París, Los Ángeles y Papeete, por nombrar algunos lugares distantes entre sí.

El perfume era intenso, casi mareante, mezclado con el aire salado que entraba desde la terraza abierta al océano.

Varias personas conversaban en grupos pequeños, con copas o cafés en las manos.

Algunos dejaron de hablar al verme. Otros inclinaron la cabeza con respeto.

Reconocí rostros de mi infancia, empleados del resort que habían envejecido conmigo en la distancia y que ahora me miraban con un cariño que terminó de quebrarme por dentro.

El féretro estaba en el centro de la estancia.

Me acerqué despacio, sin mirar a nadie más.

Mi padre descansaba rodeado de flores, vestido con un traje oscuro que le sentaba con la misma elegancia de siempre.

Le habían peinado con cuidado y conservaba esa expresión distinguida que tantas veces le vi en reuniones, cenas benéficas y fotografías oficiales.

Pero ya no estaba allí.

No estaba en su boca, que no iba a torcerse con ironía; ni en sus manos, que no iban a buscar las mías; ni en sus párpados cerrados, detrás de los cuales ya no quedaba ninguna idea brillante ni ninguna promesa pendiente.

—Papá… —murmuré.

La palabra salió muy baja, casi rota.

Apoyé los dedos sobre el borde del féretro.

La madera estaba fría, pulida, perfecta. Demasiado perfecta para contener lo único que me quedaba de él.

Durante unos segundos intenté recordar su voz sin que el dolor la deformara.

Su risa grave en la terraza.

La manera en que pronunciaba Caroline cuando quería convencerme de algo.

Sus mensajes de madrugada porque olvidaba la diferencia horaria y luego fingía que lo había hecho para comprobar si seguía siendo su hija favorita.

Era su única hija.

Y aun así Samantha se movía por aquella casa con la seguridad de quien ya había decidido que todo le pertenecía.

La escuché detrás de mí, hablando con la máxima autoridad de la isla y con dos hombres a los que reconocí vagamente del consejo turístico.

Su tono había cambiado.

Ahora sonaba suave, casi meloso, adornado con frases sobre el legado de Michael, la continuidad del resort y la importancia de mantener la estabilidad.

No hablaba de amor. No hablaba de pérdida. Hablaba de imagen, de futuro empresarial, de compromisos institucionales.

Cada palabra parecía escogida para recordarles a todos que ella seguía allí, al frente, ocupando un puesto que nadie le había discutido todavía.

—Ha sido un golpe terrible para todos —decía, con una mano apoyada sobre el brazo de uno de aquellos hombres—. Pero Michael habría querido que protegiéramos lo que construyó. Yo me encargaré de que así sea.

«Yo».

Me giré apenas.

Tama permanecía cerca de la entrada del salón, atento a mí y no a ella.

Maeva había dejado una bandeja sobre una mesa auxiliar y me miraba con los ojos llenos de pena.

Otro empleado, Henri, bajó la cabeza cuando nuestras miradas se cruzaron.

Había afecto en ellos. Un afecto antiguo, sincero, lleno de recuerdos compartidos. También había prudencia. Una cautela aprendida a fuerza de convivir con Samantha, de medir cada gesto, de escoger cada palabra antes de pronunciarla.

Ella lo notó.

Claro que lo notó.

Samantha podía no tener corazón, pero tenía un instinto perfecto para detectar cuándo una habitación dejaba de girar a su alrededor.

—Caroline —intervino desde el otro lado del salón, elevando la voz lo justo para atraer la atención de todos—, cuando termines, deberíamos hablar unos minutos sobre el orden de la ceremonia. Hay varios detalles que conviene cerrar cuanto antes.

Cuando termines.

Miré a mi padre una última vez antes de apartarme del féretro. Me obligué a no responder desde la herida, aunque tuve que apretar los dedos contra la palma de la mano para conseguirlo.

—Acabo de llegar para despedirme de mi padre, Samantha. Los detalles pueden esperar.

Algunos rostros se volvieron hacia ella. No hubo escándalo ni murmullos evidentes ni gestos exagerados. Solo una atención nueva, pequeña, suficiente para que la piel de Samantha se endureciera bajo su maquillaje perfecto.

Sonrió.

Una sonrisa mínima, sin afecto.

—Por supuesto. Todos comprendemos tu estado.

Aquello fue casi peor que una ofensa directa.

Me estaba colocando en el papel de hija desbordada, de mujer incapaz de entender la importancia del momento, mientras ella se reservaba el lugar de viuda eficiente y dueña de la situación.

La gélida Samantha seguía allí. La misma que convertía cualquier crueldad en una frase educada. La misma que me había hecho sentir intrusa en mi propia casa cuando todavía llevaba uniforme escolar y trenzas mal hechas.

Maeva se acercó entonces con una copa de agua.

—Caroline —susurró—, ¿quieres sentarte un momento?

La ternura de su voz me atravesó con más fuerza que la hostilidad de Samantha.

Cogí la copa y le apreté los dedos un segundo, agradecida por aquel gesto sencillo que me devolvía una parte de lo que había perdido al marcharme.

—Gracias, Maeva.

Sus ojos brillaron.

—Bienvenida a casa.

Samantha oyó la frase.

Vi cómo su expresión cambiaba apenas. Fue rápido, casi imperceptible, pero lo suficiente para entender que aquella bienvenida le molestó más que mi respuesta anterior. Porque el resort podía obedecerla, los directivos podían escucharla y las autoridades podían sonreírle por educación, pero aquella casa recordaba. Sus paredes, sus empleados, sus jardines y hasta el aire que entraba desde la terraza sabían que yo no era una invitada.

Era Caroline Reed.

Y había vuelto.

Capítulo 4

Samantha me hizo pasar a una sala lateral después de que Maeva me ofreciera agua y de que varias personas se acercaran a darme el pésame.

La estancia era una de las favoritas de mi padre, una biblioteca luminosa con vistas a la laguna, estanterías de madera clara y un escritorio amplio desde el que solía revisar contratos con las mangas de la camisa remangadas.

Ver a Samantha allí, dando instrucciones con una carpeta negra entre las manos, me pareció una intromisión casi física.

—La ceremonia comenzará en una hora —anunció, sin invitarme a sentarme—. He preparado un orden breve, aunque digno.

Hablarán las autoridades, después un representante del consejo turístico y, si el ministro confirma su llegada, también convendría concederle unos minutos. Michael era una figura relevante para toda la Polinesia Francesa.

Miré la carpeta y después la miré a ella. Llevaba los labios pintados en un tono oscuro, demasiado perfecto para una mujer que se suponía devastada.

Quizás en otra situación habría conseguido que todo pareciera elegante. Aquel día solo parecía una puesta en escena.

—Mi padre no habría querido un acto político —le respondí, procurando que la voz me saliera firme—. Le habrían sobrado la mitad de esos discursos.

Samantha levantó una ceja.

—Tu padre era un empresario internacional, Caroline. No podemos despedirlo con la sencillez de una comida familiar junto a la playa.

—Precisamente eso se habría parecido más a él que esta recepción de autoridades.

La boca se le curvó con una paciencia falsa, de esas que utilizan los adultos cuando creen estar tratando con una niña caprichosa. Habían pasado siete años, pero Samantha conservaba intacto aquel talento para reducirme a algo menor con un solo gesto.

—Entiendo que estés afectada, pero hay compromisos que atender. Michael no era solo tu padre.

—Y tampoco era solo tu apellido de casada.

Sus dedos se cerraron sobre la carpeta.

—Soy su viuda.

—Y yo soy su hija —repliqué, dando un paso hacia el escritorio donde mi padre había pasado tantas tardes—. No lo olvides cuando hables de él como si fuera una marca, una propiedad o un evento pendiente de cerrar.

Durante un instante vi algo más que frialdad en sus ojos. Fue irritación pura, rápida, mal escondida bajo la capa de refinamiento que llevaba años puliendo. Después rio por lo bajo, sin alegría, con una malicia suave que me recordó demasiadas tardes de mi adolescencia.

—Sigues siendo igual de sentimental.

—Y tú sigues confundiendo controlar un lugar con pertenecer a él.

Samantha dejó la carpeta sobre la mesa con una precisión estudiada. La cubierta negra rozó la madera y me dieron ganas de retirarla de allí, de devolver aquel escritorio a la memoria de mi padre, lejos de sus listas, sus nombres importantes y sus prioridades retorcidas.

—La ceremonia se hará como estaba previsto —sentenció—. No voy a permitir que tu reacción de hija dolida convierta el funeral de Michael en una escena íntima y desordenada.

—No voy a discutir delante de su féretro —le contesté—, pero tampoco voy a dejar que lo despidas como si estuvieras inaugurando una ampliación del resort. Hablará quien tenga que hablar, pero después quiero un momento para la familia y para la gente que de verdad le quería. Los empleados incluidos.

Su expresión se endureció.

—Los empleados ya han presentado sus respetos.

—Algunos llevaban más años con él que tú.

La frase salió antes de que pudiera medirla, pero no me arrepentí.

Samantha abrió la boca, aunque en ese momento llamaron a la puerta y uno de los organizadores del funeral asomó la cabeza para avisar de que todo estaba preparado.

Ella recuperó su máscara de anfitriona en menos de un segundo, tomó la carpeta y salió delante de mí con la espalda recta y la seguridad de quien aún creía que aquella casa respondía a su paso.

La ceremonia se celebró en los jardines que descendían hacia la laguna. Habían colocado sillas blancas bajo una estructura cubierta de flores tropicales, con el monte Otemanu al fondo y el mar extendiéndose más allá de los bungalós del resort.

Era un lugar precioso, aunque el montaje tenía un aire demasiado solemne para mi padre. Michael habría preferido menos protocolo, menos discursos ensayados y más gente contando anécdotas con una copa en la mano al atardecer.

Me senté en primera fila, junto a Samantha, aunque la distancia entre nosotras parecía ocupar toda la hilera.

Ella saludaba con inclinaciones discretas a cada autoridad que llegaba, aceptaba pésames con una mano sobre el pecho y pronunciaba el nombre de mi padre con una dicción impecable.

Desde fuera podía parecer una viuda admirable. Desde donde yo estaba, solo veía a una mujer pendiente de quién la observaba.

Las autoridades hablaron de inversión, empleo y legado. Un directivo del grupo mencionó la visión empresarial de Michael. Otra autoridad recordó su contribución al turismo de lujo.

Todo era correcto, incluso hermoso en algunos momentos, pero me dolía que faltara el hombre real. El que a veces no dudaba en comerse las sobras del desayuno en la cocina con Tama. El que se sabía los nombres de los hijos de los jardineros. El que bailaba fatal en las fiestas del personal y se reía de sí mismo con una alegría contagiosa.

Cuando me tocó levantarme, no llevaba ningún discurso escrito.

Samantha me lanzó una mirada breve hacia la carpeta que tenía sobre las rodillas, quizás esperando que me limitara a leer unas frases formales. No lo hice.

Me coloqué frente a todos y miré primero el mar.

—Mi padre amaba esta isla —empecé—. Mucha gente recordará a Michael Reed por el resort que construyó, por sus decisiones empresariales o por la forma en que convirtió este rincón en un lugar conocido en todo el mundo.

»Yo prefiero recordarle por otras cosas. Por cómo se detenía a hablar con cualquiera, por cómo era incapaz de pasar junto a un niño sin hacer alguna tontería para arrancarle una sonrisa, por cómo defendía que la belleza de Bora Bora no se compraba, se respetaba.

Algunas personas bajaron la cabeza.

Vi a Maeva llorar sin intentar ocultarlo. Tama permanecía en un lateral, con las manos unidas delante del cuerpo y la mandíbula firme.

—Era mi padre —continué, notando que la voz me temblaba solo lo justo para seguir siendo mía—. Y aunque vivíamos lejos, nunca dejé de sentir que una parte de mí seguía aquí con él.

»Hoy no quiero hablar del empresario. Quiero despedirme del hombre que me enseñó a mirar el mar y a distinguir los azules. Del hombre que me llamaba Caroline con el más dulce de los tonos cuando quería que le perdonara algo. Del hombre que me quiso incluso cuando no supo protegerme de todo.

La última frase no estaba pensada para Samantha, pero la sentí moverse en su asiento.

Terminé dando las gracias a quienes le habían acompañado durante tantos años y pedí que, después de la ceremonia, los empleados pudieran acercarse sin prisas.

No era mucho. Era apenas una pequeña victoria. Pero vi en varios rostros una emoción que compensó la tensión que esperaba encontrar en Samantha al volver a mi sitio.

Fue entonces cuando lo vi.

Estaba entre los trabajadores del resort, algo apartado, con una camisa blanca sencilla y el cabello oscuro movido por la brisa.

Lucas Teva.

Por un momento pensé que la memoria me estaba jugando una mala pasada, que quizás aquel hombre no podía ser el chico que fue mi primer amor de juventud en la isla. Pero luego sonrió con timidez, apenas un gesto breve, y reconocí de golpe al muchacho que me esperaba cerca del muelle cuando yo tenía diecisiete años y creía que marcharme a Nueva York era lo único que podía salvarme.

Lucas.

No me acerqué.

No era el momento, ni el lugar, ni la despedida adecuada para despertar algo que había permanecido dormido durante siete años.

Pero saber que estaba allí, entre la gente que quiso a mi padre de verdad, me provocó una punzada extraña, dolorosa y dulce a la vez.

Samantha siguió recibiendo condolencias junto a las autoridades, demasiado ocupada en representar su papel para advertir que, en medio de aquel funeral organizado a su medida, Bora Bora acababa de recordarme que aún guardaba cosas mías.

Capítulo 5

Aquella noche permanecí en la terraza hasta que las luces del resort comenzaron a apagarse poco a poco.

Desde allí podía ver parte de los bungalós extendidos sobre la laguna, las pasarelas iluminadas que parecían flotar sobre el agua y el perfil oscuro del monte Otemanu recortándose contra el cielo.

Había pasado siete años sin regresar a Bora Bora y, sin embargo, bastó una sola mirada para descubrir que algunas cosas seguían ocupando exactamente el mismo lugar dentro de mí.

El problema era que aquella isla nunca venía sola. Bora Bora siempre arrastraba recuerdos. Algunos felices. Otros dolorosos. Y, entre ellos, apareció de nuevo Lucas.

Quizás porque no recordaba una infancia sin él.

Cuando intentaba buscar el inicio de nuestra historia, nunca encontraba un punto concreto.

No existía una primera presentación ni una fecha que pudiera señalar en un calendario.

Lucas había formado parte de mi vida desde siempre.

Era el niño moreno que corría por los jardines del resort con una energía inagotable, el que se sabía cada sendero oculto entre la vegetación, el que conocía los mejores lugares para pescar y el que estaba convencido de que cualquier tarde podía convertirse en una aventura si uno se esforzaba lo suficiente.

Su padre trabajaba para el complejo desde hacía años y toda su familia era muy querida en la isla.

La mía también. Por eso crecimos compartiendo espacios sin que nadie le diera importancia.

Para los adultos éramos simplemente dos niños que pasaban demasiado tiempo juntos. Para nosotros, aquella amistad era tan natural que jamás nos preguntamos de dónde venía.

A medida que crecimos, el resort se convirtió en nuestro territorio particular.

Mientras otros adolescentes soñaban con grandes ciudades que solo conocían por películas, nosotros teníamos una isla entera para explorar.

Pasábamos las tardes navegando por la laguna, recorriendo playas escondidas o caminando por senderos que atravesaban la vegetación tropical.

Todavía puedo recordar la facilidad con la que Lucas conseguía hacerme reír incluso en los días más complicados.

Nunca fue el tipo de persona que necesitara llamar la atención.

No era el más ruidoso ni el más temerario.

Su encanto estaba en otra parte.

Tenía una forma especial de mirar el mundo, una capacidad casi milagrosa para encontrar belleza en las cosas sencillas.

Si yo señalaba una construcción espectacular, él prefería enseñarme un rincón de la isla donde las tortugas aparecían al amanecer.

Si alguien hablaba de dinero, él hablaba de libertad.

Si yo me preocupaba por el futuro, Lucas conseguía convencerme de que aquella tarde seguía siendo nuestra y merecía la pena disfrutarla.

Mi padre lo adoraba.

A veces creo que lo veía como al hijo que nunca tuvo.

Michael Reed respetaba a las personas trabajadoras y Lucas era una de ellas.

Mientras muchos chicos de nuestra edad solo pensaban en divertirse, él empezó a colaborar en el resort muy joven.

Primero ayudaba donde hacía falta. Después asumió pequeñas responsabilidades y, con el tiempo, terminó trabajando como botones.

Lo recuerdo perfectamente con aquel uniforme impecable, moviéndose por las instalaciones con una profesionalidad que sorprendía a todo el mundo.

Resultaba curioso observar la diferencia entre el Lucas que atendía a los huéspedes y el que aparecía fuera de horario laboral.

Durante el trabajo era educado, eficiente y responsable.

Cuando terminaba la jornada, volvía a ser el chico que me convencía para subir a una lancha y perseguir una puesta de sol porque, según él, aquella tenía colores distintos a todas las anteriores.

Creo que empecé a enamorarme de él mucho antes de darme cuenta.

No fue algo repentino ni espectacular.

No hubo una fecha marcada en rojo ni una revelación inesperada.

Sencillamente, llegó un momento en el que Lucas se convirtió en la primera persona a la que quería contarle cualquier cosa.

Si me ocurría algo bueno, pensaba en él. Si estaba enfadada, buscaba su compañía.

Si tenía miedo, terminaba encontrándolo de una forma u otra.

Cuando Samantha llegó a nuestras vidas y todo comenzó a complicarse, su presencia se volvió todavía más importante.

Yo quería a mi padre, pero la aparición de aquella mujer cambió muchas cosas dentro de casa.

Nunca logré sentirme cómoda con ella.

Había algo en su forma de comportarse que me hacía sentir desplazada, como si mi existencia representara un estorbo para la vida perfecta que intentaba construir junto a Michael.

Durante años soporté comentarios, actitudes y pequeñas crueldades que mi padre jamás llegó a percibir del todo. Y cada vez que salía de aquella casa sintiéndome enfadada o triste, Lucas estaba allí.

No intentaba solucionar mis problemas.

Nunca habló mal de mi padre. Tampoco alimentó mis resentimientos.

Se limitaba a escucharme y a recordarme quién era cuando yo empezaba a olvidarlo.

Muchas veces caminábamos junto al mar durante horas mientras yo me quejaba de Samantha y de la situación en casa.

Otras veces ni siquiera hablábamos de aquello.

Navegábamos, nos bañábamos o compartíamos una cena improvisada en cualquier rincón de la isla.

Con él la vida recuperaba cierta normalidad. Era el lugar al que volvía cuando todo lo demás empezaba a desordenarse.

Por eso el paso de la amistad al amor resultó tan sencillo.

Llegó de forma tan natural que ninguno de los dos sintió necesidad de ponerle nombre durante mucho tiempo.

Nos besamos una tarde cualquiera y lo vivimos con la misma tranquilidad con la que habíamos vivido todo lo anterior.

No hubo promesas grandiosas ni declaraciones imposibles.

Éramos dos jóvenes enamorados que compartían una isla, un pasado y una confianza construida durante años.

Aquel fue probablemente el detalle más importante de nuestra historia. Antes de ser novios habíamos sido amigos. Amigos de verdad. De esos que conocen los defectos del otro y aun así deciden quedarse.

A veces me pregunto si precisamente por eso dolió tanto la despedida.

Cuando cumplí dieciocho años, ya sabía que iba a marcharme a Nueva York. Mi madre llevaba años deseando tenerme cerca y yo misma necesitaba alejarme de la influencia de Samantha.

Estudiar Finanzas me parecía una oportunidad maravillosa y, además, suponía empezar una vida propia lejos de todos los conflictos acumulados durante mi adolescencia.

Lucas entendió mi decisión desde el primer momento. Nunca me pidió que me quedara. Nunca intentó convencerme de que cambiara mis planes. Creo que los dos sabíamos que hacerlo habría sido egoísta.

La última noche antes de mi partida nos encontramos en el embarcadero donde habíamos pasado media vida.

Recuerdo las luces del resort reflejadas sobre el agua, la temperatura agradable y la sensación extraña de estar viviendo algo que no volvería a repetirse.

Hablamos durante horas. De Nueva York. De Bora Bora. Del futuro. De las posibilidades que se abrían delante de nosotros.

Ninguno quiso convertir aquella conversación en un drama.

Ninguno pidió promesas imposibles de cumplir.

Los dos éramos conscientes de que la distancia acabaría cambiándolo todo.

Aun así, cuando llegó el momento de despedirnos, comprendí que estaba dejando atrás una parte enorme de mi vida.

No solo me alejaba de mi primer amor. También me separaba de mi mejor amigo, de la persona que había estado presente en prácticamente todos mis recuerdos importantes.

Durante mucho tiempo intenté convencerme de que aquello no tenía por qué significar un final. Seguimos hablando durante meses. Después las llamadas se hicieron más espaciadas. Llegaron las clases, los nuevos amigos, las responsabilidades, la vida adulta. Y un día descubrí que habían pasado semanas desde nuestra última conversación. Con los años, llegó Andrew.

La vida siguió avanzando para ambos. O al menos eso creí.

Aquella noche, mientras contemplaba la laguna desde la terraza de mi habitación, comprendí que nunca había conseguido olvidarlo por completo.

Había aprendido a vivir sin él.

Había aceptado que nuestros caminos se separaron cuando apenas comenzábamos a descubrir quiénes éramos.

Pero verlo aquella mañana, entre la multitud reunida para despedir a mi padre, despertó algo que seguía intacto bajo años de distancia y recuerdos acumulados.

No sabía quién era Lucas Teva ahora.

No sabía si seguía viviendo la misma vida, si era feliz o si había encontrado a alguien.

Lo único que sabía era que, durante unos segundos, al reconocer su sonrisa entre toda aquella gente, tuve la sensación de regresar a casa de una forma mucho más profunda de lo que Bora Bora, por sí sola, habría podido conseguir.

Un nuevo día amanecía y mis sensaciones eran de lo más contradictorias, de lo más encontradas.

Dicen que debes regresar donde un día fuiste feliz, pero mi perspectiva en aquel momento tenía más que ver con que aquel lugar dolía.

Capítulo 6

La reunión tuvo lugar dos días después del funeral, en una de las salas privadas de dirección del resort.

Se trataba de una estancia amplia, rodeada de ventanales desde los que podía contemplarse la laguna, aunque aquella mañana nadie parecía interesado en el paisaje.

Sobre la mesa descansaban varias carpetas, documentos encuadernados y una botella de agua para cada asistente.

Los abogados de mi padre ya estaban sentados cuando llegué.

También estaba el notario encargado de la sucesión, varios asesores financieros y Samantha, que había aparecido vestida con un traje blanco marfil que parecía elegido para transmitir autoridad.

Yo ocupé mi asiento sin demasiadas expectativas. Me imaginaba que la influencia que esa mujer siempre tuvo sobre él habría determinado parte del testamento.

No me importaba especialmente su decisión. Por mal parada que saliera, parte de la fortuna familiar iría a parar a mis manos. Y eso ya representaba una cantidad desorbitada.

Por supuesto, entendía la importancia de la herencia. Mi padre había construido un imperio hotelero internacional y era lógico que hubiera mucho que organizar.

Pero en aquellos momentos seguía siendo incapaz de pensar en Michael Reed como un conjunto de acciones, propiedades y balances financieros.

Seguía siendo mi padre.

Y aquella silla vacía al final de la mesa continuaba resultándome insoportable.

El notario comenzó repasando distintos aspectos legales de la sucesión.

Habló durante varios minutos sobre propiedades inmobiliarias, inversiones internacionales, fondos y participaciones empresariales.

La mayor parte de la explicación transcurrió sin sobresaltos hasta que llegó el momento de abordar el futuro del grupo hotelero.

Fue entonces cuando noté el cambio.

Samantha enderezó ligeramente la espalda. Ella sí que estaba expectante, frotándose las manos de manera imaginaria.

Sus dedos se entrelazaron sobre la mesa.

Y por primera vez desde que comenzó la reunión, pareció realmente interesada. El dinero la volvía loca.

El notario abrió una carpeta distinta y consultó varias páginas antes de continuar.

—El señor Michael Reed estableció una distribución patrimonial que respeta íntegramente la legislación aplicable en los distintos territorios afectados. Dentro de esos límites legales, decidió asignar porcentajes diferenciados entre los beneficiarios —carraspeó.

Vi cómo Samantha esbozaba una expresión satisfecha. Sin duda, se imaginaba como la principal beneficiaria.

Duró poco.

Muy poco.

—La señora Samantha Davies Reed recibirá la residencia de Londres, varios activos financieros específicos, una renta vitalicia que más tarde concretaré y una participación minoritaria del grupo empresarial.

La sonrisa desapareció.

—¿Minoritaria? —preguntó ella como no pudiéndoselo creer. Debe haber algún error. Revíselo, por favor.

El notario levantó la vista.

—No hay nada que revisar, señora Reed. Minoritaria, he dicho, sí.

Samantha parpadeó, absolutamente incrédula. Luego volvió a hacerlo. Y más tarde, una vez más.

—Creo que debe haber algún error, insisto.

—No lo hay.

La sala se volvió mucho más interesante.

—Mi marido y yo hablamos extensamente sobre el futuro de la empresa. Y le aseguro que siempre pensé que Michael tenía claro que yo era la persona ideal para dirigirla, en el caso de que él faltara.

—No pongo eso en duda.

—Entonces comprenderá que esta distribución no tiene sentido. Algo no encaja.

El notario permaneció impasible.

—Tiene exactamente el sentido que el señor Reed quiso darle. Y ahora, si me permite, me gustaría poder continuar con la lectura.

Por primera vez desde que la conocía, vi auténtica sorpresa en el rostro de Samantha.

Porque no estaba desprotegida.

Ni mucho menos.

La herencia que acababa de describirse seguía siendo enorme.

Pero no era la herencia que ella esperaba.

Y ambos lo sabíamos.

El notario continuó.

—La señorita Caroline Reed recibirá la mayoría accionarial del grupo hotelero, el control efectivo de las sociedades principales, las propiedades asociadas al resort de Bora Bora y la posición de máxima representación dentro del consejo de administración.

Samantha giró la cabeza hacia mí.

Aquella vez no intentó disimular.

La hostilidad apareció desnuda en sus ojos.

—¿La mayoría accionarial?

—Así es.

—Eso es imposible. Le digo que es imposible. Y no voy a cejar en mi empeño de asegurarle que lo es.

—No lo es.

—Caroline jamás ha trabajado aquí. Yo llevo años dándolo todo en este resort.

La miré como si fuera un comino. Y no porque me enorgulleciera de que mi padre me hubiera favorecido de ese modo frente a su viuda (que también), sino porque volvían a darme arcadas en su presencia.

—Caroline es licenciada en Finanzas y el señor Reed llevaba años preparando esta transición.

La palabra transición pareció golpearla.

—Eso no puede ser cierto. Insisto en que…

—Puedo asegurarle que lo es —la cortó porque resultaba insoportable escuchar sus repetitivos argumentos.

Samantha me observó como si acabara de descubrir una conspiración internacional.

Y lo cierto era que yo estaba tan sorprendida como ella.

Sabía que mi padre confiaba en mí. Siempre se sintió orgulloso de mis logros.

Sabía que siempre había querido que me implicara más en los negocios familiares.

Pero nunca imaginé algo semejante.

El notario abrió entonces una última carpeta.

—Hay además una carta personal que el señor Reed pidió expresamente que fuera leída durante esta reunión, el día que se produjera.

—Pero la muerte de mi padre ha sido inesperada, ¿no es cierto? —le pregunté.

—Así es —me respondió—. Estoy en posición de poder contestar a su pregunta. Su padre rebosaba vitalidad, Caroline, pero también era un hombre de negocios.

»Tenía la certeza de que la muerte no escoge, y que cualquier giro de los acontecimientos, en el caso de alguien como él, no debía quedar al azar. En definitiva, ya hace años que otorgó testamento, por si un día faltaba de forma súbita.

»Y ahora, si le parece, voy a proceder a la lectura de la referida carta.

La voz del hombre se suavizó ligeramente al comenzar.

—Si estáis escuchando esto, significa que las cosas han salido bastante peor de lo que esperaba. Mi intención era seguir molestándoos durante muchos años más.

Algunas personas sonrieron.

Yo también.

Aquello sonaba exactamente a mi padre.

—Caroline, si estás ahí sentada, probablemente estarás enfadada conmigo por algo. Es una apuesta segura. Siempre tuviste claro que no lo hice bien del todo.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Quiero pedirte algo. No como empresario. No como fundador del grupo. Como padre. Sé que cometí errores. Algunos muy graves. Sé que te fallé más veces de las que merecías. Y sé que quizás todavía estés molesta conmigo por cosas que nunca supimos arreglar.

La sala desapareció a mi alrededor.

Solo escuchaba su voz en aquellas palabras.

—Pero si algún día consigues perdonarme, y espero que sea dentro de muchísimos años porque mi plan es vivir hasta los ciento veinte, quiero pedirte que te pongas al frente del resort. No porque seas mi hija. Porque eres la persona más preparada para hacerlo. Porque entiendes a las personas antes que los números. Porque amas esta isla. Y porque sé que la cuidarás mejor que nadie.

Tuve que bajar la vista. Demasiado dolor. Demasiado amor. Demasiadas cosas que jamás llegaríamos a decirnos.

—Si decides aceptar, confío plenamente en ti. Si decides no hacerlo, seguiré queriéndote igual. Aunque para entonces espero estar disfrutando de una playa mejor que esta.

La lectura terminó.

Y durante unos segundos nadie habló.

Samantha fue la primera en reaccionar.

—Esto es una locura. No tiene ni pies ni cabeza. Yo, y solo yo, he sido la mano derecha de Michael desde que nos casamos.

La emoción desapareció de golpe.

—¿Perdón?

—Es una locura —repitió—. Michael jamás habría dejado toda la responsabilidad sobre una niña que lleva años fuera del negocio.

—Michael dejó exactamente lo que quiso dejar —respondió el notario.

—Michael también era mi marido.

—Y Caroline es su hija.

Esa certeza pareció irritarla todavía más. Tenía una verdadera pataleta y ganas de mostrarla.

—Yo he estado aquí todos estos años. Yo y solo yo…

—Nadie ha dicho lo contrario.

—He dirigido este resort. ¿O es que alguien lo pone en duda?

—Como empleada de alta dirección, señora. Todos lo tenemos claro —le aseguró el notario.

—Mucho más que eso.

Su voz subió varios tonos.

—Muchísimo más que eso.

Los abogados comenzaron a intercambiar miradas.

Y fue entonces cuando Samantha tomó una decisión.

Lo vi en su expresión. Porque dejó de discutir. Y sonrió. Una sonrisa lenta. Extraña. Satisfecha.

—Quizás esta conversación sea prematura, en cualquier caso.

El notario frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

—Digo que tal vez debamos esperar antes de cerrar determinadas conclusiones —lo pronunció con una certeza que dio que pensar.

Yo también me giré hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

Samantha apoyó ambas manos sobre la mesa.

Y entonces soltó la bomba.

—Estoy embarazada.

La frase atravesó la sala como un cuchillo. Nadie esperaba aquello. Nadie.

—¿Qué? —fue lo único que conseguí decir.

—Estoy embarazada de Michael.

Durante unos segundos pensé que había escuchado mal.

Pero la expresión de los abogados me confirmó que no.

—De casi dos meses.

El notario dejó la pluma sobre la mesa.

—¿Dispone de documentación médica que acredite tal extremo?

—Por supuesto que dispongo de ella. Empecé a encontrarme mal cuando mi marido murió y entonces acudí a mi ginecólogo. Pero ante tal desgracia, no creí que fuese el momento de anunciarlo al mundo. Una siempre imaginó un momento así como inmensamente dichoso.

—¿Y cuándo pensaba comunicarlo?

—Cuando considerara oportuno hacerlo. Y es ahora, como ve.

Aquella respuesta provocó un gesto de desaprobación en varios presentes.

A Samantha pareció darle igual.

Toda la furia que había mostrado minutos antes había desaparecido.

Ahora volvía a sentirse fuerte.

Porque acababa de introducir una variable completamente nueva.

Una variable capaz de alterar muchas cosas.

—Supongo —añadió mientras me observaba— que ahora todos tendremos que replantearnos ciertas decisiones. Como comprenderá, ya no hay un solo heredero legítimo de mi marido, sino dos. Un futuro bebé que llegará para cambiar las cosas. O mejor dicho, para ponerlas en su sitio.

Su maldad nunca había conocido límites. Samantha fue así desde el día que la conocí. Y tener un argumento tan potente como aquel para esgrimir parecía llenarla de felicidad.

Mientras la sala entera intentaba procesar aquella revelación, comprendí que la guerra que creía terminada acababa de empezar.

Capítulo 7

La llegada de Alexandra fue un soplo de aire fresco.

A Andrew se le torcieron un poco las cosas y no quise atosigarle, por lo que mi prima le tomó la delantera.

Fui a recogerla personalmente al embarcadero y su reacción al descubrir la isla compensó por sí sola el madrugón.

Durante todo el trayecto desde el aeropuerto había permanecido pegada a la ventanilla de la lancha observando la laguna con una mezcla de incredulidad y entusiasmo que me resultó imposible no encontrar divertida.

Cada pocos minutos señalaba algún rincón del paisaje, convencida de que aquello no podía ser real, y yo terminaba riéndome porque, en el fondo, había sentido exactamente lo mismo la primera vez que regresé después de marcharme a Nueva York.

—Caroline, te juro que me siento estafada —declaró mientras desembarcábamos—. Llevas años diciéndome que Bora Bora es bonita y resulta que es obscenamente bonita. Hay una diferencia importante.

—Intenté explicártelo.

—No. Me dijiste que había playas preciosas. Esto parece un decorado de cine con presupuesto ilimitado.

La conversación continuó durante buena parte del camino hasta la casa familiar.

Alexandra absorbía cada detalle con la curiosidad de quien descubre un mundo nuevo y yo disfrutaba viéndola maravillarse con lugares que para mí habían formado parte de la vida cotidiana durante tantos años. Sin embargo, aquella ligereza desapareció en cuanto cruzamos la puerta principal y le resumí todo lo sucedido durante la lectura del testamento.

Mi prima me escuchó sin interrumpirme mientras atravesábamos el vestíbulo y solo reaccionó cuando terminé de contarle la parte del embarazo.

—Espera un momento —dijo, deteniéndose en mitad de la escalera —. Entonces tu padre te deja el control del grupo hotelero, Samantha descubre que hereda bastante menos de lo que esperaba y, justo después, anuncia que está embarazada.

—Más o menos.

—Caroline, esto no parece una familia. Parece una serie de televisión.

No tuve tiempo de responder porque Samantha apareció en el extremo opuesto del vestíbulo.

Su presencia provocó exactamente la misma sensación que una nube cruzando delante del sol.

La atmósfera cambió al instante. Venía acompañada de una asistente y llevaba varios documentos bajo el brazo. A juzgar por su expresión, había tomado alguna decisión importante.

Nos observó unos segundos antes de dirigirse directamente a mí.

—Precisamente estaba buscándote. Hay un asunto práctico que debemos resolver cuanto antes.

La palabra «debemos» ya me puso en guardia.

—Te escucho. Suéltalo.

—Creo que ha llegado el momento de reorganizar la convivencia. Mi situación es diferente ahora y necesito privacidad durante los próximos meses. Además, esta casa va a convertirse en un lugar complicado para todas las partes implicadas.

Alexandra permaneció callada, pero conocía esa expresión. Era la misma que aparecía cada vez que estaba a punto de disfrutar de un espectáculo. Por cierto, que Samantha no la conocía y ni siquiera se presentó.

—Esta es mi prima Alexandra, por cierto. Gracias por tu interés —le comenté con sorna.

—Me importa un bledo exactamente —me soltó con todo el descaro.

—Lo suponía. Muerto mi padre, te quitas la máscara del todo, so farsante. ¿Qué estás proponiendo exactamente? —le pregunté.

—Que os trasladéis al hotel. Ya he ordenado preparar la mejor suite del complejo. Tendréis espacio de sobra, servicio permanente y todas las comodidades imaginables. Estoy intentando facilitar las cosas.

Tardé varios segundos en responder porque quería asegurarme de haber entendido bien.

—¿Me estás pidiendo que abandone mi casa?

—Te estoy ofreciendo una alternativa mucho más cómoda.

—No. De eso nada.

La respuesta salió tan rápida que incluso Samantha pareció sorprendida.

—Caroline, intenta ser razonable.

—Lo estoy siendo. Y la casa no está en tu parte de la herencia, sino en la mía.

—Sobre eso hay mucho que decir. Las cosas han cambiado. Y necesito tranquilidad.

—Y yo necesito seguir viviendo donde he vivido siempre.

La mandíbula de Samantha se endureció ligeramente.

—No conviene dar nada por definitivo. Mi embarazo introduce nuevas circunstancias —insistió.

—Quizás…

—No es un quizás. Es un hecho.

—Perfecto. Entonces será un hecho que se estudiará cuando corresponda. Mientras tanto, sigo viviendo aquí.

Samantha dejó escapar una sonrisa breve que no contenía ni una pizca de cordialidad.

—Ya veremos cuánto dura esa seguridad tan chula —me desafió.

—Todo lo que sea necesario. No lo dudes.

Mi prima decidió intervenir entonces.

—Y yo también me quedo, por si te lo estás preguntando.

Las dos nos giramos hacia ella.

—Alexandra, ¿ves? Por estas cosas te quiero —bromeé con la intención de fastidiar a Samantha.

—No. Lo digo en serio. He cruzado medio planeta para apoyarte y, además, esto se está poniendo interesantísimo.

—¿Interesantísimo? —repitió Samantha.

—Desde un punto de vista narrativo, sí.

Samantha pareció quedarse sin respuesta. Se limitó a observarnos con evidente desaprobación antes de anunciar que tenía asuntos más importantes que atender y marcharse hacia la zona de despachos.

Esperamos a que desapareciera y después salimos de la casa.

Necesitaba aire.

Y, sinceramente, Alexandra también necesitaba conocer la isla antes de que terminara convencida de que Bora Bora era únicamente un campo de batalla familiar rodeado de playas espectaculares.

Amaba aquel lugar y aspiraba a transmitirle ese amor a mi prima.

Pasamos el resto de la mañana recorriendo distintos rincones de la isla.

Visitamos mercados locales, pequeñas calas escondidas entre la vegetación y varios miradores desde los que podía contemplarse la inmensidad de la laguna.

Alexandra fotografiaba prácticamente todo. Las montañas, las flores, los barcos de pescadores e incluso los perros que dormían bajo las palmeras. Entre una parada y otra, la conversación regresaba una y otra vez al mismo asunto.

—Lo que sigo sin entender —me comentó mientras caminábamos por una playa casi desierta— es si tu padre sospechaba que Samantha reaccionaría así.

—Mi padre era muchas cosas, pero ingenuo no.

—Entonces sabía perfectamente el terremoto que iba a provocar ese testamento. Y eso que no sabía que estaba a punto de ser padre de nuevo.

Aquello me hizo pensar.

Quizás sí.

Quizás Michael Reed había entendido antes que nadie quién estaba allí por él y quién estaba allí por lo que representaba.

—Hay otra cosa que me llama la atención —continuó Alexandra.

—¿Cuál?

—La carta.

—¿Qué pasa con ella?

—Que no te pidió que actuaras como una ricachona. No te pidió que conservaras las acciones. No te pidió que protegieras su fortuna.

La miré.

—Te pidió que protegieras Bora Bora.

Su observación me acompañó durante el resto del día.

Mientras recorríamos senderos bordeados por vegetación tropical y contemplábamos un océano que parecía imposible de abarcar, empecé a comprender algo que no había visto con claridad durante la reunión con los abogados.

El verdadero legado de mi padre no eran los hoteles. Ni las cuentas bancarias. Ni las propiedades.

Era aquel lugar.

Y, por alguna razón que todavía no terminaba de comprender, había decidido confiarme su futuro.

Capítulo 8

Los dos días siguientes fueron los más tranquilos desde mi llegada a Bora Bora.

No porque hubieran desaparecido los problemas, ni porque hubiera dejado de pensar en mi padre o en el caos que Samantha provocó con su anuncio, sino porque por primera vez desde que aterricé tuve la sensación de que podía respirar sin que alguien me estuviera esperando con una mala noticia, un documento legal o una discusión pendiente.

También ayudó tener a Alexandra allí.

Mi prima se enamoró de la isla incluso antes de terminar su primer día en ella.

Había algo casi mágico en observar su reacción ante lugares que para mí formaron parte de la normalidad durante tantos años.

Caminaba mirando en todas direcciones, se detenía constantemente para sacar fotografías y hacía preguntas sobre cualquier detalle que llamara su atención. A veces me recordaba a una niña descubriendo el mundo por primera vez.

La llevé hasta una pequeña playa escondida entre la vegetación a la que apenas acudían turistas. Había pasado media infancia allí. Desde la arena podía verse la laguna extendiéndose hasta el horizonte en una sucesión interminable de azules distintos y, más allá, algunos motus cubiertos de palmeras parecían surgir directamente del agua.

Alexandra permaneció varios segundos contemplándolo todo antes de girarse hacia mí.

—Empiezo a sospechar que llevas años ocultándome información importante.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre el hecho de que creciste en una postal.

—No es una postal.

—Caroline, si hago una foto desde aquí y la subo a internet, la gente pensará que la he retocado. Es una locura.

Continuamos caminando junto a la orilla mientras ella seguía descubriendo Bora Bora con el entusiasmo de quien todavía no ha tenido tiempo de acostumbrarse a tanta belleza junta.

Verla así me obligó a observar la isla de una forma distinta.

Durante años había dado por sentado aquel paisaje. El mar, las montañas, los jardines tropicales y los atardeceres formaban parte de mi vida desde que tenía memoria. Sin embargo, a través de los ojos de Alexandra recuperaban algo extraordinario.

Quizás por eso empecé a sentirme un poco mejor.

Seguía echando de menos a mi padre a cada momento.

Había instantes en los que alguna vista concreta o una frase escuchada al pasar despertaban un recuerdo suyo y el dolor regresaba con toda su fuerza.

Pero aquellos dos días también me permitieron recordar algo que llevaba demasiado tiempo olvidado: Bora Bora no estaba compuesta únicamente por pérdidas.

También había sido feliz allí.

Muy feliz.

La segunda jornada alquilamos una pequeña embarcación y recorrimos parte de la laguna.

Alexandra insistió en que quería verlo todo: los motus, las zonas donde se concentraban las mantarrayas, los embarcaderos privados y las pequeñas aldeas repartidas por la costa.

Terminamos almorzando en un restaurante familiar construido sobre pilotes de madera, donde los propietarios todavía me reconocieron después de tantos años y me preguntaron por mi padre con una tristeza sincera que volvió a emocionarme.

Después seguimos recorriendo la isla.

A medida que avanzábamos, los recuerdos aparecían solos.

No los buscaba.

Simplemente estaban allí.

Un sendero me recordaba una excursión de la infancia con Lucas. Una playa despertaba el recuerdo de una celebración organizada por los empleados del resort. Un pequeño embarcadero me devolvía la imagen de mi padre enseñándome a conducir una lancha mientras fingía que no estaba aterrorizado por la posibilidad de que chocara contra algo.

A veces sonreía.

Otras veces tenía que apartar la vista durante unos segundos.

Alexandra nunca me presionó para hablar cuando ocurría.

Se limitaba a seguir caminando a mi lado y a cambiar de tema cuando intuía que lo necesitaba.

Aquella tarde la terminamos en el resort.

Mientras atravesábamos uno de los caminos que comunicaban distintos edificios, me encontré observando a los empleados que iban y venían entre las instalaciones. Muchos de ellos me saludaban al reconocerme. Otros me dedicaban una sonrisa afectuosa. Algunos incluso se detenían para preguntarme cómo estaba.

A quien no volví a encontrarme fue a Lucas. Sinceramente, sentía un pellizco por dentro, dada la posibilidad de darme de bruces con él en cualquier momento. No había hecho nada por verlo expresamente, pero sabía que no tardaríamos en toparnos.

Esperé hasta que Alexandra se entretuvo fotografiando una cascada artificial cercana y me acerqué a Maeva, que acababa de salir de una de las oficinas administrativas.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Ella sonrió.

—Claro, cariño, dime.

Dudé apenas un instante.

—¿Lucas sigue trabajando aquí?

La reacción fue pequeña, pero suficiente para que me diera cuenta de que recordaba perfectamente de quién hablaba.

—No desde hace años.

Aquella respuesta me dejó pensativa. No sabía exactamente qué esperaba escuchar.

Quizás había dado por hecho que seguiría allí.

Que continuaría recorriendo aquellos mismos caminos. Que seguiría formando parte del resort igual que lo había hecho durante tanto tiempo.

—Pero sigue viviendo en la isla, ¿no es cierto?

—Sí. Sabes que Bora Bora es su vida. No me lo imagino viviendo en ningún otro lugar.

—¿Y qué hace ahora?

—Creo que se ha pasado a la competencia, aunque no tengo mucha información al respecto. ¿Por qué no se lo preguntas a él? Le alegrará verte.

Su respuesta resultó tan sincera que me hizo sonreír.

—Igual hago por verlo, sí. Lo que pasa es que, entre la llegada de mi prima, los asuntos pendientes y mi novio, que estará al llegar, debo encontrar el momento.

Maeva entendió a la perfección lo que quise decir al mencionar a mi novio.

—Bien, pues te dejo. Tengo mucha faena pendiente.

—No te fatigues demasiado. No tienes que demostrarle nada a nadie, llevas toda la vida con la familia y eres una de nosotros.

—Gracias, Caroline. Tú también seguiste siendo una más, aunque estuvieras lejos.

—Calla, que me vas a emocionar.

—Bienvenida a Bora Bora, niña. Bienvenida a tu casa.

Aguanté la lagrimilla mientras ella se alejaba.

La conversación duró apenas unos segundos, pero me acompañó durante el resto de la tarde.

Porque comprendí que había estado dando algo por sentado.

Durante años imaginé a Lucas exactamente donde lo había dejado. Trabajando en el resort. Viviendo cerca de su familia. Continuando una vida que yo había abandonado al marcharme a Nueva York.

Pero el tiempo también había pasado para él.

Siete años.

Siete años eran suficientes para cambiar cualquier existencia.

Cuando regresé junto a Alexandra, ella seguía empeñada en fotografiar cada rincón de la isla.

—¿Dónde te habías metido?

—Nada importante.

—Espero que sí lo fuera. Acabo de descubrir el mejor ángulo para una foto de cine y casi te lo pierdes.

—¿Quieres que te la haga yo?

—Por descontado. Y luego posarás tú. Mi Insta nunca habrá lucido tan sofisticado y colorido como ahora. Estoy pletórica. Perdona, no debería haber dicho eso.

—¿Por qué no?

—Porque tu padre, que es mi tío, acaba de fallecer.

—A él no le hubiera gustado que mi vuelta a Bora Bora se viera empañada por la tristeza. Venga, posa.

—Ok, voy poniendo morritos.

—Estoy *in love* contigo, prima.

—Naturalmente, ¿con quién mejor? El idilio de tu vida es conmigo, aunque no haya romanticismo. Nadie te quiere como yo —bromeó.

Sonreí mientras la seguía por el sendero.

El sol comenzaba a descender y la laguna reflejaba tonos dorados que parecían imposibles. Durante unos segundos contemplé el paisaje y comprendí que mi padre tenía razón cuando decía que Bora Bora nunca pertenecía del todo a nadie.

Uno podía marcharse.

Construir una nueva vida.

Pasar años enteros lejos de allí.

Pero la isla siempre encontraba la manera de quedarse contigo.

Capítulo 9

Regresamos a la casa bastante más tarde de lo previsto.

Habíamos cenado a conciencia, pues en el resort todos nos mimaban, y sentí que el peso de los últimos días se había aligerado un poco.

Seguía envuelta en la extrañeza de mi regreso, pero aquellas horas con Alexandra me habían permitido desconectar de los problemas durante un rato.

Al entrar en la casa encontramos un silencio extraño.

No era la tranquilidad habitual de una residencia grande. Había algo distinto. Algo que tardé unos segundos en identificar.

Entonces escuché un sollozo.

Alexandra y yo nos miramos.

El sonido procedía de la planta superior.

—Samantha —murmuró mi prima—. Tiene que ser ella.

Volvió a escucharse otro llanto.

Más fuerte.

Más largo.

Alexandra arqueó una ceja.

—Bueno, supongo que las hormonas están haciendo horas extra.

No respondí. La verdad era que pensé algo parecido.

Durante los últimos días, Samantha había estado especialmente irritable. Discutía con abogados, llamaba a asesores a cualquier hora y parecía incapaz de aceptar que el testamento no había salido como esperaba.

Subimos la escalera sin demasiada preocupación.

Sin embargo, a medida que avanzábamos por el pasillo, los sollozos fueron haciéndose más intensos.

Ya no parecían el resultado de un enfado o una rabieta. Había angustia en ellos. Una angustia tan evidente que incluso Alexandra dejó de bromear.

Nos detuvimos frente a la puerta de la habitación principal.

Ninguna de las dos era una insensible. Y, por mucho que esa mujer me hiciera la vida imposible durante años, no pensaba pasar de puntillas por allí sin pararme al menos un momento.

Al fin y al cabo, estaba embarazada. Apenas me paraba a pensarlo a ninguna hora del día, pero un hermano mío venía en camino, para mi sorpresa, después de tanto tiempo.

El llanto continuaba al otro lado.

—Creo que algo pasa de verdad —admitió mi prima.

Asentí.

Golpeé suavemente la puerta.

—¿Samantha?

No hubo respuesta.

Volví a llamar.

—Samantha, ¿estás bien?

Aquella vez escuché movimiento dentro de la habitación. Después la puerta se abrió unos centímetros.

Tardé unos segundos en reconocerla.

Tenía los ojos enrojecidos, el maquillaje corrido y el cabello desordenado. Durante años la había visto impecable en cualquier circunstancia. Aquella imagen resultaba casi desconcertante.

—¿Qué queréis? —me preguntó con la voz quebrada.

—Te hemos oído llorar.

—Estoy perfectamente —disimuló, sorbiendo por la nariz.

Era evidente que no.

Bajé la vista y entonces vi la toalla que sujetaba entre las manos.

Había manchas de sangre.

Mi estómago se encogió.

—Samantha…

Ella cerró los ojos.

Durante unos segundos pareció debatirse entre mantener su orgullo o rendirse.

Finalmente ganó el cansancio.

—Estoy sangrando, así que ya te puedes alegrar. Lo mismo te sales con la tuya y te quedas como única hija de Michael.

Aquella confesión salió en apenas un susurro.

—No me alegro del mal ajeno, pienses lo que pienses. Y tampoco tengo nada contra ese bebé. No soy así.

—Bueno, da igual.

—¿Has llamado a un médico?

Negó con la cabeza.

—No quiero perder al bebé, Caroline —susurró de nuevo.

Por una vez, y dado el cariz que estaban tomando los acontecimientos, desaparecieron todos los conflictos entre nosotras. El testamento. Las discusiones. Las provocaciones. Todo quedó relegado a un segundo plano.

Solo veía a una mujer aterrorizada.

A una mujer que acababa de perder a su marido y que creía estar a punto de perder también a su hijo.

—Vamos a llamar a alguien ahora mismo.

—Caroline…

—Ahora. No hay tiempo que perder. Debes dejarte ayudar.

Eché mano de mi teléfono. Conocía perfectamente qué médico debía llamar porque llevaba años trabajando con el resort.

Samantha permaneció sentada al borde de la cama mientras hablaba con él. Sus manos temblaban ligeramente y durante varios minutos no dejó de mirar hacia la toalla que sostenía entre los dedos.

No pude evitar apiadarme de ella.

El médico llegó menos de media hora después.

La exploración se hizo en privado, así que Alexandra y yo esperamos fuera de la habitación. Mi prima permaneció apoyada contra la pared del pasillo, muy callada para lo habitual en ella.

Cuando finalmente apareció el médico, Samantha salió detrás.

Seguía pálida.

Pero ya no parecía aterrorizada.

—No hay señales preocupantes —explicó él mientras guardaba algunos documentos en su maletín—. Los embarazos pueden presentar pequeños sangrados durante las primeras semanas.

»Quiero que haga reposo durante unos días, reduzca el estrés y evite sobresfuerzos. Por lo demás, todo parece evolucionar bien.

Vi cómo los hombros de Samantha se relajaban por primera vez.

—¿Seguro que el bebé está bien?

—Por lo que he podido comprobar, sí.

Aquella respuesta pareció devolverle el aire.

El médico permaneció todavía unos minutos más dando instrucciones y después se marchó.

Samantha nos dio las gracias de una forma torpe, casi incómoda para ella, antes de retirarse nuevamente a su habitación.

Cuando la puerta se cerró, Alexandra y yo bajamos hasta la terraza principal de la casa.

La noche había caído por completo sobre la laguna y las luces del resort se reflejaban sobre el agua.

Durante unos minutos permanecimos contemplando el paisaje antes de que mi prima rompiera el silencio.

—Voy a decir algo horrible.

—Eso no es precisamente una novedad.

—Creo que esa mujer tiene un símbolo del dólar tatuado en la frente.

No pude evitar sonreír.

—Alexandra…

—Lo digo en serio. Lleva días obsesionada con abogados, herencias, porcentajes y acciones. Es lógico pensar que buena parte de ese pánico venía de lo que podría cambiar si pierde al niño.

Comprendía su razonamiento.

Yo misma lo habría compartido antes.

Sin embargo, negué despacio.

—No creo que sea solo por eso, la verdad.

Mi prima giró la cabeza hacia mí.

—¿No?

—No.

Me apoyé en la barandilla observando la oscuridad de la laguna.

—La he visto durante años. He discutido con ella más veces de las que puedo contar. Sé lo manipuladora que puede llegar a ser.

—Entonces…

—Pero lo que hemos visto arriba era real.

Las palabras salieron despacio porque quería estar segura de ellas.

—No estaba fingiendo. No estaba interpretando ningún papel. Estaba aterrada.

Alexandra permaneció pensativa.

—¿Crees que quiere de verdad a ese bebé?

—Sí. Lo creo de corazón.

La pronta respuesta me sorprendió incluso a mí misma.

Pero era verdad.

—Creo que lo quiere muchísimo.

Mi prima observó las luces reflejadas sobre el agua durante unos segundos.

—Vaya situación.

—Ya.

—Porque sigue cayéndome fatal.

—A mí también.

—Pero ahora me da pena.

—Ya te digo…

Y era quizás lo más extraño de todo.

Durante años, Samantha fue la antagonista perfecta de mi historia. La mujer que había contribuido a romper mi familia. La persona que convirtió mi adolescencia en algo mucho más complicado de lo que debería haber sido.

Sin embargo, aquella noche, mientras contemplaba la oscuridad sobre la laguna, descubrí que las personas rara vez encajan por completo en el papel de villanas.

A veces también lloraban.

También tenían miedo.

Y también podían perder aquello que más querían.

Bora Bora me estaba dando mucho más de lo que un día me quitó. Es decir, cuando no me quedó otra que marcharme de allí, lo hice decepcionada.

Por esa razón, durante mucho tiempo, mis recuerdos sobre aquel lugar fueron agridulces.

Que hubiese regresado con motivo de la muerte de mi padre tampoco suavizó esa sensación.

Y pese a todo, sentía que mi corazón se había puesto en marcha de un modo que apenas recordaba.

Capítulo 10

Los días que siguieron resultaron inesperados para todas.

Samantha continuó instalada en una especie de tregua silenciosa conmigo.

No desaparecieron nuestras diferencias ni se evaporaron los años de resentimiento acumulado, pero algo había cambiado desde aquella noche en que la encontramos llorando.

Quizás porque yo había visto un lado suyo que nunca había imaginado. Quizás porque ella había comprendido que, pese a todo lo ocurrido, no disfruté viéndola sufrir.

El médico había insistido en que guardara reposo relativo durante unos días y, aunque la casa estaba llena de empleados dispuestos a atender cualquier necesidad, terminé pendiente de ella más veces de las que habría considerado posibles una semana antes.

Al principio intentó rechazar cualquier muestra de interés.

Si le preguntaba cómo se encontraba, respondía con monosílabos.

Si le llevaba un té o le recordaba alguna indicación médica, fingía que no necesitaba ayuda.

Sin embargo, poco a poco fue bajando la guardia.

No de una manera evidente.

Simplemente dejó de protestar.

Una mañana la encontré desayunando en la terraza principal. Estaba sola, mirando la laguna con una expresión ausente mientras una taza de café se enfriaba sobre la mesa.

—¿Cómo estás hoy? —le pregunté al sentarme frente a ella.

Samantha pareció sorprendida por la pregunta.

—Bien. Estoy bien.

—Eso no responde a nada.

Una sombra parecida a una sonrisa cruzó fugazmente por su rostro.

—Estoy mejor.

—Eso sí responde, ¿ves? Tampoco era tan difícil.

Durante unos segundos contemplamos el océano.

—Gracias por llamar al médico la otra noche —dijo finalmente.

Aquella frase debió de costarle más que cualquier bronca de las que me montó años atrás.

—No tienes que darme las gracias.

—Aun así, me gustaría que sepas que te estoy agradecida.

No añadimos nada más.

Pero aquella conversación marcó un cambio.

Los días siguientes empezamos a coincidir con más frecuencia.

Yo andaba a mi aire, con Alexandra feliz como una perdiz por la isla. En cuanto a Andrew, le surgió un impedimento que provocó que tuviera que retrasar su vuelo.

Mi novio lo lamentó muchísimo, más dadas las circunstancias, pero le aseguré que estaba bien. Incluso bromeé sobre el hecho de que la madrastra malvada estaba más dócil que nunca. Y que caníbal tampoco era hasta la fecha, así que todo a salvo.

Mi madre también se interesó mucho por mi estado. Ella, a quien Samantha no le despertaba la más mínima simpatía, amenazó con llegar a Bora Bora y ponerla patas arriba si me dañaba de algún modo, pero también la tranquilicé al respecto.

A veces durante el desayuno. Otras mientras yo revisaba algunos documentos relacionados con el resort y ella descansaba cerca. Seguía existiendo distancia entre nosotras, pero ya no era la hostilidad constante de antes.

Una tarde regresé antes de lo previsto de una reunión y escuché ruido procedente de uno de los baños privados de la planta superior. La puerta estaba entreabierta.

Samantha se encontraba frente al espejo.

Llevaba únicamente unos pantalones ligeros y un top deportivo que dejaba al descubierto parte del abdomen. Al escucharme, giró la cabeza con rapidez.

—Perdón —dije—. No sabía que estabas aquí.

—No pasa nada.

Hice además de marcharme, pero algo me detuvo.

Quizás porque aquella era la primera vez que veía de forma tangible aquello que tanta sorpresa me causó.

El embarazo.

Samantha siguió mi mirada.

—Todavía apenas se nota.

—Supongo que es pronto.

Asintió.

Durante unos segundos permaneció observando su reflejo en el espejo.

—Lo sé racionalmente —comentó al cabo de un momento—. Sé que apenas mide unos centímetros. Sé que todavía queda muchísimo camino por delante.

Su voz se suavizó.

—Pero me reconforta saber que está ahí.

Aquella confesión me sonó muy sincera.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Te importa si…?

Ni siquiera terminé la frase.

Ella comprendió lo que quería decir.

Bajó la vista hacia su abdomen y después volvió a mirarme.

—No. Puedes tocar, si quieres.

Me acerqué despacio.

Cuando apoyé la mano sobre su vientre no sentí nada especial.

El bebé era todavía demasiado pequeño. Sin embargo, hubo algo profundamente humano en aquel momento.

Durante años habíamos sido rivales, habitantes incómodas de una misma historia. Ahora estábamos allí, compartiendo un instante que ninguna habría imaginado.

—Mi padre estaría muy emocionado —murmuré.

Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas.

—Sí. También lo creo.

Fue la única respuesta que consiguió pronunciar.

La escena quedó dando vueltas en mi cabeza el resto del día.

Y, por supuesto, Alexandra tardó menos de un nanosegundo en descubrir que algo había ocurrido.

Nos encontrábamos cenando en una terraza junto al agua cuando empezó a observarme con sospecha.

—¿Qué?

—Nada.

—Alexandra.

—Solo estoy intentando entender cómo hemos pasado de guerra fría a que parezcas una matrona honorífica.

Estuve a punto de atragantarme con la bebida.

—No parezco ninguna matrona.

—Caroline, hace una semana querías lanzarla al océano.

—Eso es una exageración.

—Una exageración mínima, dadas las circunstancias.

Negué con la cabeza mientras ella sonreía satisfecha.

—Solo le he tocado la tripita. No hay más.

Apoyó los codos sobre la mesa.

—Entonces dime una cosa. Cuando pusiste la mano sobre la barriga, ¿te dio algún calambre mágico? ¿Escuchaste música celestial? ¿Viste la luz?

—Eres insufrible.

—Necesito detalles.

—No ocurrió nada.

—Qué decepción.

—Alex…

—Esperaba al menos una conexión espiritual entre generaciones.

—Lo único que ocurrió es que comprendí que ese bebé no tiene la culpa de nada, tonta.

Mi prima dejó de bromear por un momento.

—Eso es verdad.

—Y también comprendí otra cosa.

—¿Cuál?

—Que Samantha puede ser muchas cosas, pero quiere a ese niño.

Alexandra permaneció pensativa unos segundos.

—Sigo creyendo que lo que más ama en el mundo es el dinero.

—Posiblemente.

—Pero empiezo a pensar que hay algo más.

Sonreí.

—Hasta tú vas a claudicar…

—No tan rápido, que Samantha es culpable hasta que se demuestre lo contrario.

La conversación derivó hacia otros temas y terminamos riéndonos durante buena parte de la cena. Mientras observaba a Alexandra gesticular, bromear y hacer comentarios imposibles sobre nuestra situación familiar, me di cuenta de que la casa también estaba cambiando.

No porque Samantha hubiera dejado de ser Samantha.

Ni porque yo hubiera olvidado el pasado.

Simplemente porque las tres empezábamos a comportarnos como personas que compartían un mismo techo en lugar de soldados atrincherados en bandos opuestos.

Y aquella paz inesperada, por pequeña que fuera, resultaba extrañamente agradable.

Capítulo 11

Aquella noche necesitábamos salir.

No era una necesidad especialmente profunda ni trascendental. Simplemente llevábamos demasiados días sin ir de marcha.

Alexandra llevaba una semana insistiendo en que Bora Bora estaba llena de turistas, música, bares frente al mar y gente con ganas de divertirse, mientras nosotras parecíamos dos viudas victorianas encerradas en una mansión.

No era así ni mucho menos, pero mi prima era una dramática de mucho cuidado.

Mientras nos preparábamos en mi habitación, la observé moverse por el vestidor con la misma energía que había demostrado desde que llegó a la isla.

Escogió un vestido blanco de líneas sencillas que dejaba la espalda descubierta y resaltaba el tono dorado que el sol polinesio había conseguido regalarle en pocos días.

El cabello oscuro le caía sobre los hombros en ondas suaves y caminaba por la habitación con la seguridad de quien está convencida de que la noche va a traer algo interesante.

Yo elegí algo más discreto. Un vestido azul intenso, inspirado sin querer en el color de la laguna que rodeaba la isla, con una caída elegante que se movía al caminar y unas sandalias plateadas que aportaban el toque justo de sofisticación. En cuanto a mi cabello rubio, lo llevaba recogido.

—Si esta noche no conozco a nadie interesante, pienso presentar una reclamación formal al departamento de turismo de Bora Bora —anunció Alexandra mientras se examinaba por enésima vez en el espejo —. Mira todo el esfuerzo que he hecho. Esto no puede quedarse sin recompensa.

—Tu confianza en ti misma sigue siendo fascinante.

—No es confianza. Es una evaluación objetiva de los hechos.

—Claro.

—¿Verdad que sí?

Bajamos riéndonos a la planta principal.

Y fue entonces cuando todo cambió.

Samantha estaba sentada en uno de los sofás del salón.

Bastó una mirada para comprender que no se encontraba bien. Tenía el rostro pálido y la expresión agotada. Intentaba aparentar normalidad, pero resultaba evidente que hacía un esfuerzo.

No me reconocía a mí misma. Aquella mujer había complicado buena parte de mi adolescencia y, sin embargo, después del susto con el embarazo, resultaba imposible verla únicamente como una enemiga.

—¿Qué ocurre? —le pregunté acercándome.

—Nada importante.

—No digo que lo sea, ¿estás mal?

—Digamos que no me encuentro bien del todo. Pero eso no debería preocuparte; ya se me pasará.

Intentó incorporarse y volvió a dejarse caer en el sofá.

Aquello respondió por ella.

Alexandra me miró inmediatamente.

Conocía esa mirada.

Era exactamente la misma que yo le estaba devolviendo.

—¿Salimos? —me preguntó entre dientes.

—Me temo que me voy a quedar, pero tú no puedes quedarte sin esa recompensa que decías. Estás guapísima.

—Lo estáis las dos, en realidad —murmuró Samantha—. Sal, Caroline, diviértete con tu prima, no te lo pienses.

Mi prima miró a Samantha.

Después volvió a mirarme.

—Me quedo. Ya es oficial —le anuncié sin ni siquiera responder a las palabras de Samantha.

—¿Estás segura?

—Sí, Alex. La isla está a rebosar y a ti labia no te falta. Sal y conoce gente.

Samantha resopló.

—No quiero causar un conflicto.

—A buenas horas —murmuró mi prima.

—Alex…

—Déjala, si tiene razón, Caroline.

Al final tardé casi veinte minutos en convencer a Alexandra. Le recordé que había cruzado medio mundo para visitar la isla, que llevaba días queriendo salir y que Bora Bora estaba llena de tíos buenos disfrutando de sus vacaciones mientras ella perdía la noche discutiendo conmigo.

Terminó aceptando de mala gana.

—Como descubra mañana que os habéis pasado la noche viendo documentales maternales, no te hablo más.

La vi marcharse todavía protestando y después regresé al salón.

La noche transcurrió de una forma tranquila. Samantha y yo terminamos viendo una película bastante mala mientras comentábamos escenas absurdas y criticábamos decisiones imposibles de los personajes. Hubo incluso momentos en los que olvidé que aquella mujer fue durante años el centro de muchos de mis problemas.

Pasada la medianoche llegó un mensaje de mi prima.

«He ligado.»

Negué con la cabeza.

Dos minutos después apareció otro.

«No me esperes.»

Y el tercero llegó casi inmediatamente.

«Volveré mañana.»

Le enseñé la pantalla a Samantha.

—Tu prima parece muy eficiente.

—Siempre lo ha sido.

—Al menos una de las dos está aprovechando las vacaciones.

Cuando me acosté, seguía sin saber quién era el hombre responsable de aquella desaparición nocturna.

Lo descubrí al día siguiente.

Y de la forma más inesperada posible.

Alexandra apareció temprano. Entró en la casa con una sonrisa de oreja a oreja, el cabello ligeramente despeinado y esa sonrisa imposible de ocultar que anunciaba problemas.

O historias.

O ambas cosas.

Nos dispusimos a desayunar como si nada hubiera ocurrido.

—Bueno —dije sentándome frente a ella—. Supongo que vas a contármelo.

—Por supuesto que voy a contártelo.

Y comenzó.

Primero me habló del local donde había terminado la noche. Después de la música. Luego de una excursión improvisada hasta otro complejo turístico. Más tarde de un paseo por la playa.

Todo aquello ocupó casi media hora. Yo escuchaba divertida. Hasta que mencionó un nombre.

—Y entonces Lucas…

No escuché el resto.

Mi cuerpo se quedó inmóvil.

—¿Cómo has dicho? ¿Lucas? ¿Qué, Lucas? Ligaste con un turista, ¿no?

Alexandra se detuvo.

—No, qué va, es un chico de aquí.

Noté cómo algo se removía dentro de mí.

—¿Lucas qué?

—¿Qué demonios quieres saber? Me acosté con él, no le pedí la documentación. Ni que fuera del FBI…

Alexandra debió de notar algo porque bajó lentamente las gafas de sol.

—Es un chico algo mayor que nosotras y…

Me lo describió a la perfección, detalle a detalle. Mis mejillas entraron en erupción.

Su expresión cambió.

—¿Tú lo conoces?

No respondí inmediatamente.

Porque ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Caroline.

—Lucas fue mi primer novio. Nunca te he hablado de él. Lo sé… Es que… No solo fue eso. Lucas fue muchas cosas.

Mi prima se quedó paralizada.

Literalmente paralizada.

—¿Qué?

—Lo siento. Debí contártelo, pero hablar de él durante años abría una herida. Y por eso hice como si nunca hubiera existido.

Apoyé las manos alrededor de la taza de café.

—Cuando me marché de la isla decidí dejar esa historia aquí. No fue algo consciente al principio. Simplemente dejé de hablar de él. Pasó el tiempo. Llegó Nueva York. Llegó la universidad. Llegó otra vida. Y pasé página.

Alexandra seguía mirándome como si acabara de descubrir un secreto de Estado.

—¿Y me estás diciendo que acabo de acostarme con él?

Aquella frase me hizo cerrar los ojos.

—Sí. Más bien lo has dicho tú, pero…

—Madre de Dios.

—Sí.

—Madre de Dios.

—Estás siendo de gran ayuda.

—Estoy intentando procesarlo.

Se incorporó en la silla.

—Vale. Espera. Necesito entender esto. ¿Estamos hablando de un novio adolescente cualquiera o de algo importante?

Miré hacia la laguna.

Y supe la respuesta antes incluso de pronunciarla.

—Estamos hablando del chico con el que pensé que iba a pasar toda mi vida cuando era adolescente. De mi primer amor, de mi primer… De mi primer todo, ya me entiendes.

—Joder, esto mejora por momentos.

—No pasa nada, de veras, ¿tú qué ibas a saber?

—Claro que no lo sabía, petarda. De haber sido así, no lo hubiera tocado ni con un palo, por muy bueno que esté, que lo está…

—Ya te digo si lo está.

—Él tampoco tenía ni idea de que soy tu prima. No le di detalles de mi identidad ni del porqué de mi estancia aquí.

—En cualquier caso, es libre de acostarse con quien quiera, por supuesto.

—Sí, y debe hacer buen uso de esa libertad, también te lo digo.

—¿Por qué? ¿Qué sabes de él?

—Unas camareras me dijeron que es una buena pieza, que tiene fama de tirarse a todo lo que se menea, Caroline.

—¿Lucas? Pero si Lucas era un chico de lo más romántico y…

—Hablas de la prehistoria, ¿qué sabes ahora de él? ¿Habéis estado en contacto en estos años? Dime que no o te saco los ojos. No podría soportar que no me lo hubieras contado.

—Qué va. Asistió al funeral de mi padre, pero lo vi de lejos. No era el momento.

—Qué formal, él.

—No solo fue mi chico. Era alguien importante para mi padre también, Alex.

—Qué puntería he tenido… Con todos los tíos que me tiraron la caña anoche.

—Puntería total…

—¿Me odias? Igual me odias un poquito.

—Que no, boba. Además, yo tengo a Andrew.

—Se me había olvidado su aburrida existencia.

—No es aburrido…

—Un poco sí que lo es, no me jodas…

Ya habíamos llegado al punto de siempre. Andrew no era del gusto de mi prima. En cuanto a Lucas, con él cambiaba la cosa. No obstante, conocía a Alexandra y para ella no había supuesto más que el ligue de una noche. Y pese a ello, me escocía.

Capítulo 12

La nueva reunión con los abogados llegó varios días después, justo cuando la casa parecía haber encontrado una paz provisional.

Samantha continuaba guardando reposo relativo,

Alexandra seguía recorriendo Bora Bora con el entusiasmo de una turista recién liberada y yo intentaba fingir que no llevaba noches pensando en su encuentro con Lucas.

Me costaba mucho creer que se hubiera convertido en el tipo de hombre que le describieron a mi prima.

Lucas odiaba ese tipo de perfil. Detestaba la gente promiscua.

Pero claro, ese era el Lucas adolescente que yo conocía. Ahora se trataba de un hombre y, en realidad, ¿qué sabía de él?

Por eso, cuando recibimos la citación del despacho jurídico, sentí que la realidad volvía a llamar a la puerta con una carpeta bajo el brazo y muy pocas ganas de respetar mis treguas personales.

Nos reunimos en la misma sala de dirección del resort.

La laguna brillaba al otro lado de los ventanales, indiferente al pequeño terremoto legal que estaba a punto de desarrollarse alrededor de la mesa.

Samantha llegó con un vestido claro, menos rígida que en la primera reunión, aunque todavía aferrada a esa compostura suya que parecía confeccionada por un comité de relaciones públicas.

Alexandra se sentó a mi lado sin disimular demasiado su interés; desde que había descubierto que la herencia Reed tenía más giros que una serie de sobremesa con presupuesto, no pensaba perderse ni un episodio.

El notario abrió la sesión con un tono más prudente que la vez anterior.

Explicó que el anuncio del embarazo obligaba a contemplar un escenario sucesorio adicional, pero no invalidaba automáticamente la voluntad expresada por mi padre.

Según sus palabras, si el hijo de Samantha nacía con vida y se acreditaba legalmente que era hijo de Michael, tendría los derechos hereditarios que le correspondieran conforme a la ley aplicable.

Hasta entonces, lo razonable era mantener la estructura general del testamento, reservar una parte de determinados activos líquidos y dejar constancia de que cualquier ajuste futuro se haría sin paralizar por completo la gestión del grupo hotelero.

Samantha escuchaba muy quieta, con una mano apoyada sobre el vientre.

—Entonces está diciendo que mi hijo todavía no cuenta —intervino, y aunque su voz sonó fría, había una inquietud real debajo de aquella frase.

El abogado principal negó con una cortesía firme.

—No, señora Reed. Estamos diciendo lo contrario. Estamos protegiendo sus posibles derechos desde este momento, pero también debemos proteger la voluntad testamentaria del señor Reed y la estabilidad de las sociedades.

»No sería prudente alterar toda la estructura patrimonial sobre una situación que aún debe desarrollarse médica y jurídicamente.

Alexandra bajó la vista hacia sus manos, quizá para evitar hacer un comentario. La conocía demasiado bien.

El notario continuó explicando que se establecería una reserva económica suficiente para cubrir los derechos futuros del bebé si todo transcurría con normalidad.

También se revisarían ciertas participaciones menores y se suspendería cualquier disposición de activos sensibles hasta que el nacimiento despejara el escenario. Sin embargo, el control operativo del grupo, la mayoría accionarial asignada a mí y la recomendación expresa de mi padre sobre la dirección del resort se mantenían intactos.

Samantha apretó los labios, pero no protestó de inmediato. Tal vez empezaba a comprender que no estaba siendo despojada, sino situada en un lugar muy distinto al que había imaginado para sí misma.

Entonces el notario pasó al punto de la residencia familiar.

Sentí que algo dentro de mí se preparaba.

—Respecto a la casa principal de Bora Bora —dijo, consultando una escritura independiente—, el señor Reed dejó una disposición específica. La propiedad queda adjudicada de forma plena a la señorita Caroline Reed, al margen de la estructura societaria del resort, con efectos desde la aceptación de la herencia.

Samantha levantó la cabeza.

—¿Y eso no es negociable?

—No, señora Reed.

Aquella vez no hubo estallido. Solo una especie de cansancio oscuro que cruzó su rostro.

—Michael no habría querido que yo me quedara sin hogar. Creo que no lo pensó bien. O quizás, si hubiese sabido que teníamos un hijo en camino…

La conclusión me rozó de una manera extraña, quizás porque por primera vez no sonó a estrategia. Sonó a miedo.

El notario le recordó que conservaba bienes suficientes, una residencia en Londres, activos financieros y una renta vitalicia muy elevada.

Nadie la estaba dejando desvalida.

Pero la casa de Bora Bora, la casa donde yo había crecido y donde mi padre había querido que descansaran sus últimos días, era mía.

Durante unos segundos, Samantha no dijo nada. Miraba la mesa con una expresión que no conseguí descifrar del todo.

No era solo derrota. Tampoco rabia. Había algo más: la conciencia repentina de que, pese a todos sus años allí, aquella casa nunca había terminado de pertenecerle.

—Entiendo —murmuró al fin—. Entonces supongo que debo preparar mi marcha.

La sala quedó suspendida en una tensión que podía cortarse con un cuchillo.

Alexandra me miró de reojo, pero no intervino. Los abogados mantuvieron esa neutralidad profesional que siempre me había parecido admirable y un poco inhumana.

Yo observé a Samantha.

Pensé en la mujer que me había hecho sentir intrusa en mi propia casa cuando era una adolescente. Pensé en la sangre sobre aquella toalla, en su miedo, en la forma en que había preguntado si el bebé estaba bien. Pensé también en mi padre, en sus errores y en la carta que me dejó pidiéndome que cuidara de lo que él amaba.

Sabía que habría querido muchísimo a ese hijo que estaba por llegar. Y no tuve corazón para impedir que su viuda siguiera adelante con aquello.

Al fin y al cabo, por muy pérfida que hubiera sido conmigo, más que nunca, íbamos a convertirnos en familia.

—No tienes que marcharte ahora —le indiqué.

Samantha me miró con evidente sorpresa.

—¿Perdón?

—La casa es mía, sí. Pero no voy a echarte mientras estás embarazada, con el médico pidiéndote reposo y todo esto sin resolver. Puedes quedarte de momento. No tengas prisa por nada. Hay sitio para todas.

Alexandra no dijo nada, lo cual, tratándose de Alexandra, equivalía a una ovación solemne con fuegos artificiales internos.

Samantha me observó durante varios segundos.

—No necesito tu caridad, Caroline.

—No es caridad. Es sentido común. Y quizás un poco de respeto por el bebé.

Aquello pareció alcanzarla de una forma que no esperaba. Bajó la vista hacia su vientre y, cuando volvió a hablar, su voz sonó menos afilada.

—Gracias.

Fue una palabra pequeña, inusual en su boca, pero real.

Salimos de la reunión con un acuerdo provisional firmado, una casa adjudicada y una guerra familiar que, por primera vez, no parecía destinada a arrasarlo todo.

Mientras caminábamos hacia la salida, Alexandra se acercó a mí y murmuró lo bastante bajo para que solo yo pudiera oírla:

—Acabas de comportarte de una manera muy noble e irritante, porque ahora no puedo odiarla con la alegría de antes.

Me escapó una sonrisa.

—Lo siento.

—No lo sientas. Pero que conste que me has chafado un hobby.

Al llegar a la terraza, me detuve un momento frente a la laguna.

El viento movía las palmeras y el resort continuaba funcionando a nuestro alrededor, lleno de huéspedes, empleados y vida.

Mi padre había querido que aquella casa fuera mía. Había querido que el futuro del resort quedara en mis manos. Y yo, que había llegado a Bora Bora convencida de que venía solo a despedirme de él, empezaba a comprender que quizás también había vuelto para ocupar por fin mi lugar.

Lo cual no le restaba importancia al hecho de que, en Nueva York, tenía una vida… y un novio.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, Samantha apareció en la terraza cuando yo terminaba de revisar unos correos del despacho jurídico.

Llevaba un vestido amplio color arena, el cabello recogido con menos precisión de la habitual y una expresión que no le conocía, de esas que en ella podían significar desde una orden hasta una rendición parcial.

Se quedó unos segundos junto a la puerta antes de hablar, y por una vez no pareció segura de cómo empezar.

—Tengo una cita médica esta tarde con mi ginecóloga —dijo al fin, con una mano apoyada sobre la carpeta que llevaba contra el pecho—. Una ecografía. Debemos comprobar que todo sigue bien después del susto de hace unos días.

Dejé el portátil sobre la mesa y la miré con atención.

Samantha no solía compartir información si no esperaba obtener algo a cambio, pero aquella vez había una fragilidad discreta en su voz que me obligó a esperar.

—¿Quieres que avise a alguien del servicio para que te acompañe?

Negó despacio, aunque no apartó la vista de la laguna.

—No. Quería preguntarte si vendrías tú.

La petición me dejó sin respuesta durante unos segundos.

No porque fuera descabellada, sino porque ninguna de las dos habría podido imaginarla apenas unos días antes. Samantha debió interpretar mi sorpresa como rechazo, porque se apresuró a levantar la barbilla con esa dignidad defensiva que conocía demasiado bien.

—No tienes por qué hacerlo. Entiendo que puede parecerte inapropiado. Solo pensé que, si algo iba mal, prefería no estar con una empleada ni con un chófer esperando en la puerta.

Me levanté sin pensarlo demasiado.

—Iré contigo.

Sus ojos se movieron hacia mí con una mezcla de alivio y desconfianza, casi como si necesitara comprobar que no había burla en mi respuesta.

—¿Estás segura?

—Sí. Y no tienes que justificarlo tanto. Iré encantada, de verdad.

—Si te soy franca, no me ha parecido que la idea te gustase.

—Claro que me gusta. Simplemente… no lo esperaba.

Samantha apretó la carpeta contra el pecho.

Durante un instante pareció a punto de decir algo más, pero solo asintió.

Aquella sobriedad suya, que tantas veces me había parecido soberbia, empezaba a revelarme otra cara: la de una mujer que no sabía pedir ayuda sin convertirlo antes en un trámite.

Fuimos a la clínica en coche, con Tama al volante y una tarde brillante extendiéndose sobre la isla.

La carretera bordeaba la costa en algunos tramos y después se internaba entre casas bajas, jardines tropicales y pequeños comercios donde la vida parecía seguir a otro ritmo.

Samantha permanecía sentada a mi lado con ambas manos sobre el bolso, demasiado quieta para alguien que siempre necesitaba aparentar control.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté, procurando que mi voz no le diera más importancia de la que tenía.

Ella tardó unos segundos en responder.

—Mucho. Y odio estarlo.

—Eso no lo hace menos normal.

Samantha dejó escapar una sonrisa breve, cansada.

—Tu madre decía cosas parecidas cuando yo llegué a la isla. Siempre parecía saber qué decir sin convertirlo en una lección.

La mención de Eleanor me sorprendió. Durante años había pensado que Samantha evitaba hablar de ella por orgullo o por simple desprecio.

—Mi madre era buena en eso.

—Lo era —admitió, mirando por la ventanilla—. Y yo era bastante más joven que ahora. Creía que ganar significaba quedarme con todo. Con Michael, con la casa, con el lugar que ella ocupaba. Ahora me doy cuenta de que algunas cosas no se ganan; se arrebatan.

No supe qué contestar.

Quizás porque era la primera vez que Samantha reconocía, aunque fuera de forma indirecta, el daño que había causado.

La clínica era pequeña, luminosa y tranquila, con paredes claras y ventiladores moviendo el aire perfumado por las flores del exterior.

Nos hicieron esperar apenas unos minutos. Samantha hojeó una revista sin leerla y yo observé sus dedos, crispados sobre el papel. Cuando la llamaron, se levantó con una rigidez que intentaba disfrazar de elegancia.

—Puedes entrar —murmuró.

La seguí.

La doctora fue amable y directa. Le hizo algunas preguntas, revisó informes y la ayudó a acomodarse en la camilla.

Samantha se subió el vestido lo justo para dejar libre el abdomen, todavía apenas marcado, y giró la cabeza hacia mí cuando la doctora preparó el ecógrafo.

—Si esto te resulta incómodo, puedes esperar fuera.

Me acerqué un poco más.

—A estas alturas, Samantha, lo raro habría sido que nuestra familia hiciera algo normal.

Aquello le arrancó una risa pequeña, nerviosa, que desapareció en cuanto la pantalla se encendió.

Al principio no entendí nada. Solo manchas grises, formas borrosas, movimientos mínimos que mi mente no sabía ordenar.

Después, la doctora sonrió y señaló un punto diminuto en el monitor.

—Ahí está.

Samantha se quedó inmóvil.

La doctora subió el volumen y entonces la sala se llenó de un sonido rápido, insistente, lleno de vida.

Los latidos del bebé ocuparon cada rincón, tan claros y rotundos que durante unos segundos olvidé todo lo demás. Olvidé el testamento, las discusiones, la casa, la herencia y hasta los años en los que aquella mujer había sido mi herida más difícil de nombrar.

Samantha se cubrió la boca con la mano.

—Está bien —susurró.

—Está muy bien —confirmó la doctora—. El latido es fuerte y el crecimiento corresponde a las semanas de gestación.

Sentí que los ojos se me humedecían antes de poder evitarlo. No era mi bebé, pero sí era hijo de mi padre. Era una vida nueva en medio de una historia llena de pérdidas, errores y cuentas pendientes.

Samantha buscó mi mano sin mirarme.

Se la di.

La apretó con tanta fuerza que casi me hizo daño, pero no la solté.

La doctora continuó observando la pantalla, moviendo el transductor con cuidado.

—Si queréis, puedo intentar confirmar el sexo. Todavía es un poco pronto para asegurarlo al cien por cien, pero se aprecia bastante bien.

Samantha giró la cabeza hacia mí. Aquello me sorprendió más que todo lo anterior, porque parecía pedirme permiso a mí también.

—Sí —respondió ella, con la voz quebrada—. Queremos saberlo.

La doctora sonrió unos segundos después.

—Parece una niña.

Una niña.

La palabra me dejó clavada junto a la camilla.

Samantha cerró los ojos y las lágrimas se deslizaron por sus sienes hacia el cabello.

—Una niña —repitió.

Miré la pantalla, aquel pequeño movimiento borroso dentro de ella, y pensé en mi padre. En la hija que ya no podría abrazarle. En la hija que llegaría al mundo sin conocerlo. En las dos vidas femeninas que Michael Reed había dejado unidas de la manera más inesperada posible.

—Mi padre habría estado feliz —dije.

Samantha giró el rostro hacia mí, todavía con mi mano entre la suya.

—Quería otra hija —confesó—. Me lo dijo una vez. No porque tú no bastaras, Caroline. Nunca fue eso. Decía que tenerte había sido lo más importante de su vida, y que a veces le daba pena no haber sido mejor padre para ti.

Aquella frase me atravesó con una ternura dolorosa.

—Lo fue en muchas cosas.

—También falló en otras.

—Sí.

Samantha asintió, aceptando una verdad que antes habría combatido.

Cuando salimos de la clínica, la tarde empezaba a dorarse sobre Bora Bora. Caminamos despacio hasta el coche, sin prisa, todavía bajo el efecto de aquellos latidos. Antes de subir, Samantha se detuvo y miró hacia el mar que se veía al final de la calle.

—No sé si sabré ser madre —admitió.

La miré.

—Nadie sabe al principio.

—Tú hablas como si pudieras perdonarlo todo.

—No es eso.

Sus labios temblaron un poco.

—Lo sé.

—Pero esa niña no tiene la culpa de nada. Y tú hoy tampoco me has parecido mi enemiga.

Samantha bajó la vista hacia su vientre y colocó una mano sobre él.

—Me gustaría que no creciera rodeada de odio.

Aquella frase, sencilla y casi torpe, fue quizá lo más honesto que le había escuchado decir.

—Entonces empecemos por ahí.

No fue una reconciliación completa. No hubo abrazos, ni grandes promesas, ni palabras capaces de borrar el pasado. Pero cuando regresamos a la casa y Samantha subió la escalera con una mano sobre el vientre, sentí que algo había cambiado de verdad.

No entre ella y yo solamente.

También entre aquella niña y el lugar que la esperaba.

Capítulo 14

Aquella tarde la casa estaba especialmente tranquila.

Alexandra había salido a recorrer algunas tiendas del centro de la isla y yo había terminado antes de lo previsto una videoconferencia con varios responsables del grupo hotelero.

Aproveché para instalarme junto a la piscina con un libro que llevaba días intentando leer sin demasiado éxito.

El agua reflejaba destellos dorados bajo el sol de la tarde y una ligera brisa movía las palmeras que rodeaban la propiedad.

Escuché pasos acercándose sobre la piedra del jardín y levanté la vista.

Samantha caminaba despacio en mi dirección.

Llevaba un vestido rosa pastel, el primero que le veía de embarazada, y una mano apoyada sobre el vientre.

Desde el susto de las semanas anteriores se movía con más cautela, aunque intentaba que nadie lo notara. Lo que me llamó la atención no fue eso, sino la expresión de su rostro. Había algo serio en ella. Algo que parecía llevar tiempo preparando.

Se detuvo junto al sofá y permaneció unos segundos de pie.

—¿Puedo sentarme?

La pregunta me sorprendió.

—Claro. Cómo no. Ambas vivimos aquí. No me molestas.

—Te lo agradezco. Saberlo es importante para mí.

Se acomodó a mi lado y durante unos instantes contempló la piscina sin hablar. El silencio no resultaba planeado. Más bien parecía el de una persona intentando reunir valor.

Finalmente exhaló despacio.

—Caroline, tengo que contarte algo.

Cerré el libro y lo dejé sobre la mesa.

—Te escucho.

Samantha mantuvo la mirada fija en el agua.

—No sé muy bien por dónde empezar porque no estoy acostumbrada a explicar ciertas cosas. Durante años he preferido justificarme, enfadarme o fingir que nada me afectaba. Es mucho más fácil que reconocer según qué verdades.

Esperé.

—Tú sabes muy poco de mí —continuó—. Y lo poco que sabes tampoco es precisamente bueno.

Aquello era difícil de discutir.

Una sonrisa triste apareció en sus labios.

—Fui la hija pequeña de una familia bastante peculiar. Mis padres me tuvieron tarde. Muy tarde. Mis hermanos mayores prácticamente eran adultos cuando yo nací. Mi padre murió poco después, siendo todavía una niña.

Giró la cabeza hacia mí por primera vez.

—Y mi madre nunca me perdonó por ello.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

—Por ser niña. Porque era una mujer amargada incluso antes de quedarse viuda. Y porque tenía unas ideas bastante particulares sobre las mujeres.

Soltó una pequeña risa sin humor.

—Pese a ser mujer, ella no era nada femenina. Consideraba que las niñas eran débiles, dependientes y una decepción para cualquier familia. Había tenido varios hijos varones y estaba orgullosa de ellos. Luego llegué yo.

La escuchaba sin interrumpirla.

—Siempre tuve la sensación de que ocupaba un lugar que nadie quería darme. No me faltó comida. No me faltó educación. No me faltó ropa. Pero cariño… cariño no recuerdo haber recibido. Mi madre me trataba como una obligación. Algo que debía soportar porque no tenía alternativa.

Bajó la vista hacia sus manos.

—¿Sabes lo peor? Que cuando eres pequeña terminas creyendo que es normal. Crees que el problema eres tú. Que si fueras más lista, más guapa o más buena, quizás alguien te miraría de otra manera.

Noté un nudo en la garganta.

Samantha continuó hablando despacio, sin dramatismo; precisamente por eso resultaba más doloroso.

—Aprendí muy pronto que el afecto podía desaparecer. Que la seguridad podía desaparecer. Que depender emocionalmente de alguien era una estupidez. Y cuando crecí, me obsesioné con todo aquello que parecía garantizar estabilidad. El dinero. El éxito. El prestigio. La posición social.

Se quedó callada unos segundos.

—Y entonces conocí a Michael.

Aquello sí captó toda mi atención.

—Yo era joven. Mucho más joven que él. Y voy a decirte una verdad que probablemente no te guste escuchar.

—Prefiero las verdades.

Samantha asintió.

—Cuando me fijé en tu padre no fue por amor.

No me sorprendió.

Quizás porque llevaba años sospechándolo.

—Me impresionó su mundo. Su éxito. Su seguridad. La forma en que entraba en una habitación y parecía que todo giraba a su alrededor. Venía de una vida donde siempre había sentido que me faltaba algo y él representaba exactamente lo contrario.

Observó la laguna a lo lejos.

—Me encapriché de todo aquello. De su posición. De su poder. De lo que significaba estar a su lado.

Tragó saliva antes de continuar.

—Y sí, hice cosas horribles para conseguirlo.

La sinceridad de aquella confesión me dejó sin palabras.

—Pero también ocurrió algo que no esperaba.

—¿Qué?

Samantha sonrió.

Una sonrisa pequeña.

Muy distinta de las habituales.

—Que terminé enamorándome de él de verdad.

La emoción apareció por primera vez en su voz.

—Michael era divertido. Generoso. Impulsivo. Exasperante algunas veces. Y muchísimo mejor persona que yo. Acabé queriéndolo más de lo que jamás había querido a nadie.

Noté cómo sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

—Y aun así seguí haciendo las cosas mal.

Aquella frase parecía perseguirla.

—Porque cuando llegué a vuestra vida seguía siendo una persona egoísta. Seguía pensando únicamente en lo que quería. En lo que necesitaba. En lo que me hacía feliz.

Me miró directamente.

—Y tú me sobrabas.

La crudeza de aquellas palabras me golpeó.

No porque no lo supiera.

Sino porque era la primera vez que la escuchaba admitirlo.

—Había construido una fantasía absurda en mi cabeza. Una vida perfecta con Michael. Una familia nueva. Un comienzo nuevo. Y tú eras la prueba constante de que él había amado a otra mujer antes que a mí. De que tenía una historia anterior. De que había alguien a quien quería incluso más que a mí.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Lo sé. Suena horrible.

—Es horrible.

—Pero es real…

Asintió.

—Y te hice pagar por ello.

Sentí un dolor extraño al verla así.

Porque estaba contemplando a la mujer que más daño me había hecho durante mi adolescencia.

Y, al mismo tiempo, estaba viendo a una persona rota.

Una persona que llevaba demasiados años huyendo de sí misma.

—Caroline, siento muchísimo todo lo que te hice pasar. Muchísimo.

La voz terminó quebrándose.

—Siento cada comentario. Cada desprecio. Cada vez que te hice sentir que no pertenecías a tu propia casa. Siento haberte convertido en el objetivo de frustraciones que nunca tuvieron nada que ver contigo.

Durante unos segundos ninguna de las dos habló.

Y entonces ocurrió algo que jamás habría imaginado.

Samantha empezó a llorar.

No con elegancia. No con control. No con dignidad.

Lloró de verdad.

Y aquella imagen terminó de romper algo dentro de mí.

Me acerqué y la abracé. Ella se aferró a mí casi inmediatamente. Las dos permanecimos así durante varios minutos. Llorando. Por mi padre. Por el pasado. Por todo lo que nunca habíamos sabido resolver.

Fue en mitad de aquel momento cuando escuchamos una voz conocida.

—Bueno.

Alexandra acababa de entrar por el jardín.

—Definitivamente me he perdido varios episodios del culebrón.

Levanté la cabeza entre lágrimas.

Mi prima observó la escena. Luego observó a Samantha. Luego volvió a observarnos a ambas.

—Voy a asumir que esto es una reconciliación en la que cierta cosita chica que está dentro de la tripa de su mami tiene mucho que ver.

Aquello provocó que se me escapara una carcajada.

Incluso Samantha terminó riendo entre lágrimas.

—Perfecto —continuó Alexandra mientras dejaba sus bolsas sobre una tumbona—. Porque durante diez segundos he pensado que el aire de Bora Bora coloca y me he acojonado un poco.

Negué con la cabeza.

—Eres imposible.

—Lo sé. Es uno de mis principales atractivos.

Y las tres terminamos sentadas juntas junto a la piscina mientras el sol comenzaba a descender sobre la laguna.

Alexandra fue a por helado porque afirmaba que una reconciliación sin azúcar no era reconciliación ni era nada.

Y yo no podía dejar de mostrar mi sorpresa. Porque hay cosas que desconciertan.

No éramos una familia perfecta. Probablemente nunca lo seríamos.

Pero empezábamos a parecernos a una.

Capítulo 15

Dos días después de aquella conversación junto a la piscina, Alexandra decidió que necesitaba comprar recuerdos para media Nueva York.

Aquello significaba recorrer el mercado principal de Bora Bora durante horas, detenerse en cada puesto imaginable y debatir durante veinte minutos si alguien necesitaba realmente una lámpara fabricada con conchas marinas.

Yo ya había aceptado mi destino.

Caminábamos entre puestos llenos de artesanía local, telas de colores, joyería hecha a mano y frutas tropicales cuando se detuvo delante de un expositor de pareos.

—No entiendo cómo una isla tan pequeña puede tener tantas formas distintas de vaciar una tarjeta de crédito.

—Es un talento ancestral.

—Lo respeto profundamente.

Sonreí mientras seguía avanzando.

Y entonces lo vi.

No fue una visión cinematográfica ni una escena ralentizada. Simplemente levanté la cabeza y allí estaba.

Lucas.

Apenas a unos metros.

Llevaba una camisa en tono vainilla hasta los antebrazos y unas gafas de sol colgadas del cuello. Hablaba con un comerciante local cuando giró la cabeza casualmente hacia nuestra dirección.

Primero me vio a mí.

Después vio a Alexandra.

Y entonces ocurrió algo cómico.

La expresión de su cara.

Porque durante un segundo pareció incapaz de procesar la información.

Miró a Alexandra.

Volvió a mirarme.

Después otra vez a Alexandra.

Y finalmente soltó una pequeña carcajada incrédula mientras se llevaba una mano a la nuca.

Alexandra tardó exactamente dos segundos en comprender lo que estaba pasando.

—Oh, Dios mío. Acaba de caer en que tú y yo nos conocemos. Y eso que no sabe que somos las mejores primas del mundo.

Yo ya estaba riéndome.

Lucas se acercó.

Y cuanto más se acercaba, más nervioso parecía.

La escena resultaba especialmente divertida porque recordaba perfectamente al chico seguro de sí mismo que había conocido durante toda mi adolescencia.

—Vale —dijo cuando llegó hasta nosotras—. Antes de que cualquiera de las dos diga nada, quiero dejar constancia de que no tenía ni idea.

Eso fue suficiente para que Alexandra estallara en carcajadas.

—Te juro que la cara que acabas de poner ha merecido todo el viaje.

Lucas se mordió el labio mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Por qué? —pregunté alegre.

—Porque me acosté con tu amiga. Antes de que te lo cuente ella, te lo cuento yo.

—Ya lo sabía… Y no es mi amiga, es mi prima.

—Suena fatal…

Alexandra se cruzó de brazos.

—Para tu tranquilidad, nadie ha muerto. Solo es una casualidad de lo más picante, Lucas.

—Alexandra, que te embalas —intervine.

—Caroline, me debes varias. Que estamos viviendo con Samantha por tu culpa, deja que me divierta.

—¿Viviendo con Samantha? ¿Qué me he perdido?

—Te has perdido unas cuantas, Lucas. Pero vamos, que por lo que cuentan, sueles estar bastante distraído —le espetó mi prima.

Lucas soltó una risa y durante unos segundos volvimos a sentirnos mucho más jóvenes.

Muchísimo más jóvenes.

Como si aquellos siete años apenas hubieran existido.

—Gracias por estar en el funeral de mi padre —dije finalmente.

Aquello cambió ligeramente la atmósfera.

No la volvió triste.

Solo más sincera.

Lucas asintió despacio.

—Claro que fui. ¿Cómo no iba a ir? Sabes que apreciaba cantidad a Michael. Más que un jefe, siempre lo consideré un buen hombre. Con sus desaciertos familiares, pero un buen hombre.

—Lo sé. Y me habría gustado acercarme en ese momento, pero se trataba de un momento muy complicado.

—Me hago cargo.

—Incluso pensé en buscarte después.

Sus ojos se iluminaron ligeramente.

—¿Sí?

—Sí. Pero todo se volvió un poco caótico.

—Eso ya lo he notado.

La referencia a Samantha de mi prima le había dejado boquiabierto.

—También me dijeron que ya no trabajabas en el resort.

—Hace bastante tiempo ya.

—Pensaba que seguirías allí.

Lucas observó el mercado durante unos segundos antes de responder.

—Cuando era niño, yo también pensaba que nunca saldría de allí, que trabajaría en el resort hasta hacerme mayor.

Aquella frase escondía algo más.

Lo noté.

Y él también supo que lo había notado.

Pero ninguno insistió.

Por suerte, Alexandra seguía presente para impedir cualquier momento excesivamente intenso.

—Bueno, como veo que tenéis pendiente aproximadamente media vida de conversación, voy a dar una vuelta.

—Alexandra…

—Ni se te ocurra protestar, que te has vuelto muy protestona. Como ahora no te peleas con Samantha, con quien más bien estás por la labor de grabar un serial lacrimógeno, la emprendes contra mí.

Se giró hacia Lucas.

—Cuídamela.

—Será un verdadero placer.

—De placer, mejor no me hables —le guiñó mi prima un ojo.

—Eres de lo más discreta…

—Discreta y perfecta. Nos vemos.

Y desapareció entre los puestos.

Me giré hacia Lucas.

—Ha sido muy sutil.

—Extremadamente.

Terminamos sentándonos en una pequeña cafetería abierta junto al mercado. Desde la terraza podía verse parte de la laguna y varias embarcaciones entrando y saliendo del puerto.

Durante unos segundos simplemente nos observamos, intentando encajar los años que habían pasado. Y luego, nos pusimos al día.

—Así que tienes novio —comentó finalmente.

—Tengo novio.

—Era de imaginar…

—Lo que no imaginaste era que Alexandra y yo somos primas.

—Eso sigue pareciéndome una trampa del universo.

Sonreí.

—Tiene sus momentos.

Lucas apoyó los brazos sobre la mesa.

—Debo admitir que cuando apareció aquella noche pensé que era la turista más peligrosa que había conocido nunca.

—Lo es.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿Todo?

—La forma de hablar. El sentido del humor. La capacidad de meterse en problemas.

—Eso último es herencia familiar.

Le hice reír. Y durante unos segundos volví a reconocer perfectamente al chico que había conocido.

El mismo brillo en los ojos.

La misma sonrisa.

La misma facilidad para hacer que todo pareciera sencillo.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué ocurrió después de que me marchara?

Lucas apoyó la espalda en la silla.

La sonrisa desapareció lentamente.

—Pasaron muchas cosas, no podría resumirlas.

—Inténtalo.

Se quedó pensativo unos instantes.

—La verdad es que nada volvió a ser igual.

Aquella respuesta me sorprendió.

—¿Por mi marcha?

—En parte.

La sinceridad de su tono me dejó huella.

—Necesité bastante tiempo para asumir que te habías marchado sin intención de volver.

Miró la laguna.

—Después entendí que tenía que encontrar mi propio camino.

—¿Y por eso dejaste el resort?

—Exactamente.

Asentí despacio.

—Te fuiste a la competencia.

Lucas soltó una carcajada.

—Eso suena muchísimo peor de lo que fue.

—Eres un traidor.

—No lo soy y lo sabes.

—Mi padre estaría indignado.

—Tu padre fue quien me recomendó que me marchara.

Me quedé patidifusa.

—¿Qué?

Lucas sonrió.

—Michael supo ver que te echaba demasiado de menos, y que necesitaba un cambio de aires.

Aquello me hizo reír tan fuerte que varias personas se giraron hacia nosotros.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo.

Continuamos hablando durante más de una hora.

De todo lo que había cambiado.

Y de todo lo que seguía exactamente igual.

Cuando ya llevábamos bastante tiempo conversando, decidí hacer la pregunta que llevaba rondándome la cabeza desde que nos sentamos.

—Entonces… ¿Sigues llevando una vida parecida?

—Más o menos…

—Me refería a lo profesional. En lo demás, parece ser que te las apañas de maravilla.

—No es para tanto….

—No te hagas el tonto. Ya no eres el chico inocente que conocí. Se nota que tienes mucho mundo.

—Y me lo dices tú, neoyorquina….

—Pero yo tengo pareja fija —argumenté.

—Y yo no tengo que pedir perdón por no tenerla.

—Tienes razón…

—Al menos ya tengo algo…

Las risas salían solas.

Las horas pasaron con una facilidad que me resultó casi desconcertante.

Había personas con las que una necesitaba buscar temas de conversación, llenar pausas o pensar qué decir a continuación.

Con Lucas nunca había ocurrido eso. Ni cuando éramos unos críos ni ahora, siete años después.

Las frases surgían solas, una detrás de otra, encadenándose con naturalidad mientras saltaban de un recuerdo a una anécdota, de una broma a una conversación más seria sin que nada pareciera forzado.

A veces era él quien contaba alguna historia de aquellos años en los que yo había estado lejos de Bora Bora.

Otras era yo quien terminaba recordando situaciones que creía olvidadas. Entre medias aparecían risas, interrupciones, comentarios locos y esa sensación tan familiar de estar viviendo un reencuentro.

Ambos éramos personas distintas. Yo tenía una vida en Nueva York, un trabajo, un novio y responsabilidades que jamás había imaginado cuando me marché de la isla.

Lucas había construido su propio camino y parecía sentirse orgulloso de haberlo hecho. Y aun así, sentada frente a él, todo resultaba sencillo.

Cuando finalmente Alexandra regresó, me sorprendió descubrir la hora que era.

Nos despedimos prometiendo volver a vernos pronto y, mientras lo observaba alejarse entre los puestos del mercado, tuve la sensación de que aquellas dos horas habían durado apenas unos minutos.

Pusimos rumbo a la casa familiar.

También me asombraba el no sentirme en ella como una huésped. De pronto, era la dueña. Y quien tomó la decisión de que Samantha podía vivir, por el momento, ahí.

Si algo estaba resultando Bora Bora, era sorprendente. La vida da muchas vueltas, y a veces lo hace cuando menos lo esperas.

Comenzaba a encontrarme en paz en la isla que me vio crecer, como quien se da de frente con sus orígenes.

Y esos orígenes me transmitían serenidad.

Capítulo 16

Esa noche empezó con una promesa bastante sencilla: salir un rato, despejarme y no pensar en testamentos, ecografías, herencias, niñas que aún no habían nacido ni hombres del pasado que tenían la mala costumbre de reaparecer. O la buena.

Alexandra, por supuesto, no lo planteó con demasiada delicadeza.

—Esta noche vas a salir, vas a ponerte guapísima y vas a recordar que tienes veinticinco años, no ciento doce ni una suscripción vitalicia a problemas familiares —anunció mientras entraba en mi habitación con un vestido en la mano y una seguridad que habría podido abrir puertas blindadas.

—La madre que te parió, que me has asustado.

—Ni que fuera fea, no te digo…

—De fea nada, eres lo más bonito…

—De tu vida, ya lo sé. No hace falta que me lo digas —comentó viniéndose arriba—. Y antes de que pongas esa cara de heredera responsable, déjame decirte que Samantha está bien, la niña está bien, la casa sigue en pie y el resort no va a hundirse porque bebas un cóctel con sombrillita, chalada.

No tuve argumentos sólidos contra aquello.

De hecho, ni siquiera quise tenerlos. Llevaba días viviendo en una especie de paréntesis anormal, en el que todo parecía moverse entre la pena por mi padre y una calma nueva que no terminaba de comprender.

Samantha y yo seguíamos aprendiendo a hablarnos sin sacar las uñas. Alexandra había decidido que Bora Bora era el mejor escenario posible para observar dramas ajenos con gafas de sol, y Lucas… Lucas se había convertido en una presencia mucho más difícil de ignorar desde nuestro encuentro en el mercado.

Juro que no es que quisiera nada con él. De hecho, estaba muy pendiente de la vuelta de Andrew, pero era como si su acercamiento tuviera que ver con que mi vida, de pronto, pareciera más plena.

Respecto a eso, yo solía decir que Lucas formaba parte de mis raíces.

No hace falta que jure que mi prima hacía bromas constantes al respecto sobre lo buenas que estaban esas raíces y la forma tan súbita y sorpresiva en que ambas las habíamos compartido.

Me vestí con un conjunto sencillo, pero favorecedor: una falda fluida color marfil, que se abría ligeramente al caminar, y un top de satén verde intenso que dejaba los hombros al descubierto.

Me recogí el cabello en una coleta baja, dejé algunos mechones sueltos alrededor del rostro y elegí unas sandalias altas en el mismo tono de verde que parecían hechas para una noche junto al mar y no para reuniones con abogados, lo cual ya era una mejora considerable.

Alexandra, en cambio, optó por un vestido corto color coral, pendientes grandes y una expresión de absoluta confianza en que la noche iba a rendirse a sus pies.

Fuimos a un local al aire libre junto a la playa, uno de esos sitios que combinaban turistas, música en directo, cócteles de colores imposibles y gente bailando descalza sobre la arena.

Había guirnaldas de luces colgadas entre palmeras, mesas bajas junto a la orilla y una pista improvisada donde varios grupos se movían al ritmo de una canción alegre, con percusión polinesia mezclada con sonidos más modernos.

El ambiente tenía esa energía contagiosa de los lugares donde nadie parecía tener prisa por volver a ninguna parte.

—Esto sí —declaró Alexandra al llegar, levantando la barbilla con aprobación—. Esto es exactamente lo que esperaba de una isla paradisíaca. Música, gente guapa y un alto riesgo de tomar decisiones cuestionables.

—Tú eso último lo llevas incorporado de serie —le comenté mientras buscábamos una mesa.

—Y gracias a eso tu vida tiene entretenimiento.

Nos sentamos cerca de la pista, pedimos dos cócteles y durante un buen rato me limité a observar el ambiente.

Me gustaba ver a Alexandra disfrutar. Bailaba incluso sentada, hablaba con cualquiera que se acercara y parecía dispuesta a convertir la noche en una sucesión de anécdotas.

Yo, en cambio, necesitaba unos minutos para acostumbrarme a estar allí sin sentir que debía resolver algo.

Entonces la música cambió, varias chicas empezaron a gritar junto a la pista y Alexandra se inclinó hacia mí con una sonrisa demasiado lenta para ser inocente.

—No mires ahora de forma evidente, pero creo que tu pasado con abdominales acaba de aparecer.

Miré, por supuesto.

Lucas estaba en la pista.

Y no estaba solo.

Bailaba rodeado de varias chicas, turistas en su mayoría, que parecían encantadas con su existencia y con la facilidad con la que él se movía al ritmo de la música.

Llevaba una camisa blanca abierta en el cuello, pantalones oscuros y esa naturalidad tan suya que convertía cualquier gesto en algo mucho más atractivo de lo razonable.

No hacía nada exagerado. No necesitaba hacerlo. Sonreía, giraba a una chica, bromeaba con otra, seguía el ritmo con una soltura que yo no recordaba haberle visto de adolescente y, cada pocos segundos, alguien más intentaba acercarse a bailar con él.

Me quedé mirándolo un momento y después solté una carcajada.

—Pues sí que ha cambiado Lucas. Sí que ha cambiado.

Alexandra se llevó la pajita a los labios con gesto teatral.

—Cariño, ese hombre no ha cambiado. Ese hombre ha evolucionado a una categoría superior del ecosistema.

—Cuando yo me codeaba con él no era así.

—Cuando tú te codeabas con él, era un mico. A esa edad, la mayoría de los chicos todavía están intentando averiguar qué hacer con los brazos cuando caminan.

Lucas giró justo entonces y me vio.

Durante un segundo dejó de moverse.

No fue una pausa dramática, ni nada parecido. Apenas un pequeño fallo en el ritmo, un gesto de sorpresa que desapareció enseguida. Pero lo vi.

También vi cómo sonreía, cómo decía algo a las chicas que bailaban con él y cómo empezaba a abrirse paso hacia nuestra mesa entre la gente.

Alexandra se enderezó en la silla.

—Oh, esto mejora por momentos.

—No empieces, que te encanta inventar.

—No he empezado. Solo estoy insinuando que la noche promete.

Lucas llegó hasta nosotras con la sonrisa puesta y esa expresión ligeramente divertida de quien sabe que acaba de ser sorprendido en plena exhibición pública de encanto.

—Buenas noches —saludó, inclinándose un poco hacia Alexandra antes de mirarme a mí—. No esperaba encontraros aquí.

—Eso es mentira —replicó ella con una seriedad fingida—. En una isla de este tamaño, todo el mundo espera encontrarse con todo el mundo. Lo que pasa es que no esperabas que te pilláramos dirigiendo una academia intensiva de baile y seducción turística.

Lucas se rio, y yo tuve que mirar hacia mi copa para disimular lo mucho que me divertía verle algo atrapado.

—No era una academia. Era la coreografía de una canción.

—Una canción con lista de espera —añadí.

Él se llevó una mano al pecho, ofendido con bastante poca credibilidad.

—Caroline Reed, hacía años que no escuchaba ese tono tuyo de acusación injusta.

—No es acusación. Es observación. Estás muy solicitado.

—La gente de la isla es amable con los visitantes, siempre fue así —respondió él, aunque la comisura de su boca le traicionaba.

—Qué servicio turístico tan completo —comentó Alexandra—. ¿Incluye folleteo o solo giros sobre la pista?

Lucas se inclinó ligeramente hacia ella.

—Eres digna prima de Caroline.

—Por supuesto, ¿qué esperabas? Soy toda una Reed, aunque tú no supieras detectarlo la otra noche bajo mis evidentes encantos.

—Craso error. Lo siento mucho.

—No, no te preocupes, si a mí me vino genial. Y mi prima no es celosa —me miró.

—¿Cómo voy a sentir celos por eso? Si tengo novio y… —le contesté, en un intento por disimular que un pellizco en el estómago sí que sentí.

—Y saliste por patas de esta isla hace años —me recordó él.

—Vale, vale. Dos contra una, no es trampa.

Nos reímos los tres, y por un instante la situación tuvo una ligereza perfecta.

No había pasado ni explicaciones pendientes ni nada que pesara demasiado. Solo una noche de Bora Bora, música, bromas y una coincidencia que parecía demasiado bien calculada por el universo.

Entonces Lucas me tendió la mano.

—¿Bailas?

Miré hacia la pista y después hacia el grupo de chicas que seguía observándolo con una mezcla de curiosidad y esperanza.

—No quiero robarte clientela.

—Creo que sobrevivirán.

—No lo tengo tan claro. Algunas parecen muy comprometidas con la causa.

—Caroline —insistió, todavía con la mano extendida—, baila conmigo.

Había algo en la forma en que lo dijo, algo suave bajo la broma, que me hizo levantarme antes de pensar demasiado.

Su mano envolvió la mía con una familiaridad que no debería haber seguido existiendo después de siete años, pero allí estaba.

Me llevó a la pista entre la gente, y la música nos recibió con un ritmo alegre que me obligó a moverme antes de que pudiera ponerme nerviosa.

Al principio bailamos con prudencia, casi riéndonos de nosotros mismos. Lucas mantenía una distancia correcta, pero sus ojos brillaban con diversión y yo empecé a recordar que bailar con él nunca había consistido solo en seguir una canción.

De adolescentes lo hacíamos en fiestas del personal, en celebraciones improvisadas junto a la playa o en noches en las que alguien sacaba un altavoz y decidía que la vida necesitaba música.

Él siempre había tenido ritmo. Yo siempre había fingido que no me importaba perder el control.

—No recordaba que bailaras así —le comenté cuando me giró con una facilidad insultante.

—Hay muchas cosas que no recuerdas.

—O muchas que son nuevas.

—Eso también.

La canción terminó, pero antes de que pudiera apartarme, empezó otra, y Lucas no soltó mi mano.

Durante varios minutos seguimos allí, moviéndonos entre turistas, risas y luces cálidas. Algunas chicas se acercaban, le decían algo, le tocaban el brazo o reclamaban un baile con una confianza que me hizo reír más de una vez.

—De verdad, vete con ellas —le dije al oído, divertida, cuando una rubia altísima le señaló la pista con evidente intención—. Estás muy bien acompañado, Lucas. No quiero interrumpir tu labor social.

Él bajó un poco la cabeza para responderme, sin dejar de moverse.

—Mi labor social puede esperar.

—No seas egoísta. Esa chica parece haber venido desde algún país lejano solo para bailar contigo.

—Entonces debería haber reservado con antelación.

Me reí, y él también. Aquella risa compartida me devolvió algo que no esperaba encontrar tan intacto: la facilidad.

La misma que habíamos tenido siempre para pasar de una broma a una mirada más seria sin que el cambio resultara forzado. Solo que ahora ya no éramos adolescentes junto al embarcadero.

Él era un hombre que parecía conocer demasiado bien el efecto que causaba, y yo era una mujer con una vida complicada, un novio en Nueva York y demasiadas razones para no dejarme llevar por una canción.

Al final, cuando otra chica se acercó con una expresión entre suplicante y decidida, le di un pequeño empujón en el hombro.

—Anda, vete. Te reclaman tus admiradoras.

Lucas arqueó una ceja.

—¿Me estás echando?

—Te estoy liberando. Es distinto.

—Qué generosa.

—Siempre lo he sido. Pregunta en la isla.

Se alejó riéndose, y yo regresé a la mesa con Alexandra, que me recibió con una mirada de satisfacción tan exagerada que habría merecido una multa.

—No digas nada —le advertí mientras me sentaba.

—No iba a decir nada.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Solo iba a comentar que, para dos personas que supuestamente están muy superadas y tienen vidas adultas, acabáis de bailar con una chispa que atrapa.

—No digas tonterías.

—No quieras hacerte la tonta. Ah, no, que lo eres…

—Alexandra, que te la cargas…

Durante un rato lo observamos bailar con otras chicas, y esta vez no sentí celos. O quizás sí, pero no de una forma amarga. Era más bien una sorpresa divertida, una especie de descubrimiento tardío.

Lucas había cambiado. Había crecido, había construido una vida propia y se había convertido en un hombre capaz de moverse por aquel local como si toda la isla le perteneciera sin necesidad de reclamarla.

Y aun así, cada cierto tiempo, miraba hacia nuestra mesa.

La música fue bajando de intensidad cerca de la medianoche. La percusión alegre dejó paso a una canción más lenta, con una melodía suave y una voz femenina que flotaba sobre el murmullo del mar.

Alexandra aprovechó para levantarse y decir que necesitaba explorar «opciones internacionales», lo que en su idioma significaba ir a hablar con un turista canadiense que llevaba media hora intentando reunir valor para acercarse.

Me quedé sola con mi copa casi vacía, observando la pista.

Lucas apareció de nuevo a mi lado.

—¿Otra vez tú? —pregunté, fingiendo sorpresa.

—He venido a comprobar si seguías burlándote de mí.

—Siempre.

—Entonces todo está en orden.

Me ofreció una copa que acababa de pedir en la barra y se sentó a mi lado un momento, lo bastante cerca para que pudiera oírle sin que tuviera que levantar la voz.

—Te vi reír antes —comentó, mirando hacia la pista—. Me alegra.

—¿Porque me reía de ti?

—Incluso así.

Aquella respuesta me suavizó la sonrisa.

—Hacía días que no me reía tanto.

Lucas asintió, y su expresión cambió apenas, sin perder del todo la ligereza.

—Michael habría querido eso.

La mención de mi padre no dolió. Quizás porque venía de él. Quizás porque sabía que Lucas le había querido de verdad.

—Sí —respondí—. Aunque probablemente habría dicho que te entregas demasiado con las turistas.

—Tu padre habría dicho que es una estrategia comercial.

—Y después me habría advertido que no confiara en ti.

—Eso jamás. Michael confiaba muchísimo en mí.

—¿Y en este nuevo Lucas también?

Lucas rio por lo bajo y después dejó la copa sobre la mesa.

La canción lenta seguía sonando, y durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Esta vez no hizo falta llenar el espacio con bromas. Él se levantó y me ofreció la mano de nuevo, pero ahora el gesto fue distinto. Más sereno. Menos público.

—¿Bailas esta también?

Miré su mano.

Después le miré a él.

Y supe que decir que no habría sido mucho más difícil que aceptar.

Volvimos a la pista. Esta vez no hubo giros exagerados ni bromas para disimular.

Lucas colocó una mano en mi cintura y yo apoyé la mía en su hombro, dejando entre nosotros una distancia prudente que, aun así, parecía cargada de memoria. Bailamos despacio, rodeados de otras parejas y de luces que se movían suavemente con la brisa. El mar sonaba cerca. La música parecía envolverlo todo sin prisa.

—Has cambiado mucho —murmuré.

—Tú también.

—Yo no bailo con medio local.

—Porque no llevas aquí el tiempo suficiente.

Le miré con una sonrisa.

—Sigues siendo idiota.

—Eso no ha cambiado.

Durante unos segundos me permití disfrutar de aquello. De la música, de la noche, de su cercanía, de esa confianza antigua que regresaba con demasiada facilidad.

No pensé en Andrew. No pensé en Samantha. No pensé en responsabilidades. Solo pensé que bailar con Lucas Teva era peligrosamente sencillo.

Cuando la canción terminó, él no me soltó de inmediato. Apenas tardó un segundo más de lo necesario, pero lo noté. Después se apartó con una sonrisa tranquila y me acompañó de vuelta a la mesa.

Alexandra apareció casi al mismo tiempo, satisfecha y ligeramente despeinada.

—Veo que he dejado a los adultos solos cinco minutos y ya se han puesto nostálgicos.

Lucas se inclinó hacia ella con gesto solemne.

—Nos hemos comportado de manera ejemplar.

—Eso es justo lo que diría alguien que no se ha comportado de manera ejemplar.

—Alexandra —protesté, aunque me estaba riendo.

La noche siguió todavía un buen rato. Lucas volvió a la pista varias veces, Alexandra encontró nuevos interlocutores y yo terminé riéndome más de lo que habría creído posible al comienzo de la velada.

Pero cada vez que Lucas pasaba cerca, cada vez que cruzábamos una broma o que él me dejaba una copa sobre la mesa sin hacer comentarios, sentía que algo antiguo se movía despacio entre nosotros.

No era una promesa.

No era una decisión.

Ni siquiera era algo que pudiera nombrar todavía.

Era solo una noche en Bora Bora, música junto al mar y un hombre que había sido mi primer amor bailando con todas las mujeres del local, pero volviendo siempre, de una forma u otra, hacia mí.

Era solo la nostalgia tranquila de lo que pudo ser y no fue.

Era solo eso que acababa de descubrir y que tenía que ver con que, en Bora Bora, sentía que el tiempo se detuvo años atrás y que todo lo que vino después, en Nueva York, se sentía lejano.

Capítulo 17

Un par de días después, Lucas apareció en la casa sin avisar.

Yo estaba en la terraza principal, revisando unos informes del resort con la atención justa para fingir que no me desesperaban tantas tablas, cuando Maeva se acercó para avisarme de que tenía una visita.

Lo cierto es que mi trabajo siempre me gustó, pero la responsabilidad allí era mucha.

No había tomado ninguna determinación al respecto. Cuando acudí a Bora Bora, solo lo hice con la intención de enterrar a mi padre, pero me sentía un tanto desbordada con su decisión de dejarme al frente de todo.

Dirigir el resort desde Nueva York no sería fácil, si bien mi nueva vida estaba allí. En fin, que el lío era tremendo.

Levanté la cabeza esperando a algún abogado, a un directivo o a algún proveedor nuevo, pero fue Lucas quien apareció al fondo del jardín, vestido con unos pantalones claros y una camisa azul arremangada, con esa seguridad tranquila que parecía pertenecerle desde siempre y que, aun así, seguía sorprendiéndome.

—Espero no interrumpir nada demasiado importante —saludó al llegar, mirando los papeles extendidos sobre la mesa—. Aunque, si son balances, informes o cualquier cosa con más de tres columnas, me arriesgo a decir que sí interrumpo algo profundamente aburrido.

Cerré la carpeta casi con alivio.

—Acabas de salvarme de una muerte lenta por rentabilidad anual.

Lucas sonrió y señaló la laguna con un gesto de la cabeza.

—Entonces mi visita tiene todavía más mérito. Venía a proponerte una excursión mañana. Nada oficial, nada turístico de folleto, solo unas horas fuera de la casa y de todo lo que parece perseguirte desde que volviste.

La invitación me pilló desprevenida, aunque no desagradablemente.

Durante unos segundos pensé en Samantha, en el bebé, en Alexandra, en los abogados y en Andrew, cuyo último mensaje había llegado horas antes con una mezcla de cariño y distancia que cada vez me resultaba más difícil ignorar.

—¿Tienes el día libre? —le pregunté, intentando que sonara casual mientras le invitaba a sentarse.

—Sí. Me he concedido el privilegio.

—¿Y eso? ¿Tu nuevo jefe te quiere tanto como te quería mi padre? Recuerdo que tu trabajo nunca fue fácil, ni siquiera cuando eras casi un crío y te empeñabas en demostrar que podías con todo. ¿Ahora ha mejorado un poco o solo has subido de nivel en eso de trabajar demasiado?

Lucas aceptó el vaso de agua fría que Maeva dejó sobre la mesa y tardó unos segundos en responder. Había algo excitante en su expresión, pero también cierta cautela, como si estuviera decidiendo hasta dónde quería llegar.

—Digamos que he subido de nivel. Bastante.

—Qué misterioso.

—No era mi intención.

—Lucas, esa frase la has soltado para que te pregunte más. Eso es misterio premeditado.

Se rio por lo bajo, pero apartó un momento la vista hacia el mar antes de volver a mirarme.

—Lo cierto es que dirijo el Coral Pearl Resort —se refirió a ese resort en el que trabajaba.

Al principio pensé que no le había entendido bien. ¿Lo dirigía? El Coral Pearl era el principal competidor del Reed Paradise, el único complejo de la zona que mi padre nombraba con esa mezcla de respeto empresarial y fastidio orgulloso que reservaba para los rivales de verdad.

—Perdona —dije, dejando el vaso sobre la mesa con más cuidado del necesario—. ¿Acabas de decirme que diriges el Coral Pearl?

—Sí.

—¿El Coral Pearl Resort?

—Solo hay uno.

—Lucas Teva, ¿me estás diciendo que te criaste en nuestra casa, aprendiste medio oficio en el resort de mi padre y acabaste dirigiendo la competencia?

Su sonrisa se ensanchó, aunque sus ojos seguían atentos a mi reacción.

—Dicho así, suena bastante peor.

—No. Dicho así, suena exactamente como es. Eres un traidor con camisa azul y cara de no haber roto un plato. Director, no me lo puedo creer…

—He roto platos, pero siempre por motivos laborales.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

La pregunta salió más seria de lo que esperaba. Lucas lo notó. Dejó el vaso sobre la mesa y se tomó un momento antes de contestar, sin esconderse detrás de la broma.

—Porque quería comprobar algo antes —murmuró.

—¿Comprobar qué?

—Cómo me mirabas pensando que seguía siendo el chico humilde que conociste.

Aquello me dejó sin respuesta.

Lucas apoyó los antebrazos sobre las rodillas y bajó un instante la voz, no porque quisiera sonar dramático, sino porque aquella confesión parecía pertenecer solo a los dos.

—Cuando éramos jóvenes, yo era el hijo de un empleado del resort y tú eras Caroline Reed. La hija de Michael Reed. La chica que vivía en la casa más importante de la isla y que, aunque nunca me lo hizo sentir, pertenecía a un mundo al que yo solo entraba con uniforme o por la puerta de servicio.

—Yo jamás te vi así. Lo sabes…

—Lo sé. Ahora lo sé mejor que entonces. Pero a los dieciocho años uno no siempre entiende las cosas con tanta claridad. Cuando te marchaste, una parte de mí pensó que quizás, si hubiera tenido otra posición, si hubiera sido alguien distinto, más preparado, más importante o menos ligado a aquel lugar desde abajo, tal vez no te habrías ido de la misma manera.

Sentí una punzada de tristeza al escucharlo.

—Me marché porque mi vida se había vuelto muy difícil aquí, Lucas. Por Samantha, por mi madre, por Nueva York, por mil cosas que no tenían nada que ver contigo. Nunca te dejé porque fueras menos que nadie.

Él asintió, pero su sonrisa fue más triste.

—Lo entiendo. Pero me costó muchos años dejar de sentirlo así.

—Pues no te imaginas cuánto lo lamento…

—Fue así. Y después de que te marcharas, trabajar en el Reed Paradise se volvió complicado, como ya te dije. Además, que yo quería ponerme a prueba. Comencé a estudiar por las noches. Quería llegar alto. Tu padre me apoyó a tope.

Aquello me conmovió.

Mi padre, otra vez, apareciendo en lugares de mi vida que permanecieron intactos pese a mi marcha.

—Sí, eso ya me lo contaste. Pero pensé que tu marcha fue a un puesto semejante, algo superior, pero no tanto.

—No tenías por qué saberlo. Tú estabas construyendo tu vida en Nueva York, y yo necesitaba construir la mía aquí sin seguir siendo el chico que esperaba verte regresar.

La frase me dejó quieta, con la mirada puesta en él y una emoción difícil de ordenar.

—Lucas…

Él negó despacio, con una serenidad que no borraba lo que acababa de decir.

—No lo digo para reprocharte nada. Al contrario. Me fui del resort porque necesitaba crecer. Y crecí. Aprendí, trabajé muchísimo y terminé dirigiendo un lugar que, sí, compite con el tuyo. Aunque, técnicamente, ahora compite contigo.

—Eso es todavía peor.

—Lo imaginaba.

—Mi padre habría fingido indignación y luego habría presumido de ti con todo el mundo.

—Lo hizo alguna vez.

La risa me salió suave, algo emocionada.

—Claro que lo hizo.

Durante unos segundos, la tarde pareció detenerse alrededor de la terraza. No de una forma teatral, sino íntima, sencilla. Estábamos allí, frente a la laguna, con siete años de distancia entre nosotros y demasiadas verdades saliendo por fin a la luz.

—Entonces —dije, intentando recuperar algo de ligereza—, mañana me vas a llevar de excursión siendo el director de la competencia. ¿Eso cuenta como espionaje industrial?

Lucas volvió a sonreír.

—Solo si intentas robarme secretos.

—No prometo nada.

—En ese caso tendré que vigilarte de cerca.

—Qué sacrificio para ti.

—Inmenso.

Nos reímos, pero la conversación ya no podía volver del todo al terreno cómodo. Había algo nuevo entre nosotros, una sinceridad que hacía que cada broma tuviera más peso del que aparentaba.

—Y dime una cosa —pregunté, mirándolo con curiosidad—. Si no me lo contaste antes porque querías comprobar cómo te miraba, ¿qué conclusión has sacado?

Lucas se quedó callado un instante. Después bajó la vista hacia su vaso, sonrió apenas y volvió a mirarme con una franqueza que me hizo olvidar el calor de la tarde.

—Que sigues mirándome de una forma que no tiene nada que ver con mi cargo.

Tragué saliva.

—¿Y cómo te miro?

Su expresión cambió. No perdió la sonrisa, pero apareció en ella una prudencia distinta, más adulta.

—Preferiría no contestar a eso.

—¿Por qué?

—Porque tienes novio, Caroline.

La mención de Andrew cayó entre nosotros con una fuerza discreta, pero real. No era una acusación. Era un límite. Quizás el único que Lucas se permitía marcar, precisamente porque sabía cuánto podía desdibujarse todo lo demás.

—Lo sé —respondí.

—Y porque, además, creo que ya conoces la respuesta.

No supe qué decir. Tal vez porque tenía razón. Tal vez porque una parte de mí llevaba días intentando no formular aquella misma respuesta con demasiada claridad.

Lucas se incorporó al cabo de unos segundos y señaló los papeles que seguían sobre la mesa.

—Te recojo mañana a las nueve. Prometo no llevarte a ningún sitio que pueda beneficiar comercialmente al Coral Pearl.

—Más te vale. Ahora tengo que defender el honor empresarial de mi familia.

—Entonces será una excursión neutral.

—¿Existe eso en Bora Bora?

—No, pero sonaba profesional.

Cuando se marchó, permanecí sentada en la terraza un buen rato, observando cómo cruzaba el jardín hasta desaparecer entre las palmeras. Sobre la mesa seguían los informes del resort, las cifras, las proyecciones y todo aquello que debía preocuparme.

Pero lo único en lo que podía pensar era en que Lucas Teva ya no era el chico que había dejado atrás.

Y, aun así, seguía siendo exactamente la persona capaz de hacerme sentir que acababa de encontrar algo que creía perdido.

Capítulo 18

A la mañana siguiente, Lucas llegó a las nueve en punto, lo cual me hizo ponerme en marcha, a pesar de que llevaba toda la noche intentando convencerme de que aquella excursión no tenía nada de especial.

Era solo un plan. Un día fuera de casa. Una salida entre dos personas que se conocían desde hacía media vida y que, por pura casualidad, habían compartido un primer amor, siete años de distancia y una conversación reciente cargada de demasiadas cosas no dichas.

Alexandra, por supuesto, no colaboró.

Estaba sentada en la terraza con una taza de café y la expresión de quien había decidido convertir mi vida en entretenimiento matinal.

—Solo voy a decir una cosa —anunció mientras yo comprobaba por tercera vez que llevaba protector solar, gafas, una toalla y el bolso con lo necesario—. Si vais a tener una escena intensa de reencuentro emocional en una playa paradisíaca, intentad que sea antes de comer, porque después, con la digestión, se pierde fuelle.

La miré con toda la dignidad que pude reunir.

—Voy de excursión, Alexandra. No a protagonizar un videoclip romántico.

—Claro. Y yo anoche solo salí a conocer la cultura local.

—Tú anoche volviste a las tres y media con arena en el pelo.

—La cultura local era muy participativa.

—Además, te he invitado a venir y no quieres.

—Porque alguien tiene que quedarse con Samantha, que estás hecha una irresponsable.

—¿Qué dices? Si siempre me animas a salir y…

—Que es broma, idiota, lárgate ya.

No pude evitar reírme justo cuando Lucas apareció al fondo del jardín. Caminaba con una pausa que parecía no necesitar esfuerzo, saludando a Tama con una familiaridad antigua antes de acercarse a la terraza.

—Buenos días —dijo, mirando primero a Alexandra y después a mí —. ¿Interrumpo una conversación importante?

Alexandra se levantó con una sonrisa peligrosísima.

—Importantísima. Estaba dándole instrucciones de supervivencia emocional, pero ya he terminado. Te la entrego en buen estado, con protector solar y un nivel de negación bastante aceptable.

Lucas me miró divertido.

—¿Nivel de negación?

—No preguntes —le respondí mientras me colgaba el bolso—. En esta familia, preguntar solo empeora las cosas.

Salimos antes de que Alexandra pudiera añadir algo peor, aunque la escuché despedirse desde la terraza con un «no hagáis nada que yo no pueda contar después con dramatismo».

Lucas esperó a que subiera a su coche de alta gama y, cuando arrancó, la casa familiar quedó atrás entre palmeras, buganvillas y esa luz limpia de la mañana que convertía Bora Bora en un lugar imposible de tomar a la ligera.

—Normal que me contaras que eres director; no habría colado que seguías siendo empleado si te cuelas con este coche —le dije enarcando una ceja.

—Creo que no habría colado a menos que pensaras que lo robé.

—No te veo ademanes de ladrón.

—¿Y de qué me los ves?

—De rompecorazones, eso sí.

—Anda ya, esas son observaciones tuyas.

—Mías y de media isla, tenlo presente.

Durante los primeros minutos avanzamos por la carretera principal, bordeando tramos de costa donde el mar aparecía y desaparecía entre la vegetación.

Lucas conducía con una mano sobre el volante y la otra cerca del cambio, relajado, pendiente de las curvas, aunque de vez en cuando me miraba de reojo con una sonrisa que me hacía sospechar que disfrutaba demasiado de mantener el secreto.

Me resultaba curioso verlo conducir, pues cuando yo vivía allí lo máximo que le vi llevar fue una bicicleta.

—¿Vas a decirme adónde vamos o tengo que asumir que me estás secuestrando con buenas vistas?

—No sería un secuestro muy inteligente si te llevara por una carretera donde toda la isla te conoce.

—Eso no me tranquiliza. La otra media podría estar comprada por el Coral Pearl.

—Caroline Reed acusándome de corrupción hotelera antes de las nueve y media de la mañana. Qué bonito reencuentro estamos teniendo.

—Tú empezaste dirigiendo la competencia.

Lucas rio mientras tomaba un desvío más estrecho, rodeado de vegetación alta y flores de colores intensos.

—Técnicamente, la competencia me contrató cuando yo necesitaba dejar de ser el chico que cargaba maletas en el resort de tu padre y empezar a averiguar quién podía ser fuera de allí.

Aquella frase rebajó un poco la broma, aunque no la apagó del todo.

—Me alegro de que lo hicieras —admití, mirando el paisaje—. Aunque me siga pareciendo una traición empresarial de manual.

—Tu padre lo llamó oportunidad.

—Mi padre tenía una forma muy elegante de justificar lo que le convenía.

—Eso también es verdad.

El camino terminó en un pequeño embarcadero que no recordaba haber visitado de niña.

Había una caseta de madera, redes recogidas a un lado y una lancha blanca amarrada junto al pantalán. El agua tenía allí un color más profundo, menos turístico, y algunas aves se movían cerca de la orilla con esa indiferencia majestuosa de quien no debe explicaciones a nadie.

—¿Vamos en lancha?

—Vamos en lancha.

—¿Y seguimos sin información?

Lucas bajó del coche y abrió el maletero, de donde sacó una nevera pequeña, una bolsa impermeable y dos toallas.

—Seguimos sin información, pero con comida. Eso debería mejorar tu actitud.

—Mi actitud es excelente.

—Tu actitud está preparando una demanda.

—Y con razón.

Subimos a la lancha entre bromas, aunque cuando el motor arrancó y nos alejamos del embarcadero, toda protesta se me olvidó durante unos minutos.

La laguna se abrió ante nosotros con una belleza insultante.

El agua cambiaba de tono a medida que avanzábamos, pasando del azul profundo a un turquesa tan claro que podía distinguirse el movimiento de los peces bajo la superficie.

El viento me soltó varios mechones de la trenza y Lucas me lanzó una mirada rápida antes de sonreír.

—Sigues teniendo el mismo problema con el pelo y las excursiones.

—Mi pelo y la humedad de Bora Bora mantienen una relación tóxica desde hace veinticinco años.

—Recuerdo que a los catorce amenazaste con raparte.

—Y recuerdo que tú dijiste que te parecía buena idea solo para ver la reacción de Samantha.

—Era una razón excelente.

Me reí con ganas, y ese sonido pareció mezclarse con el motor, con el agua golpeando suavemente el casco y con la sensación inesperada de estar recuperando una versión de mí misma que llevaba años esperando su turno.

Lucas navegaba sin consultar mapas ni indicaciones, completamente integrado en aquel paisaje, y por momentos me costaba separar al hombre que tenía delante del chico que había conocido.

No eran el mismo, pero tampoco eran distintos del todo. Había capas nuevas sobre algo antiguo.

—Ahora sí puedes decirme adónde vamos —insistí cuando dejamos atrás una zona de bungalós lejana.

Lucas señaló hacia un pequeño motu que empezaba a distinguirse en el horizonte, cubierto de palmeras y rodeado por una franja de arena blanca.

—¿Te acuerdas de la excursión que tu padre organizó cuando cumplimos dieciséis? Iba a llevar a empleados, familias y algunos amigos a un motu privado, pero aquella mañana cayó una tormenta tremenda y se suspendió todo.

El recuerdo apareció de inmediato. La decepción adolescente, las mesas preparadas que no llegaron a usarse, mi padre protestando contra el cielo como si pudiera negociar con las nubes y Lucas prometiéndome que algún día iríamos igualmente.

—No puedo creer que te acuerdes de eso.

—Me acuerdo de muchas cosas.

Lo dijo sin dramatismo, pero la frase tuvo peso.

Capítulo 19

El motu era todavía más bonito al acercarnos.

La playa parecía intacta, con arena clara, agua transparente y un grupo de palmeras inclinadas hacia la orilla.

No había música, ni turistas, ni personal pendiente de que todo pareciera perfecto. Solo la isla pequeña, el mar y aquella sensación de haber llegado a un lugar que el tiempo había mantenido aparte para nosotros.

Lucas amarró la lancha y saltó al agua para acercarla mejor a la orilla. Después me ofreció la mano para ayudarme a bajar, aunque la expresión de su cara dejaba claro que esperaba alguna burla.

—No digas nada —le advertí mientras pisaba el agua tibia.

—No iba a decir nada.

—Tu cara iba a decir algo.

—Mi cara tiene vida propia.

—Y antecedentes.

Caminamos descalzos hasta la arena y dejamos las cosas bajo la sombra de una palmera.

Durante un rato recorrimos la orilla sin prisa, con el agua rozándonos los pies y el sol filtrándose entre las hojas.

Lucas me enseñó una pequeña lengua de arena que casi desaparecía con la marea alta y después un rincón de rocas desde el que podía verse el monte Otemanu al fondo, imponente incluso desde la distancia.

—Este sitio es una maravilla —dije al fin.

—Me alegra que lo veas así.

—Y tú eres muy irritante por haberlo sabido todo este tiempo y no traerme antes.

Lucas se giró hacia mí con una sonrisa tranquila.

—Te fuiste a Nueva York, Caroline. Eso complicó un poco la logística.

—Excusas.

—Siete años de excusas, para ser exactos.

Aquello nos hizo reír, pero después la conversación se fue deslizando hacia recuerdos menos ruidosos.

Hablamos de aquella adolescencia compartida, de las excursiones que inventábamos, de las veces que mi padre fingía no saber que nos escapábamos en lancha y de cómo Tama siempre aparecía justo cuando creíamos haber logrado hacer algo a escondidas.

—Tama lo sabía todo —comentó Lucas mientras abría la nevera y colocaba fruta, agua y varios platos envueltos sobre una tela extendida en la arena—. Era imposible engañarlo.

—Nos dejaba creer que sí porque era buena persona.

—No. Nos dejaba creer que sí porque le divertía vernos hacer el ridículo.

—Eso también.

La comida era sencilla y perfecta: pescado marinado, fruta fresca, pan dulce de coco, ensalada fría y zumos naturales.

Comimos sentados bajo la sombra, hablando con esa facilidad que empezaba a resultarme tan peligrosa como agradable.

Lucas me contó algunas historias de sus primeros años en el Coral Pearl, de lo difícil que fue ganarse un lugar sin parecer «el chico que venía del Reed Paradise» y de cómo tuvo que trabajar el doble para demostrar que no era una recomendación amable de Michael Reed.

—¿Y lo conseguiste? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Lucas me miró con una seguridad serena.

—Sí. Pero tardé. Hubo meses en los que pensé que me había equivocado, que debería haberme quedado donde todos me conocían y donde al menos sabía qué esperaba cada persona de mí. Después entendí que precisamente por eso tenía que seguir.

—Mi padre estaría orgulloso.

—Lo estuvo.

Esa respuesta me apretó algo por dentro.

—Me duele descubrir ahora todas las cosas que compartisteis sin que yo lo supiera.

Lucas bajó un poco la vista hacia la arena.

—Michael intentaba no invadir tu vida en Nueva York. Te echaba de menos, pero no quería que sintieras que seguía tirando de ti hacia aquí.

—Lo hacía igualmente.

—Sí, pero con estilo.

Sonreí, aunque los ojos se me humedecieron un poco.

Lucas no intentó distraerme de inmediato. Tampoco llenó aquel momento con una broma rápida. Se limitó a permanecer allí, cerca, presente, dejándome sentir lo que necesitara sin convertirlo en un problema.

Y esa forma suya de acompañar sin invadir me recordó demasiado a lo que había sido para mí cuando Samantha convirtió mi adolescencia en un lugar complicado.

Después de comer, propuso bañarnos.

Acepté antes de pensar en excusas. El agua estaba tibia y clara, y durante unos minutos nadamos cerca de la orilla, entre peces pequeños que se movían alrededor de nosotros con total confianza.

Lucas intentó enseñarme una zona donde, según él, a veces se veían rayas, pero acabamos compitiendo para ver quién llegaba antes a una roca cercana.

Perdí.

De forma humillante.

—Has hecho trampa —protesté mientras regresábamos hacia la parte menos profunda.

—¿Qué trampa?

—La de conocer el mar desde antes de aprender a caminar.

—Eso no es trampa. Es formación previa.

—Pues impugno la carrera.

Lucas se pasó una mano por el cabello mojado y me miró con una sonrisa insoportable.

—Acepto tu derrota con humildad.

—No sabes lo que significa esa palabra.

—La he oído varias veces.

Volví a salpicarle agua, y él respondió con una precisión mucho más efectiva.

Terminamos riéndonos en medio de la laguna, empapados, ridículamente felices durante unos minutos que no pertenecían a ninguna preocupación. Allí solo estábamos Lucas y yo, en un lugar al que nunca habíamos llegado cuando éramos jóvenes, comportándonos de una forma que se parecía mucho a recuperar algo sin pedir permiso.

Más tarde subimos hasta un pequeño mirador natural en el centro del motu.

No era una gran elevación, apenas un sendero entre vegetación que conducía a una zona rocosa desde la que se veía la laguna en todas direcciones. Me quedé un rato contemplando el paisaje, con la piel todavía salada y el vestido ligero sobre el bañador, mientras Lucas se situaba a mi lado.

—Cuando tenía dieciséis años imaginaba que, si algún día te traía aquí, te diría algo muy importante —confesó con una sonrisa ladeada.

—¿Algo muy importante?

—Seguramente una tontería enorme, porque tenía dieciséis años y mucha confianza en mis discursos.

—Ahora quiero oírlo.

—Imposible. El discurso se perdió con mi dignidad adolescente.

—Qué pena. Seguro que incluía frases sobre el destino, el mar y que nadie podía separarnos.

Lucas rio, pero sus ojos se quedaron un poco más serios.

—Probablemente.

Aquella palabra cambió el aire entre nosotros.

No de golpe.

No de una manera que pudiera señalar.

Solo hizo que la broma dejara al descubierto algo que llevaba todo el día viajando con nosotros, escondido debajo de cada risa. Habíamos sido eso. Dos adolescentes convencidos de que la vida podía doblarse lo justo para permitirles seguir juntos. Después, la vida no se doblegó. Siguió recta, cada uno por su lado.

—Siento haberme ido así —dije.

Lucas giró la cabeza hacia mí.

—Te fuiste como tenías que irte.

—Eso no significa que no doliera.

—No. Significa que dolió por las razones correctas.

Le miré, intentando entender.

—¿Cuáles son esas?

—Que nos queríamos y ninguno quiso encadenar al otro a una vida que todavía no sabía si elegiría.

—Ahora hablas mucho mejor que a los dieciséis.

—Soy director de un resort. Me pagan por parecer sensato.

—Pues lo haces bastante bien.

—Gracias. Es todo fachada.

Nos reímos otra vez, agradecidos por poder volver a la ligereza antes de que aquello se volviera demasiado intenso.

Bajamos del mirador cuando el sol empezó a suavizarse y recogimos las cosas sin prisa.

Antes de subir a la lancha, me quedé mirando la playa una última vez, intentando guardar aquella imagen en algún lugar seguro de la memoria.

El regreso fue más tranquilo.

Lucas navegaba hacia la isla principal mientras el cielo comenzaba a teñirse de dorado y rosa.

Yo llevaba las piernas recogidas sobre el asiento, el cabello húmedo y la sensación extraña de haber pasado un día fuera del tiempo. No quería analizarlo demasiado. No quería preguntarme qué significaba ni qué iba a hacer con aquello al volver a la casa. Pero tampoco podía negar que, con Lucas, todo resultaba demasiado fácil.

—Gracias por todo —dije cuando el embarcadero apareció a lo lejos.

—Ha sido un placer.

—Ha sido el mayor de los placeres.

—Hay placeres mayores, pero prefiero no pensar en ellos cuando te tengo cerca —añadió.

—Lo que yo te diga, estás hecho un descarado.

—Si lo fuera contigo, actuaría de otra manera.

No añadió nada más, y se lo agradecí. Había momentos que se estropeaban al intentar explicarlos demasiado. Aquel no necesitaba explicación. Bastaba con el cansancio agradable en el cuerpo, el olor a sal en la piel y la certeza de que, durante unas horas, la vida había vuelto a parecer sencilla.

Cuando llegamos a la casa, Alexandra estaba en la terraza con un vaso en la mano y una expresión imposible de interpretar.

—Vaya —comentó al vernos aparecer con el pelo mojado, la piel tostada por el sol y cara de haber reído demasiado—. Qué excursión tan educativa.

Lucas sonrió.

—Muchísimo. Hemos hablado de competencia hotelera, patrimonio emocional y técnicas de natación deficientes.

—Entonces ha perdido Caroline.

—De manera histórica.

—Traidor —murmuré.

Alexandra levantó el vaso.

—Brindo por eso. Por los traidores atractivos y las excursiones sospechosamente terapéuticas.

Lucas se despidió poco después, no sin prometer que no volvería a organizar ninguna actividad «potencialmente incriminatoria» sin avisar. Yo le vi alejarse por el jardín, con la camisa todavía algo húmeda y esa forma de caminar que parecía no tener prisa por llegar a ningún sitio.

Alexandra esperó exactamente tres segundos antes de hablar.

—No voy a decir nada.

—Gracias.

—Pero mi silencio tiene un valor enorme y espero que lo aprecies.

—Lo aprecio.

—Perfecto. Porque te diré solo una cosa: tienes cara de haber pasado un día de esos que se escriben en los diarios.

Miré hacia la laguna, todavía iluminada por los últimos restos del atardecer.

—Lo ha sido.

Y esa era precisamente la parte que empezaba a complicarlo todo.

Porque Lucas era parte de mi pasado y no creía que fuera buena idea que interfiriera en mi presente, en mi día a día.

Y, sin embargo, cuando me proponía algo, no era capaz de negarme.

Capítulo 20

Aquella mañana la casa Reed había recuperado una normalidad que todavía a menudo sentía como irreal.

Samantha había insistido en bajar a desayunar a la terraza porque el médico le había permitido caminar un poco más cada día y, desde la ecografía, parecía decidida a disfrutar del embarazo en lugar de vivirlo con miedo.

Alexandra, instalada frente a una bandeja de fruta tropical, aseguraba que el mango de Bora Bora era motivo suficiente para mudarse definitivamente a la isla, mientras discutía con Tama sobre si era posible enviar varias cajas a Nueva York sin que llegaran convertidas en zumo.

Yo acababa de servirme un café cuando escuché un motor detenerse frente a la casa.

No necesité asomarme para saber quién era.

Lucas apareció caminando por el jardín con la tranquilidad de quien había pasado media vida entrando y saliendo de aquella propiedad. Saludó primero a Tama con un apretón de manos, dedicó una sonrisa amable a Samantha y, cuando llegó a la terraza, sus ojos terminaron encontrándose con los míos.

—Buenos días. Espero no llegar demasiado pronto.

—Has llegado justo a tiempo —le respondí mientras me levantaba —. Dame cinco minutos y nos vamos.

Alexandra dejó lentamente la taza sobre el plato.

—Qué frase tan peligrosa. «Nos vamos». Suena a película romántica con presupuesto.

—Suena a que vamos a dar una vuelta —repliqué.

—Las mejores empiezan así.

Lucas negó con una sonrisa.

—Prometo devolverla entera.

—Más te vale —contestó Alexandra—. Porque Samantha todavía no puede perseguirte corriendo y yo me canso enseguida.

Las carcajadas apenas habían terminado cuando otro coche apareció frente a la entrada principal.

Todos dirigimos la mirada hacia el camino.

Un todoterreno oscuro se detuvo junto a la escalinata y, unos segundos después, vi bajar a Andrew.

Durante un instante me quedé completamente perpleja.

No lo esperaba hasta un par de días después, según me comentó.

Andrew levantó la vista, me encontró en la terraza y sonrió con esa elegancia serena que siempre lo acompañaba.

Vestía unos pantalones claros, una camisa azul marino y llevaba la chaqueta doblada sobre el brazo. Su aspecto impecable contrastaba con el de Lucas, más deportivo y surfista, con bermudas, polo, gorra y playeras.

—Sorpresa —dijo Andrew acercándose.

Bajé los escalones casi corriendo y me abrazó con fuerza.

—¿Qué haces aquí? Me dijiste que aún tenías cosas por hacer.

—Conseguí cambiar el último turno de ponencias y pensé que prefería sorprenderte antes que esperar más. Bastante mal me siento por no haber podido venir antes, amor —me confesó mientras me besaba.

Sonreí con sinceridad. Me alegraba verlo.

Cuando nos separamos, recordé de golpe que no estábamos solos.

Volví la cabeza hacia la terraza.

Lucas permanecía donde estaba.

No había perdido la sonrisa, pero había algo distinto en ella.

Más discreta.

Más contenida.

Subimos todos de nuevo.

—Andrew, te presento a Samantha.

Samantha se levantó con educación y estrechó su mano.

—Encantada, Andrew. He escuchado hablar de ti.

—El gusto es mío.

Después señalé a Alexandra.

—Y esta es mi prima favorita, ya la conoces muy bien.

—Porque es la única —puntualizó Alexandra antes de darle dos besos.

Andrew rio.

—Eso facilita bastante la competición.

Por último, miré a Lucas.

Noté una extraña sensación recorriéndome el estómago.

—Y él es Lucas Teva.

Lucas dio un paso al frente.

—Encantado, Andrew.

Mi novio respondió con cordialidad.

—Andrew Collins.

Los dos se estrecharon la mano con absoluta corrección.

Si alguien hubiera observado únicamente aquel gesto, habría pensado que acababan de conocerse dos hombres sin nada en común.

Yo, sin embargo, tenía la incómoda impresión de estar contemplando algo bastante más complejo.

Andrew fue el primero en romper el pequeño silencio.

—¿Os ibais a algún sitio?

Lucas y yo nos miramos exactamente al mismo tiempo.

—Bueno…

—Habíamos pensado…

Los dos hablamos a la vez. Nos detuvimos.

Y Alexandra rompió a reír.

—Maravilloso. Coordinación absoluta.

Incluso Samantha sonrió.

Lucas negó con la cabeza.

—En realidad, había invitado a Caroline a enseñarle una zona del norte de la isla que todavía no ha vuelto a visitar desde que regresó.

Andrew asintió con naturalidad.

—Qué buena idea.

Me relajé ligeramente.

Hasta que añadió:

—¿Puedo apuntarme?

Volví a mirar a Lucas.

Él apenas tardó un segundo en responder.

—Claro, aunque…

Su sonrisa seguía siendo amable.

—La verdad es que podemos dejarlo para otro día. No pasa absolutamente nada. Lleváis tiempo sin veros y seguro que preferís pasar el día juntos. Bora Bora no se va a mover de sitio.

—Lucas…

Negó despacio.

—De verdad. Ya encontraremos otro momento.

Me dio una ligera palmada en el brazo.

—Disfrutad del reencuentro.

Se despidió de todos con la misma educación con la que había llegado y comenzó a alejarse por el jardín.

No sé por qué. Pero verlo marcharse me produjo una sensación extraña. Como si algo hubiera quedado pendiente.

Andrew pasó un brazo por mis hombros.

—Parece un buen tipo.

Lo miré.

—Lo es, te lo aseguro.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

Sonreí.

—Desde prácticamente toda la vida.

Nos sentamos de nuevo para terminar el desayuno y, aunque la conversación derivó hacia el viaje de Andrew, el congreso médico y algunas anécdotas divertidas, terminé comprendiendo que tarde o temprano tendría que contarle quién era realmente Lucas.

No quería que lo descubriera por otra persona.

Cuando Samantha y Alexandra decidieron entrar en la casa para dejarme un rato a solas con él, Andrew apoyó los codos sobre la mesa y sonrió con curiosidad.

—Ahora sí. Cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Quién era ese chico?

Jugué unos segundos con la taza de café antes de responder.

—Fue mi primer novio.

Andrew arqueó las cejas.

—Vaya. Nunca lo mencionaste.

—Teníamos muy pocos años. Él trabajaba en el resort de mi padre. Bueno, trabajaba su familia y él empezó allí muy joven. Nos conocíamos desde niños y terminamos enamorándonos casi sin darnos cuenta.

Andrew escuchaba con atención.

—¿Y qué pasó?

—Me marché a Nueva York. Él se quedó aquí. Éramos demasiado jóvenes para promesas imposibles.

Hubo un pequeño silencio.

Después Andrew sonrió. No había reproche en su mirada. Solo una curiosidad sincera.

—¿Tengo algo de qué preocuparme?

Aquella pregunta me hizo soltar una carcajada.

Me acerqué para darle un beso corto.

—No, claro que no, cariño.

—Ya me dejas más tranquilo.

Le acaricié la mano.

—Además, te recuerdo que has aparecido por sorpresa y le has desmontado la excursión.

—Eso me convierte oficialmente en el villano de la historia.

—Solo un poquito.

—Prometo compensarte.

Nos quedamos un rato más hablando de Nueva York, de su hospital y de los planes que tenía para pasar unos días conmigo en Bora Bora. Cuando ya terminábamos el café, Alexandra apareció nuevamente en la terraza con unas gafas de sol enormes y una energía intacta.

—He tomado una decisión importantísima.

Los dos la miramos.

—Como Lucas se ha quedado sin excursión, voy a secuestraros yo.

Andrew sonrió.

—¿Eso es una invitación?

—No. Es una orden.

Me levanté riéndome.

—¿Y cuál es el plan?

Alexandra levantó un dedo con solemnidad.

—Os voy a enseñar la Bora Bora que no sale en los folletos.

—Pero si he sido yo quien te la ha enseñado a ti…

—Pues ahora se cambian las tornas… Andrew no sabe que hay un mercado escondido, una cafetería donde hacen el mejor helado de vainilla de la isla y un mirador al que pienso subir aunque me cueste la vida.

»Si después de eso seguís teniendo fuerzas, prometo dejaros un rato solos para que actuéis como una pareja normal.

Andrew soltó una carcajada.

—Empiezo a entender por qué Caroline no puede pasar sin ti.

Alexandra se colgó del brazo de los dos.

—Pues venga. Que la isla nos está esperando y no pienso dejar que un director de resort me robe el papel de guía turística oficial.

Mientras salíamos de la casa, no pude evitar mirar un momento hacia el camino por el que Lucas había desaparecido unos minutos antes.

Por alguna razón, tuve la sensación de que aquella excursión pendiente no tardaría demasiado en producirse.

Quizás fuese una premonición o quizás fuese un deseo.

Realmente, deseaba que así fuera.

Capítulo 21

La excursión improvisada terminó resultando mucho más agradable de lo que habría imaginado cuando Andrew apareció por sorpresa aquella mañana.

Alexandra tomó el mando con una convicción que solo ella era capaz de exhibir, sin que nadie se atreviera a discutirla y, antes de que pudiéramos proponer una alternativa, ya había decidido el recorrido completo, los sitios donde pararíamos y hasta el orden en que debíamos maravillarnos con cada rincón de Bora Bora.

—Os advierto una cosa —anunció mientras caminábamos por el paseo marítimo—. Si alguno intenta llevarme la contraria, recordaré públicamente momentos muy vergonzosos de vuestra adolescencia. Caroline tiene unos cuantos y estoy convencida de que Andrew también terminará confesando alguno.

Andrew sonrió con esa serenidad tan suya.

—Lo intentaré evitar por todos los medios.

—No podrás. Yo tengo paciencia y demasiado tiempo libre.

Empezamos la mañana recorriendo un pequeño mercado junto al puerto donde apenas había turistas.

Los puestos estaban llenos de artesanía local, frutas tropicales, collares hechos con conchas y tejidos de colores imposibles. Andrew miraba por doquier, fascinado. Preguntaba por los nombres de las flores, por las costumbres de la isla y hasta por la forma en que los pescadores preparaban las embarcaciones tradicionales.

—Entiendo perfectamente por qué nunca has dejado de hablar de este lugar —me dijo mientras observábamos a un artesano tallando una figura de madera—. Tiene algo que hace que la vida se reduzca a esto.

Sonreí.

—Eso mismo pensaba cuando era pequeña.

No pude terminar la frase.

El teléfono de Andrew comenzó a sonar.

Sacó el móvil del bolsillo, leyó el nombre que aparecía en la pantalla y me miró con gesto de disculpa.

—Lo siento muchísimo. Es del hospital. Solo serán dos minutos.

Se apartó unos metros mientras respondía.

Alexandra observó la escena con una expresión entre divertida y resignada.

—Empiezo a sospechar que tu novio nació con el teléfono pegado a la mano.

—No puede evitarlo.

—Pues que firme un poder.

Volvimos a recorrer varios puestos hasta que Andrew regresó.

—Perdonad. Era una consulta rápida.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí. Un residente necesitaba confirmar un tratamiento antes de dar el alta a un paciente.

Alexandra levantó una ceja.

—¿Y no podían sobrevivir cinco minutos sin ti?

Andrew soltó una risa.

—Probablemente sí.

—Pues ya está. A partir de ahora, cada vez que suene ese teléfono, voy a considerar seriamente lanzarlo al mar.

—Eso sería un problema.

—No para mí.

Continuamos caminando y, durante casi una hora, todo transcurrió con absoluta normalidad.

Andrew se interesaba por cada historia que le contaba sobre mi infancia y escuchaba con auténtica atención cada detalle que le explicábamos de Bora Bora. Era imposible no reconocer que hacía un esfuerzo por integrarse en aquel mundo que para él era completamente nuevo.

Llegamos después a una pequeña cafetería construida sobre pilotes de madera, desde cuya terraza podía verse la laguna extendiéndose hasta el horizonte.

Nos sentamos junto a la barandilla y pedimos zumos naturales y unos helados que Alexandra insistía en calificar como patrimonio de la humanidad.

—Voy a terminar mudándome aquí —declaró tras la primera cucharilla—. Si alguien me busca dentro de veinte años, estaré regentando este local.

Andrew sonrió.

—No parece un mal plan.

—¿Verdad que no?

La conversación avanzaba con tranquilidad cuando volvió a sonar el móvil.

Andrew bajó la vista hacia la pantalla y cerró los ojos un instante.

—Otra vez lo siento.

—Ve —respondí.

Se levantó inmediatamente y salió a la terraza exterior para poder hablar con más tranquilidad.

Alexandra esperó a que estuviera lo bastante lejos antes de inclinarse hacia mí con expresión conspiradora.

—Voy a decir una cosa políticamente incorrecta.

—Ya estoy temblando.

—No se puede tener un novio que quiera controlarlo todo.

La miré riéndome.

—Para el carro…

—Es demasiado educado, demasiado responsable, demasiado atento… Caroline, este hombre pide perdón hasta cuando lo llaman para salvar vidas.

No pude contener una carcajada.

—Eso se llama ser buena persona.

—No digo que no. Digo que resulta agotador mantener semejante nivel de perfección.

Negué con la cabeza.

—Eres imposible.

—Escúchame bien. Si un día llegáis a casaros, prométeme que, de vez en cuando, dejará una toalla tirada en el baño o se comerá el último yogur sin avisar. Necesito saber que es humano.

La imagen me hizo reír todavía más.

—Pues siento decepcionarte, pero es exactamente así.

—Lo sé.

Apoyó la barbilla sobre la mano.

—Y precisamente por eso me parece un poco… aburrido.

La palabra quedó suspendida unos segundos entre las dos.

—No seas mala. Ya tardabas en volver a decirlo.

—No estoy siendo mala. Estoy siendo objetiva. Me resulta tan exasperadamente perfecto que me entran ganas de liarla parda solo para comprobar que se altera.

En ese momento Andrew regresó a la mesa.

—Ya está. Prometo que era la última llamada.

Alexandra levantó un dedo.

—No prometas cosas que luego no puedas cumplir. Los dioses del teléfono tienen muy mal sentido del humor.

Andrew sonrió con cierta vergüenza.

—Lo intento de verdad. Sé que no es agradable.

Le cogí la mano por encima de la mesa.

—No pasa nada.

Él entrelazó sus dedos con los míos.

—Cuando acepté venir, sabía que necesitaba desconectar. El problema es que mi trabajo todavía no lo sabe.

Alexandra dio un golpe suave sobre la mesa.

—Pues vamos a enseñárselo.

Andrew la miró divertido.

—¿Cómo?

—Primera medida urgente: prohibido vestir como un director médico durante las vacaciones.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

Los dos bajamos la vista casi al mismo tiempo hacia su camisa perfectamente planchada.

Después volvimos a mirarlo.

—Todo —respondimos a la vez.

Media hora después nos encontrábamos entrando en una pequeña tienda frente a la playa. Andrew observaba perplejo cómo Alexandra iba sacando bañadores, camisas estampadas y pantalones de lino de las estanterías sin darle tiempo siquiera a opinar.

—Este.

—Alexandra, que no.

—Y este también.

—Creo que no necesito cuatro camisas con palmeras.

—Precisamente porque lo crees, las necesitas.

Yo me limité a observar la escena con una sonrisa imposible de esconder.

Andrew terminó saliendo del probador vestido con un bañador azul turquesa, una camisa blanca abierta y unas gafas de sol nuevas.

Alexandra dio un paso atrás para contemplar el resultado.

—Muchísimo mejor.

Andrew levantó las manos.

—¿Puedo saber qué diferencia hay exactamente?

—Ahora pareces un tipo que está de vacaciones.

Lo observé unos segundos. Tenía que reconocer que el cambio era enorme.

Seguía siendo él, pero la rigidez habitual había desaparecido casi por completo.

—Tengo que darle la razón.

Andrew negó con una sonrisa resignada.

—Empiezo a sospechar que las dos os habéis puesto de acuerdo para sabotearme.

—No hizo falta.

Salimos de la tienda cargados con varias bolsas y continuamos caminando junto a la playa. Poco a poco, el teléfono dejó de sonar y Andrew empezó a relajarse de verdad.

Se quitó las zapatillas para caminar descalzo por la arena, se interesó por los nombres de algunos peces que podían verse desde la orilla e incluso terminó aceptando el reto de Alexandra para aprender a abrir un coco con la ayuda de un vendedor local.

Fracasó estrepitosamente.

—No vuelvas a ejercer de aventurero tropical —dictaminó ella entre risas mientras el vendedor abría el coco en cuestión con dos golpes perfectamente calculados—. Cada uno tiene sus talentos y el tuyo, claramente, está dentro de un quirófano.

Andrew levantó el coco abierto en señal de rendición.

—Acepto mi derrota.

Lo miré mientras bebía directamente de la fruta con una sonrisa mucho más despreocupada que la del hombre que había llegado aquella mañana.

Quizás Alexandra tenía razón.

Quizás Bora Bora conseguía transformar un poco a cualquiera que le concediera una oportunidad.

Y, mientras seguíamos caminando los tres por la orilla, con las bolsas balanceándose entre nuestras manos y el sol reflejándose sobre la laguna, tuve la sensación de que también Andrew empezaba realmente a desconectar del mundo que había dejado al otro lado del océano.

Capítulo 22

El sol comenzaba a descender cuando Andrew me propuso alejarnos un poco del complejo.

Habíamos pasado el día entero recorriendo la isla con Alexandra, riéndonos de sus ocurrencias y dejándonos sorprender por aquel rincón del mundo que él no dejaba de contemplar con la curiosidad de quien descubre un paisaje imposible.

Al despedirnos de mi prima, él me tomó de la mano y señaló un sendero estrecho que se abría entre las palmeras.

—¿Te importa que desaparezcamos un rato? —me preguntó con una sonrisa tranquila—. Me gustaría tenerte solo para mí antes de que Bora Bora decida enamorarte del todo.

—Para eso ya llegas tarde, lo siento —le aseguré sacándole la lengua.

—Vaya, creo que estoy perdiendo facultades. Espero que no en todo —carraspeó.

—No lo sé. Hace muchos días que tú y yo no…

—No me piques. Eso habrá que solucionarlo —me dijo con evidente excitación.

El camino discurría junto a la laguna, entre hibiscos, buganvillas y cocoteros que dejaban pasar la luz dorada del atardecer en pequeños destellos.

El aire olía a sal, a flores y a esa humedad cálida que siempre había asociado con mi infancia.

Andrew se dejó llevar también por la innegable belleza del lugar, y a pesar de que ya podía adivinar sus intenciones, caminaba despacio, sin prisa por llegar a ninguna parte, acariciando mi mano con el pulgar de vez en cuando mientras observaba el paisaje.

—Ahora entiendo muchas cosas —me comentó después de varios minutos, deteniéndose para contemplar el monte Otemanu recortado contra el cielo—. Siempre hablabas de Bora Bora con cariño, pero me faltaba venir para comprenderlo. No es solo un sitio bonito. Tiene algo… difícil de explicar.

Sonreí.

—Eso decía mi padre. Que esta isla terminaba eligiendo a quien estaba dispuesto a escucharla.

Andrew volvió la cabeza hacia mí.

—Entonces creo que empieza a caerme bien.

Reí por lo bajo y continuamos caminando hasta que el sendero desembocó en una pequeña cala escondida entre rocas volcánicas.

Se trataba de una playa diminuta, casi secreta, donde el agua llegaba mansa hasta una lengua de arena blanca. No había nadie más. Solo el rumor constante del océano y el reflejo anaranjado del sol sobre la superficie de la laguna.

Me quité las sandalias y avancé unos pasos descalza.

—Venía aquí con mi padre cuando necesitábamos escapar del resort —le conté mientras dejaba que una ola me mojara los pies—. Decía que los mejores lugares eran aquellos donde nadie esperaba encontrarte.

Andrew permaneció observándome unos segundos antes de acercarse.

—Sabía lo que decía.

—Sí, siempre lo supo. Y creo que también sabía como nadie que, en el fondo, pertenezco a Bora Bora más que a ningún otro lugar.

Andrew bajó la mirada durante un instante y después rodeó mi cintura con suavidad.

—¿Me estás queriendo decir algo con eso? Sabes que te necesito demasiado a mi lado.

Apoyé una mano sobre su mejilla.

—Tranquilo, vamos a disfrutar de la puesta de sol.

—¿Puedo estarlo de veras?

—¿Quieres hacer el favor de relajarte? Si no lo consigues aquí, estás muerto.

—Estoy muerto si no te tengo a mi lado —aclaró.

—Venga ya…

El viento movía mi cabello mientras el cielo se iba tiñendo de tonos rosados y anaranjados.

Permanecimos allí un buen rato sin hablar demasiado, contemplando el horizonte.

No era uno de esos silencios pesados que piden ser llenados, sino una pausa compartida que nacía de la tranquilidad de sentirse acompañado.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de este viaje? —me preguntó él al cabo de unos minutos.

Negué con la cabeza.

—Que sonríes de un modo distinto… Me alegro de haber venido para comprobarlo.

Aquella confesión me hizo cerrar los ojos un instante.

—Pensaba que habías venido porque me echabas de menos.

—También. Muchísimo. Pero al llegar he comprendido enseguida que aquí hay una parte de ti que yo todavía no conozco. Y voy a descubrirla.

Le sonreí con ternura.

—¿Te decepciona?

—Todo lo contrario.

Se inclinó despacio y me besó.

Fue un beso sereno, sin urgencias, distinto a los que nos habíamos dado en Nueva York entre prisas y horarios imposibles.

En aquel rincón no había teléfonos sonando ni residentes esperando una respuesta, pues nos quedamos sin cobertura. Solo el mar acompañando cada respiración y el último sol del día envolviéndolo todo con una luz cálida.

Nos sentamos sobre la arena, dejándonos envolver por el relax del lugar.

La tarde terminó de apagarse lentamente.

Las primeras estrellas comenzaron a asomar sobre la laguna mientras el sonido de las olas envolvía la pequeña cala.

Andrew volvió a besarme con dulzura y yo respondí dejándome llevar por la calma de aquel instante, por el afecto que nos unía y por la certeza de que, pese a todas las dudas que empezaban a surgir en mi vida, seguía sintiéndome profundamente querida entre sus brazos.

Fue entonces cuando se activó en lo sexual. La oscuridad y el hecho de estar solos allí le permitieron hacerlo de un modo primitivo, más salvaje de lo habitual.

Andrew me despojó de la ropa casi con fiereza, con un sentido de la posesión que alertó mis sentidos, humedeciéndome mucho. Mi ropa cayó sobre la arena, donde recostó mi cuerpo desnudo.

—Unos días sin verlo y no puedo pasar sin él —me confesó mientras sus dedos comenzaban a hacer surcos sobre mi piel.

—Ya será menos…

—¿Eso crees? No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos y de lo culpable que me siento por no poder haberte acompañado en estos días.

—Tranquilo, ya pasó. Además, estoy bien.

—¿Estás bien, de veras? Porque no podría soportar que no fuera así…

—Estás de un intenso —reí—. Espero que lo estés para el resto.

—No lo dudes.

Cuando terminó de desvestirse, lo contemplé unos segundos sin decir una sola palabra.

Conocía aquel cuerpo desde hacía años, pero había algo distinto en verlo allí, bajo el cielo inmenso de Bora Bora, con el mar respirando a pocos metros y la luz tenue de la luna dibujando cada uno de sus contornos.

Andrew tenía una complexión atlética, sólida, de esas que no nacen de perseguir un ideal estético, sino de una vida disciplinada.

Sus hombros eran anchos, el pecho firme y los brazos mostraban la fortaleza tranquila de quien pasaba más horas sosteniendo vidas que levantando pesas.

Todo en él transmitía equilibrio, seguridad y una masculinidad serena, sin necesidad de exhibirse.

Mi mirada descendió despacio, descubriendo la armonía de su silueta, la línea marcada de su abdomen y la elegancia natural con la que se movía.

No había un solo gesto de vanidad. Permanecía delante de mí con absoluta naturalidad, dejándome observarlo con esa confianza que solo existe cuando dos personas han aprendido a conocerse sin reservas.

Sonrió al descubrir que seguía mirándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó con una mezcla de diversión y ternura.

Negué lentamente con la cabeza, incapaz de apartar los ojos de él.

—Nada… Solo estaba pensando que eres un hombre increíblemente guapo y que nunca te lo digo lo suficiente.

La sonrisa de Andrew se ensanchó apenas un poco.

—Eso tiene fácil solución.

Apoyé las manos sobre su pecho, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos.

Levanté la vista hasta encontrar la suya y, durante unos instantes, me limité a disfrutar de aquella cercanía, de la serenidad que siempre encontraba entre sus brazos y de la forma en que seguía haciéndome sentir protegida incluso después de tanto tiempo juntos.

En aquel rincón perdido de Bora Bora, con el océano como único testigo, me pareció que seguía siendo el mismo hombre del que me había enamorado en Nueva York: fuerte, elegante y profundamente bueno.

Su cuerpo se terminó por abalanzar sobre el mío.

Ignoro si me excitó más la forma en la que sus labios atraparon los míos, con verdadera hambre, o esa otra en la que sus dedos comenzaban a explorar la humedad de mi sexo para adentrarse en él sin pedir permiso.

Los gemidos placenteros, prácticamente encadenados, comenzaron a salir entonces de mi boca.

El cuerpo de mi novio parecía febril… Andrew ardía, y no solo en deseos, ardía literalmente… Cuando el primer amago de llegar al clímax por mi parte apareció, ese deseo no hizo más que acrecentarse.

Lejos de parar en ese instante, sus dedos, largos y curiosos, comenzaron a hacer verdaderos malabares en mi interior mientras su lengua se dirigió hacia mi clítoris.

Supe entonces que iba a correrme de inmediato, y lo hice entre verdaderos espasmos mientras sus fuertes brazos me aprisionaban y sus labios me repetían que era suya.

Sentí que el corazón se me aceleraba y que una corriente eléctrica de lo más ardiente recorría mi cuerpo, desde la planta de los pies hacia arriba.

Y entonces me penetró. Su cadera y la mía se acompasaron bajo la luz de esa luna que ya comenzaba a asomar por el cielo de Bora Bora.

—No puedo pasar sin esto, no puedo pasar sin esto —me repetía una y otra vez mientras mi excitación iba en aumento y un nuevo orgasmo no tardaría en hacerse dueño de mí.

Cada vez que me pasaba, Andrew lo disfrutaba de una manera casi irreal, de una manera que me indicaba lo mucho que sentía por mí.

Cuando por fin le pasó a él, su clímax llegó acompañado de una especie de aullido que debió oírse en media isla. O pensarlo me sirvió para bromear.

—Así que tenemos una nueva especie autóctona en la zona —le dije mientras él se quedaba dentro de mí, disfrutando de cada pliegue de mi piel y de cada segundo compartiendo esa intimidad.

Me comió a besos entonces, como no queriendo que aquel momento terminara.

Cuando la noche terminó de caer sobre Bora Bora, la intimidad de aquella playa quedó solo para nosotros, acompañada por el rumor del mar y el cielo inmenso del Pacífico, mientras el resto del mundo parecía quedarse, por unas horas, muy lejos.

Capítulo 23

A la mañana siguiente me desperté antes que Andrew.

La luz entraba despacio por las contraventanas de la habitación y el sonido del mar llegaba amortiguado hasta la casa.

Permanecí unos minutos observándolo dormir. Tenía el brazo apoyado sobre la almohada, el rostro relajado y esa expresión serena que solo aparecía cuando conseguía olvidarse del hospital durante unas horas.

Bajamos a desayunar algo más tarde.

Samantha había preferido quedarse descansando en su habitación y Alexandra aún no había dado señales de vida, así que la terraza pertenecía únicamente a los dos.

Tama nos sirvió café, fruta recién cortada y unas tostadas antes de desaparecer con la discreción de siempre.

Andrew fue el primero en romper el silencio.

—Te noto pensativa desde anoche.

Le di vueltas a la taza entre las manos antes de responder.

—Hay algo que no dejo de pensar.

—Cuéntamelo. Sé que lo hay.

Levanté la vista hacia él.

—No sé cómo voy a hacer esto.

Andrew frunció ligeramente el ceño.

—¿El qué exactamente?

—Dirigir el resort.

Él asintió despacio, esperando a que continuara.

—Llevo días reuniéndome con directivos, revisando informes, conociendo decisiones que mi padre tomaba casi sin esfuerzo y cada vez tengo más claro que esto no se puede gestionar únicamente desde Nueva York. No un complejo de este tamaño. No un lugar como este.

Andrew dejó la taza sobre la mesa.

—Siempre puedes delegar en alguien aquí y tomar las decisiones importantes desde allí.

Negué lentamente.

—No creo que sea cuestión de delegar. Mi padre nunca lo hizo.

Él permaneció en silencio unos segundos.

—¿Qué quieres decir exactamente? Lo de tu padre era distinto. Él tenía su vida aquí… esto es justo lo que estaba temiendo que me dijeras.

Inspiré con calma antes de atreverme a decirlo en voz alta.

—Esto no solo va de ti, Andrew. Creo que tendré que pasar temporadas aquí. Al menos al principio. Luego, quizás, con el tiempo, todo sea más fácil. Samantha podrá ayudarme. Ella tiene experiencia. Pero ahora, con el bebé y demás, son demasiadas cosas que atender.

—No me irás a decir que también su estado influye en tu decisión. ¿O tengo que recordarte que esa bruja te hizo la vida imposible durante años?

—Por favor, no levantes la voz. Podría oírte…

Tarde. Cuando quise darme cuenta, Samantha estaba a unos pasos de ambos. La mujer del pasado hubiera montado en cólera en ese momento, pero esta otra, hizo como que no había escuchado nada y se dio media vuelta, volviendo a entrar en la casa.

—Lo siento, no es lo que pretendía.

—Ya hablaré con ella. Qué se va a hacer. Pero debes entender que solo serían temporadas y…

La expresión de Andrew cambió de inmediato, entendiendo que la había cagado.

No levantó la voz.

No hizo ningún gesto brusco.

Pero vi cómo desaparecía la tranquilidad de su rostro.

—¿Temporadas? Explícate.

—Sí. No hablo de instalarme aquí definitivamente, cariño.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—No lo sé. Quizá algunos meses al año. Al principio, desde luego, tendré que estar bastante presente. Ya te lo he comentado.

Andrew apoyó ambas manos sobre la mesa y permaneció unos instantes mirando el jardín.

Cuando volvió a hablar, su voz sonaba mucho más baja.

—Yo te conocí en Nueva York. Esto no es justo.

—Lo sé. Yo tampoco esperaba este cambio en mi vida. Todo ha sido súbito y sorprendente.

—Toda nuestra vida está allí. Todo lo que hemos construido juntos. Todo lo que nos importa. O, al menos, lo que me importa a mí. Porque empiezo a pensar que ya no sé cuáles son tus prioridades.

Asentí despacio.

—No digas eso…

Él dejó escapar una sonrisa amarga.

—Mi trabajo está allí, Caroline. Mis pacientes están allí. El hospital está allí. No puedo coger un avión y desaparecer la mitad de cada año porque tú tengas que dirigir un resort al otro lado del mundo.

Aquellas palabras me dolieron porque eran verdad.

—No te estoy pidiendo eso.

—Entonces, ¿qué me estás pidiendo?

Tardé unos segundos en encontrar la respuesta.

—Que entiendas que todo esto también forma parte de mi vida.

Andrew desvió la mirada hacia la laguna.

—Siempre supe que Bora Bora era importante para ti.

—Es más que importante.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—He vuelto aquí y me he dado cuenta de que necesito este lugar mucho más de lo que recordaba. Y no solo eso. El resort, las responsabilidades… incluso el bebé que está por nacer. Quizá quiero que todo eso forme parte de mi vida. Y me estoy devanando los sesos para saber cómo encajarlo todo.

El silencio que siguió ya no tenía nada que ver con los anteriores.

Andrew cerró los ojos un instante.

Cuando volvió a abrirlos, había una tristeza inmensa en ellos.

—Es peor de lo que sospechaba.

No respondí.

Él sonrió con una resignación que me rompió el alma.

—Desde que llegué vi cómo caminabas por esta isla. Y supe que ya no íbamos en la misma dirección.

Bajé la vista.

—Andrew…

Él negó despacio.

—No. Déjame terminar, por favor.

Esperó unos segundos antes de continuar.

—Pensé que solo necesitabas cerrar una etapa. Creí que volverías a Nueva York con la misma ilusión con la que llegaste hace siete años. Pero apenas llevo tiempo en Bora Bora y empiezo a comprender que quizás nunca terminaste de marcharte.

Sentí un nudo en la garganta.

—No significa que no quiera volver contigo.

—No. Pues tú me dirás…

Él sonrió con una mezcla de tristeza y hastío.

—Porque yo apostaría a que significa que ya no sabes dónde está realmente tu hogar —prosiguió.

Aquella frase me dejó sin palabras.

Porque ni siquiera yo conocía la respuesta.

Me levanté despacio y rodeé la mesa para acercarme a él.

—Lo resolveremos. Tranquilo, por favor. No quiero que te disgustes.

Andrew también se puso en pie. Retrocedió apenas un paso. No para alejarse de mí. Solo para ordenar lo que estaba sintiendo.

—No sé si se puede resolver.

Lo miré sorprendida.

—Claro que sí.

Él negó lentamente.

—No me pidas que deje mi vida en Nueva York porque no puedo hacerlo. Amo mi trabajo. Llevo años construyendo una carrera que significa mucho para mí. No sería feliz abandonándola.

—Yo jamás te pediría eso. Sabes que no soy así, mi amor.

—Entonces no me pidas tampoco que entienda con naturalidad que tú quieras vivir medio año a miles de kilómetros.

Noté cómo el pecho se me llenaba de una angustia inesperada.

—No he dicho que quiera vivir aquí para siempre.

—Pero has dicho que necesitas este lugar.

Su voz apenas era un susurro.

—Y eso lo cambia todo.

Cogió las llaves del coche que había dejado sobre la mesa.

—Andrew…

—Necesito despejarme un rato.

Di un paso hacia él.

—No te vayas así.

Él me acarició la mejilla con infinita ternura.

—Si me quedo ahora, terminaremos diciendo cosas de las que nos arrepentiremos. Prefiero caminar un poco.

Lo vi alejarse por el jardín hasta desaparecer entre las palmeras.

Permanecí sin saber qué hacer varios segundos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando escuché la voz soñolienta de Alexandra detrás de mí.

—Vale. Una pregunta rápida antes de prepararme el café.

Me giré despacio.

Mi prima observó la terraza vacía.

—¿Dónde está el doctor Perfecto?

Intenté sonreír.

—Ha salido a dar una vuelta.

Alexandra entrecerró los ojos.

—Eso, traducido al idioma de las parejas, significa que ha habido conversación importante.

Suspiré.

—Solo hemos hablado del futuro.

—Ah, perfecto. El tema favorito de cualquier relación.

No pude evitar reírme. Muy poco.

Pero lo suficiente para que ella se acercara y me pasara un brazo por los hombros.

—No pongas esa cara. Dale media hora y volverá. Tiene pinta de ser de esos hombres que hasta se enfadan con educación, tonta.

La miré de reojo.

—Eres horrible.

—Pero tengo razón.

Me dio un pequeño codazo mientras caminábamos hacia la cocina.

—Además, si hay algo que he aprendido de esta familia desde que llegué, es que todos tenéis una habilidad extraordinaria para dramatizar antes del desayuno. Ya verás cómo esta tarde lo estáis arreglando o, como mínimo, discutiendo en un sitio con mejores vistas.

Sus conclusiones me hicieron sonreír.

Capítulo 24

Cuando Andrew salió de la casa para despejarse, la terraza quedó envuelta en un silencio que se me pegó al cuerpo.

Alexandra intentó restarle importancia a la discusión con dos o tres bromas sobre el carácter impecable del doctor Collins, pero yo apenas conseguía sonreír.

Me dolía haberle hecho daño y, al mismo tiempo, comprendía perfectamente por qué se había marchado.

Necesitaba unos minutos para ordenar mis propias ideas.

Fue Samantha quien rompió aquella especie de tregua inesperada.

—Caroline, ¿puedes venir un momento?

Me giré hacia ella. Se había sentado en el sofá exterior, con una mano apoyada sobre el vientre y una expresión completamente distinta a la de unos minutos antes. Había emoción en sus ojos. Una emoción limpia, casi infantil.

Me acerqué enseguida.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Muchísimo mejor que bien. Ven.

Se llevó mi mano hasta su barriga.

—Espera un segundo… lleva toda la mañana moviéndose.

Obedecí sin entender demasiado. Apenas habían pasado unos segundos cuando sentí un golpecito suave bajo la palma de mi mano.

Abrí mucho los ojos.

—¡Dios mío!

Samantha soltó una risa emocionada.

—¿Lo has notado?

—Sí.

Otro pequeño movimiento volvió a sorprenderme.

No pude evitar sonreír.

—Hola, pequeña…

Sin darme cuenta, empecé a acariciar despacio el lugar donde había sentido la patadita.

—Tu bebé acaba de saludarme.

Samantha tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lleva horas haciéndolo con mucha fuerza.

—Es increíble.

Durante unos instantes olvidé absolutamente todo lo demás. El resto desapareció mientras imaginaba a aquella niña creciendo dentro de una mujer con la que jamás habría pensado compartir un momento así.

Alexandra, que había entrado en la cocina, apareció entonces con una taza de café entre las manos.

—¿Qué está pasando aquí?

Samantha sonrió.

—Ven tú también.

Mi prima dejó la taza sobre la mesa y apoyó la mano donde Samantha le indicó.

Cinco segundos después dio un pequeño respingo.

—¡Madre mía! ¡Pues sí que tiene carácter la criatura!

—Sale a la familia —comentó Samantha.

Alexandra la miró con fingida gravedad.

—Esperemos que a la rama Reed.

Las tres terminamos riéndonos.

Aquella risa hizo que Samantha me mirara con una mezcla de alivio y tristeza.

—Caroline… también quería hablar contigo.

La sonrisa desapareció lentamente de mi rostro.

Asentí.

—Yo también creo que nos debemos una conversación.

Alexandra hizo ademán de levantarse.

—Si preferís…

—No.

Samantha negó despacio.

—Quédate. No tengo nada que esconder.

Inspiró profundamente antes de continuar.

—Lo primero que quiero decirte es que no pretendo que discutamos, Caroline. Sé que amas a tu novio.

Mi expresión se suavizó.

—Es un hombre extraordinario que también me ama con locura. Y verás, lo que has escuchado antes, eso tan lamentable, es el fruto de que estaba enfadado y…

—No estoy tan segura.

Aquellas cuatro palabras hicieron que frunciera el ceño.

—¿Perdona? Oye, que entiendo que te hayas cabreado, pero…

Samantha bajó la vista un instante.

—No es eso, Caroline. Es que anoche no podía dormir.

Esperé.

—Salí un rato al jardín. Necesitaba caminar un poco, tomar el aire. No lo estoy pasando bien, igual que tú.

La observé en silencio.

—Vi a Andrew.

Sentí una pequeña sorpresa.

—¿Andrew? Yo ni siquiera me enteré de que se levantara. Igual estás equivocada…

Alexandra soltó una risa.

—Caroline, tú podrías dormir durante un terremoto. El otro día se cayó una bandeja en la cocina y lo único que hiciste fue darte la vuelta en la cama.

Le lancé una mirada resignada.

—Gracias por el apoyo.

—Siempre.

Samantha continuó hablando.

—Él no estaba lejos, pero no me oyó. Al principio pensé que solo necesitaba despejarse, como yo. Pero después empezó a hablar por teléfono.

Noté una inquietud extraña recorriéndome el estómago.

—¿Y?

Samantha levantó la vista.

—Escuché perfectamente lo que decía.

Negué despacio.

—¿Qué estás insinuando?

Ella tragó saliva.

—No estoy insinuando nada. Estoy diciéndote que lo oí claro.

Se hizo un breve silencio antes de añadir, casi palabra por palabra:

—Dijo que, cuando volviera a Nueva York, iba a follarse a la mujer que estuviera al otro lado del teléfono. Lo dijo riéndose. Incluso comentó que llevaba demasiado tiempo portándose bien. Que no era propio de él.

Tardé unos segundos en reaccionar.

Simplemente la miré.

Después empecé a negar con la cabeza.

—No. Eso no puede ser. Estás equivocada. Oirías mal…

Samantha sostuvo mi mirada.

—Ojalá estuviera equivocada.

—No. Que te digo que no puede ser —continué, totalmente indignada.

—Entiendo tu reacción, pero es cierto.

Mi voz sonó mucho más alta.

—No. ¡Eso es imposible!

Alexandra había dejado de sonreír.

Nos observaba alternativamente a mí y a Samantha sin saber muy bien qué hacer.

—Caroline…

Me levanté de golpe.

—¡No! Andrew jamás diría algo así.

Samantha también intentó incorporarse.

—No quería hacerte daño. Te juro que no era mi pretensión.

—¡Pues lo has hecho!

Noté la rabia creciendo dentro de mí.

—Sé perfectamente que no me soportabas. Sé que me hiciste la vida imposible durante años. Sé que llegué a llamarte «demonia» delante de medio Bora Bora y probablemente me quedé corta.

»Pero una cosa es el pasado y otra inventarte algo así. Creía que habías cambiado. Y ahora, en cuanto algo te cabrea como una mona, me sales con esto…

—¡No me lo he inventado!

—¿Y ahora qué? ¿Quieres que desconfíe del hombre con el que comparto mi vida?

Samantha dio un paso hacia mí.

—Precisamente porque sé lo que no mereces… No mereces que te engañen por amor. Por eso te lo he contado.

Su respiración empezó a acelerarse.

Vi cómo una mano buscaba instintivamente su vientre.

—No.

Su voz apenas era un hilo.

—No me encuentro…

Su rostro perdió el color en cuestión de segundos.

—Samantha…

Intenté sujetarla, pero no llegué a tiempo.

Sus piernas cedieron hacia delante y cayó desplomada sobre el suelo de la terraza.

—¡Samantha!

Alexandra reaccionó antes que yo.

—¡Tama! ¡Llama a una ambulancia!

Los siguientes minutos transcurrieron con una rapidez insoportable.

El personal del resort apareció corriendo desde distintos puntos de la casa. Samantha apenas respondía cuando intentábamos hablarle y yo no dejaba de repetir su nombre mientras le sostenía la mano.

La ambulancia llegó en pocos minutos.

Los sanitarios la inmovilizaron con rapidez y la introdujeron en el vehículo mientras uno de ellos nos aseguraba que iban a hacer todas las pruebas necesarias.

Alexandra y yo fuimos detrás, con Tama.

Andrew debió volver a la casa un rato después. Allí le explicaron lo sucedido y me telefoneó de inmediato.

Respondí al tercer tono.

—¿Caroline? ¿Qué ocurre?

—Samantha está en observación. Hemos discutido y se ha sentido mal.

Mi voz sonaba apagada, culpable.

—Voy para allá.

—Claro, ven…

Había caído en la trampa de Samantha. Y eso me hacía sentir estúpida. Creí cada una de sus palabras de las últimas semanas. Creí que había cambiado. Y no era así.

Cuando Andrew llegó al hospital, me encontró sentada en una silla del pasillo.

Me levanté al verlo. Nos abrazamos. Alexandra se apartó un poco, dejando que nos desahogáramos.

Él quiso saber más, pero en ese momento sonó su teléfono.

Miró la pantalla con gesto de fastidio.

—Es del trabajo.

—Cógelo.

—¿De verdad no te importa? Vuelvo enseguida y me cuentas. Seguro que Samantha estará bien.

Se alejó unos metros para responder.

Fue entonces cuando lo perdí de vista. Y a mi prima también.

Ella regresó un par de minutos después. Su expresión era completamente distinta a la habitual.

Se acercó despacio hasta detenerse frente a mí.

—Caroline…

Levanté la vista.

—¿Qué?

Mi prima dudó unos segundos antes de hablar.

—Creo que Samantha decía la verdad.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tú también? ¿Se trata de un complot o qué?

—No es eso, es que acabo de seguirle hasta el jardín. Y la llamada no es de trabajo, eso ya te lo aseguro. No sé con qué tía estará hablando, pero la complicidad entre ambos es total, y las bromas subidas de tono, ni te cuento.

—Eso no puede ser…

—Eso ya lo has defendido antes. Pero ahora también lo acabo de escuchar yo. Te juro que no parecía el tipo aburrido que conozco. Creo que tu novio tiene dos caras…

—Es que él no es aburrido.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que, cuando saca esa otra cara, te deja a la altura del betún. Tu novio es un pieza; ve tú misma y escúchalo.

—No puede ser, si él me quiere, si justamente no puede vivir sin mí…

—Un hipócrita, eso es lo que es. Y no es el primero de la historia que afirma morirse sin una mujer y luego querer compartir cama con el resto.

Capítulo 25

Salí del pasillo sin escuchar siquiera lo que Alexandra intentaba decirme.

Notaba las piernas extrañamente ligeras, casi insensibles, mientras recorría los pocos metros que me separaban del jardín interior del hospital.

A través de la cristalera lo vi de espaldas, caminando despacio con el teléfono pegado al oído. Hablaba relajado. Incluso sonreía.

Aquella sonrisa terminó de empujarme.

Abrí la puerta con más fuerza de la necesaria y crucé el pequeño jardín sin que él llegara a darse cuenta de que me acercaba. Solo cuando estuve prácticamente a su lado levantó la cabeza.

—Caroline…

No le di tiempo a terminar.

Con un movimiento rápido le arrebaté el teléfono de la mano.

Andrew abrió mucho los ojos.

—¡¿Qué haces?!

Ni siquiera contesté.

Me limité a llevarme el móvil a la oreja.

—…qué ganas tengo de verte, tío. A ver si vuelves pronto, te dejas de tantas historias románticas, que no te pegan nada, y me das lo mío —decía la voz al otro lado del teléfono.

Sentí que el mundo entero desaparecía. No era una mujer la que hablaba, ¡era un hombre!

No escuché nada más.

El teléfono resbaló entre mis dedos y cayó al suelo.

Andrew dio un paso hacia mí.

—Caroline, espera…

—No. No se te ocurra acercarte.

Lo único que hice fue levantar el pie con la intención de pisotear el teléfono.

La pantalla estalló bajo la suela de mi sandalia.

Andrew abrió los brazos con incredulidad.

—¡Pero qué…!

Volví a pisarlo. Una vez. Otra. Hasta que el cristal quedó completamente destrozado.

Respiraba tan deprisa que apenas conseguía mantenerme en pie.

Andrew permanecía sin moverse frente a mí.

Ya no sonreía.

Tenía el rostro completamente pálido.

Bajé la vista hacia los restos del teléfono.

La pantalla, todavía iluminada a pesar de los golpes, mostraba el nombre de la llamada.

John.

John Matthews.

Recordé perfectamente aquel nombre. Compañero suyo en el hospital. Amigo desde la residencia.

Volví a levantar la cabeza muy despacio.

—Y todavía querrás explicármelo —murmuré con todo el sarcasmo.

Andrew tragó saliva.

—No es lo que parece, cariño —trató de defenderse de la manera menos original del mundo.

Me eché a reír. Una risa completamente vacía. No esperaba que actuara de una manera tan burda, pero es que, en el fondo, debía reconocer que ya no conocía al hombre que tenía al lado.

—¿Sabes cuál es el problema de esa frase?

Él permaneció en silencio, pero deseando meter baza.

—Que siempre es exactamente lo que parece, cabronazo.

Andrew pasó una mano por el pelo, completamente descompuesto.

—Caroline, estábamos diciendo tonterías. Era una conversación entre amigos. No hablábamos en serio. Son cosas que se dicen…

Lo miré con una mezcla de incredulidad y desprecio.

—¿Ah, no? ¿De veras me tomas por una estúpida?

—Nunca te he considerado una estúpida. No lo eres.

—Por supuesto que no lo soy. No me hace falta tu validación, pero tú me has tratado como tal, y eso no te lo perdonaré jamás.

Andrew cerró los ojos un instante. Luego dio otro paso hacia mí.

—Escúchame, por favor.

Retrocedí inmediatamente.

—No me toques. No se te ocurra poner tus manos sobre mí o formo tal escándalo que sales de aquí esposado —le aseguré.

Andrew dejó caer los brazos.

Nunca lo había visto tan nervioso.

—Caroline, llevo muchos días fuera de Nueva York. John estaba bromeando. Yo seguí la broma. Ha sonado horrible, pero…

—Pero ¿qué?

Las lágrimas empezaban a empañarme la vista.

—¿Qué parte tengo que entender exactamente?

Él respiró con dificultad.

—No estás por la labor de entender nada, lo veo en tus ojos.

Lo miré fijamente.

Aquella frase consiguió incluso hacerme reír.

—¿De verdad acabas de decir eso?

Andrew frunció el ceño.

—Porque es verdad. Te has cerrado en banda.

Negué con una lentitud desesperante.

—Eres increíble. Todavía será mi culpa… Acabo de enterarme a la vez de que mi novio me pone los cuernos y de que le gustan los tíos, y la culpa va a ser mía por intolerante.

Él intentó acercarse otra vez.

—Piénsalo un momento. Sí, he dicho una barbaridad. He sido un imbécil. Pero no pretendía dañarte.

Lo interrumpí levantando una mano.

—¿Ese es tu argumento?

Su expresión vaciló.

—Caroline…

—¿Pretendes que te dé las gracias porque no querías dañarme, solo engañarme? Y encima con el numerito ese por medio de que no podías estar sin mí y de que era una egoísta por no volver a Nueva York contigo a la carrera. ¿En serio pretendías casarte conmigo y mantener una doble vida? ¿Desde cuándo te gustan los tíos?

Él bajó la cabeza.

—No estoy diciendo eso.

—Es exactamente lo que estás diciendo.

Sentí una punzada de rabia tan intensa que apenas podía controlar la voz.

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

Andrew permaneció inmóvil.

—Que hace apenas un rato estaba defendiéndote delante de Samantha. Pensaba que ella mentía. Pensaba que quería joderme porque me odiaba desde hace años. Ella te escuchó hablar por teléfono y me lo contó.

»Anoche saliste de nuestra cama para reírte de mí con John. Ella pensaba que se trataría de una mujer. Y yo negué que pudiera ser cierto, di la cara por ti. La ataqué y acabó aquí.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

—Y resulta que eras tú quien me estaba tomando el pelo.

Él dio un último paso.

Muy despacio.

—Caroline, yo te quiero.

Aquellas palabras me produjeron un rechazo inmediato.

—No vuelvas a decir eso si no quieres salir escaldado.

—Es la verdad.

—No. Tú no quieres a nadie. Solo te quieres a ti mismo. Eres una cajita de sorpresas, pero una cajita podrida.

Negué con firmeza.

—La verdad la acabo de escuchar con mis propios oídos.

Andrew parecía completamente derrotado.

—Déjame arreglarlo.

—No puedes. Ni en mil vidas podrías hacerlo.

—Por favor.

Respiré profundamente.

Sentía que, si seguía allí un minuto más, terminaría por formar un escándalo de tal magnitud que me arrepentiría.

—No quiero volver a verte en mi vida.

Mi voz salió mucho más firme de lo que me sentía.

—Recoge lo que quede de tu teléfono, vuelve a Nueva York, acuéstate con quien te dé la gana y no vuelvas a buscarme nunca más.

Andrew dio un paso atrás.

Aquellas palabras parecieron golpearlo con toda la fuerza de la realidad.

—¿Lo dices en serio?

Lo miré por última vez.

Ya no quedaba rabia.

Solo una decepción inmensa.

—Jamás había hablado tan en serio.

Me giré sin esperar respuesta. Detrás de la puerta del hospital, Alexandra me estaba esperando. Había presenciado la última parte de la discusión.

Cuando nuestras miradas se encontraron, comprendió que no hacía falta preguntar absolutamente nada. Se acercó despacio y rodeó mis hombros con un brazo.

Yo ya no pude contenerme.

Rompí a llorar mientras, a unos metros de nosotras, Andrew permanecía solo en medio del jardín, contemplando los restos del teléfono destrozado y comprendiendo, quizás demasiado tarde, que me había perdido para siempre.

Capítulo 26

En el hospital nos atendieron con una rapidez que, en cualquier otro momento, habría agradecido con más claridad.

Aquella mañana, sin embargo, todo me llegaba amortiguado.

Las voces de los médicos, el roce de las ruedas de una camilla, la mano de Alexandra sujetándome el brazo, Samantha preguntando una y otra vez si la niña estaba bien.

Yo intentaba responder cuando alguien me hablaba, pero mi cuerpo parecía haberse quedado varios pasos por detrás de lo que acababa de ocurrir.

La exploración de Samantha fue lo primero.

Tomé conciencia de todo ello cuando Andrew se fue, dejándome una sensación de vacío y de culpabilidad amarga; vacío por perder a la persona que me había acompañado en mi vida adulta, y culpabilidad por no saber realmente de quién se trataba hasta ese momento.

Alexandra caminaba de un lado a otro, incapaz de estarse quieta.

La conocía muy bien y se había quedado con las ganas de cantarle las cuarenta a ese desgraciado, si bien lo dejó ir porque yo se lo pedí así.

En fin, que ella también estaba de los nervios y hasta una enfermera le pidió con mucha educación que dejara de hacer «rondas de vigilancia» porque estaba inquietando al personal. Mi prima le respondió que, teniendo en cuenta nuestra mañana, lo raro era que no hubiese solicitado ya un exorcista o algo.

Cuando vimos avanzar a Samantha, venía pálida, pero con la mirada más serena.

Llevaba una mano sobre el vientre y la otra sujetaba una copia del informe con tanta fuerza que el papel empezaba a arrugarse.

—Está bien —dijo antes de que yo pudiera preguntar—. La niña está bien. Ha sido el estrés, la tensión acumulada. Quieren que me quede hasta mañana aquí por precaución, pero no hay señales de alarma.

Sentí que el aire volvía a entrarme en el cuerpo.

—Gracias a Dios.

Samantha me miró con detenimiento antes de seguir hablando.

—¿Tú estás bien?

Alexandra levantó un dedo desde detrás de ella.

—Bien teniendo en cuenta que acaba de descubrir que a su novio le gustan los tíos. Sí, sí, no pongas esa cara. Tenías razón, Samantha, lo hemos pillado con las manos en la masa.

A pesar de todo, me reí por la forma de contarlo de mi prima, que era un poco bestia para dar según qué noticias.

—¿Era un hombre con quien hablaba anoche? —me preguntó incrédula.

—Eso parece, a no ser que piense montar una orgía y fuera otra persona, porque mi prima le ha cazado haciendo planes sexuales con un compañero de trabajo —respondió por mí.

Alexandra era tremenda. Me hizo sonreír apenas un poco, pero lo suficiente para que el médico, que se había quedado hablando con un enfermero, se acercara y nos explicara que Samantha había sufrido una bajada de tensión fuerte, probablemente provocada por un impacto emocional intenso.

Lo explicó con palabras médicas bastante más ordenadas, pero yo lo traduje enseguida: su cuerpo había decidido que, ya que su cabeza se empeñaba en seguir funcionando, él iba a apagar las luces por su cuenta.

A Samantha la trasladaron a una habitación amplia de la planta de Obstetricia en cuanto terminaron las pruebas.

Era un alivio conocer que la tensión había descendido bruscamente, provocándole el síncope, pero tanto ella como la niña estaban bien.

Respiré por primera vez desde que la ambulancia había salido de la casa.

Cuando entramos en la habitación, Samantha seguía visiblemente cansada, aunque sonrió al verme aparecer.

—¿Ves? —murmuró con un hilo de voz—. Ya decía yo que esta niña iba a salir dramática.

Me acerqué enseguida a la cama.

—Tiene a quien salir; a su madre siempre le gustó mucho un drama. No vuelvas a darme un susto así en la vida.

Ella arqueó una ceja con una sonrisa débil.

—Perdona. La próxima vez procuraré desmayarme después de haberte dejado un aviso en la agenda.

Aquella tontería consiguió arrancarme una sonrisa que llevaba demasiado rato escondida.

Alexandra, que acababa de dejar el bolso sobre una silla, cruzó los brazos.

—Bueno, pues ya está decidido.

—¿El qué?

—Que esta noche dormimos aquí.

La enfermera sonrió con paciencia.

—Solo puede quedarse un acompañante.

—Entonces me quedo yo. Lo siento, prima —intervine.

—Me da la sensación de que sobro un poco. Si queréis, me largo ya a Nueva York y no me volvéis a ver el pelo.

—No seas boba.

—Nada, nada, que una sabe cuándo sobra.

—Otra dramática.

Pasamos el día juntas y, por la tarde, cuando terminó el horario de visitas, Alexandra protestó durante casi diez minutos seguidos, alegando que era imposible abandonar a dos mujeres emocionalmente inestables después del día que llevábamos, hasta que la propia Samantha terminó riéndose.

—Hazme un favor —le pidió con una sonrisa cansada—. Vuelve a casa, date una ducha y duerme unas horas por las dos. Si mañana apareces con ojeras, la niña va a pensar que la familia Reed no duerme nunca.

Alexandra miró alternativamente a una y a otra antes de suspirar con dramatismo.

—No me gusta dejaros solas. Vosotras dos tenéis demasiada facilidad para montar terremotos sentimentales.

Me acerqué y la abracé.

—Estaremos bien, cariño.

—¿Seguro? Mira que mi ausencia se nota mucho…

Asentí.

—Pero sobreviviremos, lo prometo.

Se volvió hacia Samantha.

—Y tú procura no volver a desmayarte. Ya has cubierto el cupo semanal de sustos.

—Lo intentaré.

—Más te vale.

Cogió el bolso y caminó hacia la puerta. Justo antes de salir se volvió otra vez.

—Si mañana descubro que os habéis hecho amigas íntimas a traición, sin mí, me voy a cabrear muchísimo.

Samantha levantó una ceja.

—No prometemos nada.

—Eso me temía.

La puerta se cerró detrás de ella y la habitación quedó completamente en silencio.

Un silencio distinto. No pesado. Solo nuevo.

Me acerqué a la ventana mientras las últimas luces del atardecer teñían el cielo de un color anaranjado que me recordó al que había visto la tarde anterior junto a Andrew.

Aparté el pensamiento enseguida.

No quería llorar otra vez.

—¿Cómo estás?

La voz de Samantha sonó muy baja.

Tardé unos segundos en responder.

—No estoy para irme de fiesta.

Ella dejó escapar una sonrisa.

—Bueno…

Se acomodó un poco mejor sobre la almohada.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco estoy precisamente para recorrerme todas las discotecas de la isla.

La miré y terminé sonriendo.

—Vaya dos.

—Sí.

Samantha soltó una risa pequeña.

—La verdad es que hacemos una pareja bastante deprimente.

Me acerqué despacio hasta sentarme en la silla que había junto a su cama.

Durante unos segundos ninguna de las dos dijo nada.

No porque faltaran palabras.

Sino porque era extraño descubrir que, después de tantos años, ya no necesitábamos utilizarlas para atacarnos.

Ella fue la primera en romper aquella tregua.

—Debe doler mucho.

Bajé la vista.

—Más de lo que esperaba.

Ella asintió despacio.

—Porque todavía lo quieres.

No tenía sentido mentir.

—Sí. No se deja de querer de un momento para otro.

Las lágrimas acudieron sin pedir permiso.

—Lo peor no es haber perdido a Andrew.

Respiré hondo antes de continuar.

—Lo peor es descubrir que el hombre al que quería nunca existió.

Samantha cerró los ojos un instante.

—Eso debe ser terrible. Lo mío fue distinto.

La miré sorprendida.

Ella sonrió con tristeza.

—Aunque ahora que lo pienso, Michael terminó siendo el amor de mi vida. Pero el hombre de quien me enamoré al principio tampoco existía, en realidad.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo me enamoré del empresario, del hombre poderoso, del dueño del resort… y tardé mucho tiempo en descubrir a la persona que había detrás. Cuando lo hice, ya era demasiado tarde para recuperar muchas cosas.

Guardó silencio unos segundos.

—No te castigues por Andrew. Por lo que has descubierto. Nada de esto es tu culpa.

Levanté la cabeza.

—Y te pido que tampoco juzgues toda mi vida por la peor versión de mí misma —me comentó.

Me incliné hacia delante y, casi sin pensar, tomé su mano.

Ella la apretó con suavidad.

No hubo abrazos. No hicieron falta.

Solo dos mujeres muy distintas, heridas por motivos diferentes, comprendiendo que la vida acababa de colocarlas en el mismo lado por primera vez.

Al cabo de un rato, una enfermera apareció con dos infusiones.

—Una para la mamá y otra para la acompañante.

Nos miró con una sonrisa divertida.

—Por la conversación que he oído desde el pasillo, creo que las dos la necesitan.

Cuando volvió a marcharse, Samantha levantó su taza.

—¿Una tregua?

Sonreí.

Choqué mi taza de papel con la suya.

—Una tregua.

Y afronté la noche con la sensación de que, incluso entre tanto dolor, algo bueno acababa de empezar.

Capítulo 27

Unas noches después de la salida del hospital, Alexandra decidió que ya había llegado el momento de hacer algo más útil que mirarme con pena cada vez que creía que yo no la veía.

Lo anunció durante la cena, con Samantha sentada al otro lado de la mesa, una infusión en la mano y la niña dando pequeñas patadas que ya se habían convertido en el acontecimiento doméstico más celebrado de la casa.

—Esta noche salimos —dijo mi prima, dejando el tenedor sobre el plato con una solemnidad que no admitía réplica—. No a resolver traumas, no a analizar hombres mediocres y no a hablar del futuro del resort.

»Salimos a bailar hasta que nos duelan los pies y a recordar que todavía estás viva, Caroline, aunque tu ex haya demostrado tener el criterio sentimental de una cabra con bata de médico.

Samantha casi se atragantó con la infusión.

—Qué imagen tan desagradable y precisa.

Yo las miré a las dos, agotada antes incluso de discutir.

Llevaba días intentando comportarme con una dignidad que no sentía.

Había evitado llorar delante del personal, había respondido correos, había asistido a dos reuniones y había fingido que no me dolía cada vez que algún rincón de la casa me recordaba que Andrew había estado allí apenas unos días antes, caminando con su camisa perfecta y su sonrisa de hombre irreprochable.

Tampoco había visto a Lucas. Ni una llamada, ni un mensaje, ni una visita casual.

Probablemente pensaba que Andrew seguía en la isla, y yo tampoco había hecho nada por aclararlo. No tenía fuerzas para ordenar una vida cuando ni siquiera sabía dónde se habían caído todas las piezas.

—No estoy segura de que sea buena idea —admití, empujando el plato con los dedos—. No me apetece demasiado hacer de mujer recién traicionada que intenta hacer la loca para demostrar que no le importa nada.

Alexandra se inclinó hacia mí con una expresión menos burlona de lo habitual.

—No tienes que demostrar nada. Precisamente por eso vamos a salir. Porque no vas a bailar para Andrew ni para el consejo de administración del imperio Reed. Vas a bailar porque estás triste, furiosa y preciosa, y esas tres cosas, combinadas con música, suelen pedir una pista.

Samantha levantó la taza, muy seria.

—Estoy sorprendentemente de acuerdo con ella, lo cual me preocupa, pero no lo bastante como para contradecirla.

Aquello me hizo sonreír a mi pesar.

Dos horas después, Alexandra me arrastró a un local junto a la playa donde la música llegaba hasta la orilla y las luces colgadas entre las palmeras convertían la arena en una pista improvisada.

Ella llevaba un vestido rojo que parecía haber sido diseñado para meterse en problemas con elegancia; yo había elegido uno negro, sencillo, de tirantes finos y falda ligera, porque no tenía ganas de llamar la atención y aun así sabía que Alexandra diría que parecía una viuda de lujo con potencial de escándalo.

El ambiente era perfecto para no pensar.

Había turistas bailando descalzos, parejas riéndose junto a la barra, camareros sirviendo cócteles de colores imposibles y un grupo local mezclando percusión polinesia con música moderna.

Al principio me limité a mirar, con una copa en la mano y el cuerpo todavía algo rígido, pero Alexandra no me permitió permanecer demasiado tiempo en aquella posición de estatua trágica.

—Ni se te ocurra esconderte detrás de ese vaso —me advirtió, tirando suavemente de mi muñeca—. Te conozco, Caroline. Si te dejo ahí diez minutos, acabarás mirando el mar con cara de protagonista rota y eso ya lo hemos cubierto de sobra esta semana.

—Qué poca consideración tienes por mi proceso emocional.

—Mi consideración es inmensa. Por eso lo voy a tratar con música alta.

Terminamos en la pista antes de que pudiera oponer resistencia.

Al principio me moví con poca convicción, más por complacerla que por ganas reales, pero la música fue haciendo su trabajo.

Alexandra bailaba con una energía contagiosa, lanzaba comentarios absurdos entre canción y canción y conseguía que varios desconocidos se acercaran sin que resultara forzado.

Dos chicos franceses se unieron a nosotras durante un rato, educados, divertidos y con esa mezcla de torpeza y entusiasmo que hacía fácil reírse sin comprometer nada.

—Me gusta este —me susurró Alexandra, señalando con la barbilla al más alto, que intentaba seguirle el ritmo con una concentración casi deportiva—. Tiene cara de no entender la mitad de lo que digo y eso puede mejorar mucho cualquier relación.

—Lo tuyo con los hombres es preocupante.

—Lo mío con los hombres que no pueden discutirme es pura evolución personal.

Me reí de verdad, y esa risa me sorprendió.

Hacía días que todo en mí parecía salir con esfuerzo, pero allí, entre música, arena y la exagerada capacidad de Alexandra para convertir cualquier noche en un espectáculo, sentí que algo se aflojaba por dentro. No era felicidad. Todavía no. Era apenas un descanso, un pequeño hueco en medio del dolor.

El problema llegó con otro tipo, uno que se acercó cuando Alexandra estaba hablando con el francés junto a la barra.

Era alto, inglés, con una sonrisa demasiado confiada y una insistencia que empezó siendo molesta antes de volverse desagradable.

Bailó cerca de mí sin que yo lo invitara, me dijo algo poco ocurrente sobre mis ojos y, cuando intenté apartarme con educación, me rodeó la cintura con una mano.

—No, gracias —le dije, retirándome un paso y apartando sus dedos con firmeza—. Estoy bailando sola.

Él sonrió, como si aquello fuera parte de un juego que yo no había aceptado jugar.

—Solo una canción.

—He dicho que no.

Intenté volver hacia la barra, pero se movió conmigo y volvió a tocarme, esta vez más abajo, con una confianza que me revolvió el estómago.

La música seguía alta, la gente bailaba alrededor y, durante un segundo, tuve esa sensación horrible de estar rodeada de personas y, aun así, completamente aislada.

—Apártate —le repetí, esta vez con la voz más dura—. No voy a decírtelo otra vez.

Alexandra no se había dado cuenta de nada, por suerte para él. De haberlo hecho, mi prima podría haberle sacado los ojos.

El hombre soltó una risa y se inclinó hacia mí.

—Relájate, preciosa. Solo nos estamos divirtiendo.

No llegó a tocarme de nuevo.

Una mano lo agarró por el hombro y lo apartó con tanta fuerza que el tipo perdió el equilibrio unos segundos.

Lucas estaba allí.

No sé de dónde salió. No sé cuánto tiempo llevaba en el local ni si me había visto desde el principio. Solo sé que apareció entre la gente con el rostro cerrado, los ojos clavados en aquel hombre y una calma tan peligrosa que, por primera vez en toda la noche, la música pareció quedar en segundo plano.

—Ella te ha dicho que te apartes —le aclaró, con una voz baja que no necesitaba volumen para imponerse—. Y vas a hacerlo ahora.

El otro intentó recomponerse, ofendido más por el golpe a su orgullo que por el empujón.

—No es asunto tuyo.

Lucas dio un paso más hacia él.

—Acabas de convertirlo en asunto mío.

El hombre murmuró algo que no entendí y trató de avanzar de nuevo hacia mí, quizá para demostrar que no se dejaba intimidar.

Lucas lo empujó otra vez, esta vez con más firmeza, obligándolo a retroceder hasta casi chocar con otro grupo.

Dos empleados del local se acercaron enseguida, y uno de ellos reconoció a Lucas al instante. No hizo falta mucho más. El tipo protestó, gesticuló y terminó siendo conducido hacia la salida entre quejas absurdas.

Yo seguía en el mismo sitio, con las manos frías y el corazón acelerado.

Lucas se giró hacia mí en cuanto el tipo desapareció. La dureza de su rostro cambió al verme, sustituida por una preocupación directa que me resultó casi más difícil de sostener que la escena anterior.

—¿Estás bien? —preguntó, acercándose sin tocarme todavía—. Caroline, dime si te ha hecho daño.

Negué despacio, aunque la voz tardó un poco en salir.

—No. Solo… me ha asustado.

Lucas asintió, mirando un segundo hacia la puerta por donde habían sacado al hombre antes de volver a centrarse en mí.

—Lo siento. Lo vi desde la barra y tardé un momento en llegar. No tendría que haber puesto una mano encima de ti.

Aquella frase, tan sencilla, tan clara, hizo que algo dentro de mí se recompusiera un poco.

No justificaba, no minimizaba, no convertía el episodio en una broma. Solo nombraba lo ocurrido con una contundencia que necesitaba escuchar.

Alexandra apareció entonces, completamente alterada, abriéndose paso entre la gente.

—¿Qué ha pasado? He visto al tiparraco ese salir escoltado y a Lucas con cara de querer enterrarlo bajo una palmera. ¿Estás bien?

Intenté sonreír para tranquilizarla.

—Estoy bien. Ha sido un idiota.

—Los idiotas no ponen las manos donde no deben; los que lo hacen son peores que eso —respondió ella, rodeándome los hombros con un brazo antes de mirar a Lucas—. Gracias.

Lucas negó con suavidad.

—No tienes que dármelas.

Alexandra lo observó durante un segundo, quizá entendiendo que había mucho más en aquella escena de lo que podía resolverse con un agradecimiento rápido. Después me acarició el brazo y señaló hacia la barra.

—Ven. Te vas a sentar, vas a beber agua y yo voy a insultar mentalmente a ese tipo en tres idiomas, dos de los cuales no domino.

Lucas caminó con nosotras hasta una mesa algo apartada, junto al borde de la playa.

No intentó ocupar demasiado espacio ni convertir su intervención en una heroicidad.

Se limitó a pedir agua, esperar a que me sentara y mantenerse cerca con una prudencia que me conmovió. A través de las luces del local, su camisa blanca parecía casi dorada, y por primera vez en días me pregunté cuánto habría estado evitando acercarse a mí.

—No sabía que estabas aquí —le dije al cabo de unos minutos, cuando Alexandra se alejó hacia la barra para pedir algo sin alcohol.

Él miró hacia la pista antes de responder.

—No pensaba acercarme.

—¿Por Andrew? Ya no está aquí.

Él no fingió no entender.

—Creía que seguía en la isla. Y pensé que lo último que necesitabas era que yo apareciera creando más confusión.

Tragué saliva. La noche, que había empezado como una huida, acababa de traerme justo aquello de lo que llevaba días intentando no hablar.

—Pues te repito que no está.

Lucas volvió la vista hacia mí. No preguntó de inmediato. Solo esperó, y esa espera tuvo más delicadeza que muchas palabras.

—Terminamos —añadí, intentando que mi voz no temblara—. No fue bonito.

Su expresión se ensombreció.

—Lo siento.

—Yo también.

Alexandra regresó de la barra con una mirada que iba de uno a otro con demasiada inteligencia.

—Bueno —dijo, dejando uno frente a mí—. Primera parte de la noche: bailar. Segunda parte: casi homicidio de un turista sobón. Tercera parte: conversación delicada frente al mar. Estamos teniendo una estructura narrativa impecable.

Lucas soltó una risa breve y yo también, aunque todavía seguía algo sacudida.

La música continuaba sonando al fondo, la gente había vuelto a bailar y el local recuperaba poco a poco su ritmo. Pero para mí la noche ya había cambiado de centro.

Ya no se trataba de olvidar a Andrew ni de demostrar que podía reírme después de todo. Se trataba de aceptar que Lucas estaba allí, otra vez, justo en el momento en que algo dentro de mí volvía a tambalearse.

Y que, por mucho que intentara evitarlo, su presencia seguía teniendo la extraña capacidad de hacerme sentir a salvo.

Después del susto, intenté convencer a Alexandra de que nos marcháramos.

Lo intenté de verdad.

Pero mi prima tenía un talento especial para transformar cualquier tragedia en una celebración improvisada, y cinco minutos después ya estaba bailando otra vez con medio local, asegurándome que el mejor modo de derrotar a un impresentable era no permitirle estropear una noche.

Lucas permaneció cerca sin resultar invasivo. Hablaba poco, observaba mucho y, cada vez que nuestras miradas coincidían, encontraba alguna forma discreta de comprobar que realmente estaba bien. Aquella atención silenciosa me conmovía.

Quizá por eso me quedé. Pedí una copa.

Y después otra.

Y una tercera que ni siquiera recordaba haber pedido.

No era habitual en mí beber tanto.

De hecho, apenas lo hacía. Pero aquella noche sentía que llevaba demasiados días sosteniendo un peso enorme sobre los hombros.

Había enterrado a mi padre, descubierto que el hombre con el que pensaba compartir la vida escondía una realidad completamente distinta y tratado de mantenerme entera para que nadie tuviera que preocuparse por mí.

Por unas horas dejé de intentarlo.

Alexandra apareció delante de nuestra mesa con una corona de flores en la cabeza que alguien debía de haberle regalado.

—¡Os necesito inmediatamente! —anunció con un entusiasmo desbordante—. Hay una conga gigantesca por la playa y, por razones que todavía desconozco, me han elegido líder espiritual del acontecimiento.

Lucas arqueó una ceja.

—¿Líder espiritual?

—No cuestiones los designios del universo.

Se volvió hacia mí.

—¿Vienes?

Negué riéndome.

—Creo que prefiero descansar un poco.

—Pues no os mováis de aquí. Vuelvo enseguida.

La vimos desaparecer entre la multitud, agitando los brazos mientras una fila interminable de turistas la seguía por la arena entre carcajadas. A los pocos segundos ya estaba dando instrucciones en varios idiomas distintos con una autoridad completamente inventada.

Lucas la contempló divertido.

—Tu prima tiene un don.

—¿A cuál de sus dones te refieres?

—Al de convencer a desconocidos para que hagan exactamente lo que ella quiere.

—Eso lo lleva haciendo desde siempre.

Los dos sonreímos.

Pedí otra copa.

Lucas la observó llegar y, antes de que pudiera acercármela a los labios, apoyó la mano sobre el vaso.

—Creo que ya has bebido suficiente.

Lo miré con una sonrisa ladeada.

—¿Ahora resulta que eres médico también?

Él soltó una risa.

—No. Pero sé contar.

—Qué cumplido eres.

—No es eso. Solo que no me gustaría verte mal.

Bebí igualmente un buen trago.

El alcohol empezaba a hacer efecto de verdad.

No perdía la conciencia de lo que ocurría, pero todo parecía mucho más ligero.

La música sonaba más lejana, las luces se mezclaban unas con otras y la tristeza, por fin, dejaba de apretar con tanta fuerza.

Me levanté de la silla.

—Vamos a caminar.

Lucas también se puso en pie.

No discutió.

Simplemente caminó a mi lado mientras nos alejábamos del bullicio. A medida que dejábamos atrás el local, la playa recuperaba la tranquilidad. Solo llegaba el rumor apagado de la música y el sonido constante del océano rompiendo sobre la orilla.

Caminé descalza por la arena húmeda.

El agua me acariciaba los pies y la brisa movía mi vestido.

—¿Sabes una cosa? —le pregunté sin dejar de mirar el horizonte.

—Dime.

—Odio que me hayan convertido en una mujer desconfiada.

Lucas no respondió enseguida.

Esperó unos segundos antes de decir, con mucha suavidad:

—No dejes que una sola persona decida quién vas a ser el resto de tu vida.

Aquellas palabras me hicieron detenerme.

Me giré hacia él.

La luna iluminaba su rostro con una claridad suficiente para distinguir la preocupación en sus ojos.

Di un paso. Después, otro. Hasta quedarme muy cerca.

—Siempre apareces cuando más falta me haces.

Lucas sonrió apenas.

—Eso es porque tienes una habilidad extraordinaria para meterte en líos.

Reí. Sin pensar demasiado, levanté una mano y acaricié su mejilla. Él no se movió.

Sentía el calor de su piel bajo mis dedos.

—Te he echado de menos.

La confesión salió sola.

Lucas cerró los ojos un instante.

—Yo también.

El alcohol me hizo actuar antes de pensar. Me puse de puntillas buscando sus labios.

Él reaccionó enseguida. No con brusquedad. Simplemente dio medio paso hacia atrás. Lo suficiente para que el beso no llegara a producirse.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

Lucas respiró despacio.

—Pasa que has bebido demasiado.

Lo miré ofendida.

—No estoy borracha.

Él sonrió con infinita paciencia.

—Caroline… acabas de intentar convencer a una palmera de que se apartara porque te estaba mirando mal.

Abrí mucho los ojos.

—¿He hecho eso?

—Sí.

Guardé silencio unos segundos.

—Pues era una palmera muy maleducada.

Lucas terminó riéndose. Su risa consiguió contagiarme. Pero, aun así, volví a acercarme.

—No me has besado.

Él negó con suavidad.

—No.

—¿Por qué?

Lo miré con una seriedad que contrastaba con mi evidente falta de equilibrio.

—¿También te gustan los hombres?

Lucas abrió los ojos de golpe.

—¿Qué?

—Es una pregunta legítima.

Parpadeó varias veces, completamente desconcertado.

—No entiendo nada.

Suspiré.

—Andrew…

Noté cómo el nombre seguía doliéndome.

—Andrew estaba liado con uno.

Lucas permaneció inmóvil.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo?

Le resumí, entre frases desordenadas y alguna lágrima que terminó escapándose sin permiso, todo lo ocurrido en el hospital, la conversación telefónica, la llamada con John y el final de nuestra relación.

Lucas me escuchó sin interrumpirme una sola vez.

Cuando terminé, negó lentamente con la cabeza.

—No imaginaba que hubieseis terminado así.

—Ni yo que fuera a ocurrir. Ese era el que no podía vivir sin mí, ¿sabes?

Se pasó una mano por la nuca, todavía intentando asimilarlo.

—No, Caroline. A mí no me gustan los hombres.

Sonrió con una mezcla de ternura y resignación.

—Me gustas tú.

Aquellas tres palabras hicieron que volviera a acercarme.

Esta vez fue él quien levantó una mano muy despacio y apartó con delicadeza un mechón de pelo de mi cara.

—Precisamente por eso no voy a besarte.

Lo miré sin comprender.

—¿Por qué?

—Porque mañana puedes despertarte arrepentida.

Negué inmediatamente.

—No me arrepentiría. Sé que lo hago. No tengo cinco años.

Él sostuvo mi mirada con una firmeza serena.

—Ahora mismo no lo sabes.

Tragué saliva.

—Lucas…

—Has bebido más de la cuenta. Estás triste. Acabas de romper con el hombre con el que pensabas compartir tu vida.

Acarició muy suavemente mi brazo.

—Y yo llevo demasiados años queriéndote como para aprovechar un momento así.

Sentí que las lágrimas volvían a aparecer. No por tristeza. Por la inmensa sensación de respeto que había en aquellas palabras.

Lucas sonrió con dulzura.

—Cuando me beses algún día…

Hizo una breve pausa.

—Quiero que sea porque al levantarte a la mañana siguiente sigas pensando exactamente lo mismo.

No encontré nada que responder.

Él extendió una mano hacia mí.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A casa.

Miré un momento hacia el local, donde la conga seguía avanzando por la playa con Alexandra al frente, bailando con una felicidad absolutamente incompatible con cualquier preocupación del mundo.

No pude evitar reír.

—Ni siquiera se ha dado cuenta de que nos hemos ido.

Lucas siguió la dirección de mi mirada.

—Creo que ahora mismo está demasiado ocupada organizando un tren turístico humano.

—Es capaz de llegar hasta el aeropuerto.

—Y de convencer al piloto para que se una.

Acepté su mano.

Él no volvió a soltarla durante todo el camino. No había pasión desbordada. No había besos.

Solo una cercanía tranquila y la certeza de que, aquella noche, el hombre que más me había respetado era, precisamente, quien más razones tenía para aprovecharse de mi vulnerabilidad. Y eligió hacer justo lo contrario.

Capítulo 28

Preparé el *baby shower* de Samantha con una mezcla de ilusión y vértigo que me sorprendió.

Poco tiempo atrás, la sola idea de organizarle algo bonito a la mujer que había ocupado el lugar más áspero de mi adolescencia habría parecido un chiste cruel.

Sin embargo, allí estaba yo, revisando flores, invitaciones, manteles y pequeños detalles para celebrar a la niña que iba a llegar a aquella casa cargada de historias torcidas, pérdidas recientes y reconciliaciones que nadie habría apostado por ver.

La idea nació una mañana, mientras Samantha desayunaba en la terraza con gesto maternal y una expresión que no le había visto nunca.

La niña se movía cada vez más, y ella, que podía discutir con un abogado sin alterar el tono y mirar por encima del hombro a medio consejo directivo, se quedaba completamente desarmada cada vez que notaba una patada.

La vi sonreír a solas, casi con timidez, y pensé que aquella bebé merecía algo distinto a llegar envuelta en malos rollos.

Se lo conté a Alexandra esa misma tarde, y mi prima reaccionó como si acabara de confiarle una operación diplomática de alto riesgo.

—Por fin una misión a la altura de mi talento —afirmó, sentándose en mi cama con una libreta que no pensaba usar y un bolígrafo que agitaba como una varita—. Eso sí, Caroline, si vamos a hacerlo, lo hacemos bien. Nada de cuatro globos tristes, una tarta seca y tiparracas diciendo «qué barriguita tan mona» durante dos horas. Samantha puede ser muchas cosas, pero aburrida no es, así que su *baby shower* debe estar a la altura.

—Samantha no conoce los detalles de la fiesta —le advertí, aunque ya estaba sonriendo—. Y me gustaría que siguiera así hasta el último momento.

—Perfecto. El secretismo es una de mis especialidades, siempre que no me den una copa de más ni me pregunten directamente.

Durante los días siguientes, convertimos la organización en una conspiración bastante elegante.

Llamé a varias amigas de Samantha, algunas residentes en Bora Bora y otras en Tahití, y me sorprendió la forma en que reaccionaron al recibir mi invitación.

Hubo pausas de asombro, risas emocionadas y alguna pregunta prudente sobre si Samantha sabía que yo estaba detrás de aquello. Al parecer, no era la única consciente de que nuestra relación había cambiado tanto que costaba reconocerla desde fuera.

Una de ellas, Bethan, una galesa que conocía a Samantha desde sus primeros años en la isla, se emocionó al teléfono de una manera que me hizo quedarme pensativa mucho después de colgar.

—Samantha no siempre lo pone fácil —me dijo con una franqueza dulce—, pero cuando quiere a alguien, lo hace con una fuerza enorme. Me alegra que esa niña vaya a traerle algo de luz. Y me alegra todavía más que seas tú quien esté organizando esto.

No supe qué contestar. Quizás porque, en el fondo, yo también empezaba a alegrarme.

Elegí el jardín lateral de la casa, una zona elevada desde la que se veía el mar entre las palmeras y donde la brisa movía siempre las flores con una delicadeza preciosa.

No quería una fiesta de revista ni un acto del resort, sino algo íntimo y cuidado, con detalles que parecieran pensados para la futura mami y para la niña.

Colocamos mesas cubiertas con lino claro, centros de flores tropicales en tonos crema, rosa empolvado y verde suave, velas dentro de pequeñas conchas nacaradas y tarjetas escritas a mano para que cada invitada dejara un deseo a la bebé.

Alexandra, por supuesto, intentó colar una piñata con la cara de Andrew.

—No —dije sin levantar la vista de las tarjetas.

—Ni siquiera has mirado el diseño.

—No necesito mirarlo.

—Caroline, sería terapéutico. Imagina a Samantha, embarazada, golpeando simbólicamente el rostro de tu ex con una elegancia feroz. Eso vende entradas.

—Esto es un *baby shower*, no un combate televisado.

—Qué pena. Esta familia necesita diversificar sus actividades.

La revelación del sexo fue lo que más tiempo me llevó preparar.

Samantha, Alexandra y yo ya sabíamos que era una niña, pero sus amigas no.

Ella me había dado permiso para anunciarlo de alguna forma bonita, aunque insistió en que no quería explosiones de confeti, gritos exagerados ni «nada que parezca diseñado por personas que no saben controlar sus emociones». Lo dijo tan seria que Alexandra aseguró que ese era el lema perfecto para bordarlo en servilletas.

Al final encargué a un artesano local una gran concha de nácar, pulida a mano, colocada sobre una mesa baja cubierta de pétalos de *frangipani.*

Dentro escondimos un bodi diminuto, blanco, bordado con hilo dorado. La frase era sencilla, pero cada vez que la leía sentía un nudo suave en la garganta: Nos vemos muy pronto, mamá. Alrededor, Alexandra colocó pequeñas mariposas de papel en tonos rosa muy pálido que se desplegarían al abrir la concha mediante un mecanismo discreto que probó tantas veces que llegué a temer que la niña aprendiera antes a desmontarlo que a gatear.

El día de la fiesta, le indicamos a Samantha que bajara al jardín para tomar un té con Bethan y «quizás alguna amiga más» en lo que se suponía que sería un encuentro íntimo.

Se arregló con un vestido blanco de tejido fluido, sencillo y elegante, que marcaba apenas su vientre y suavizaba sus gestos.

Al verla aparecer por el sendero de piedra, con el cabello recogido y una sonrisa intrigada, sentí una emoción extraña.

No era la Samantha de mi infancia. Tampoco era una mujer nueva por completo. Era alguien a medio camino entre lo que había sido y lo que estaba intentando aprender a ser.

Cuando llegó al jardín y vio la pérgola cubierta de flores, las mesas preparadas, las luces suaves, los regalos envueltos y a sus amigas esperándola con sonrisas emocionadas, se detuvo en seco.

No dijo nada durante varios segundos.

Y eso, en Samantha, era casi un milagro administrativo.

—¿Qué es esto? —preguntó al fin, con una voz mucho más frágil de lo habitual.

Me acerqué a ella, intentando no emocionarme antes de tiempo.

—Una bienvenida para tu hija. Y también para ti.

Samantha miró alrededor otra vez, y vi el instante exacto en que dejó de esforzarse por mantener la compostura.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no lloró enseguida. Primero sonrió. Una sonrisa pequeña, incrédula, casi tímida, que me hizo pensar que tal vez nadie le había preparado algo así en toda su vida.

—Caroline…

—No empieces a fingir que no te importa —le dije, tomándole la mano—. Hemos trabajado mucho; Alexandra ha renunciado a una piñata vengativa y yo he escrito tarjetas con mi mejor letra. Lo mínimo es que te emociones con dignidad.

Alexandra levantó la mano desde el otro lado del jardín.

—Que conste que mi renuncia a la piñata debería figurar en algún documento oficial.

Las amigas de Samantha la rodearon enseguida.

Hubo abrazos largos, risas, manos prudentes acercándose a su vientre y comentarios sobre lo guapa que estaba.

Bethan fue la primera en romper a llorar, lo que hizo que Samantha terminara riéndose entre lágrimas porque, según dijo, era una vergüenza que alguien llorara antes que la embarazada homenajeada.

La tarde fue avanzando con una alegría serena.

No hubo juegos estridentes ni pruebas absurdas, aunque Alexandra logró organizar una ronda en la que cada invitada debía escribir un consejo para la niña y otro para Samantha.

Algunos fueron tiernos, otros prácticos y uno, firmado por mi prima, decía: «No discutas con tu madre antes del desayuno. Tiene mucha práctica y tú todavía no sabes hablar.» Samantha lo leyó en voz alta y acabó riéndose tanto que tuvo que sentarse.

Yo observaba aquella escena desde un lado, con una copa de limonada en la mano, intentando grabarla en la memoria.

Las amigas de Samantha contaban anécdotas que yo desconocía: una vez en que defendió con brío a una empleada ante un huésped abusón fue la que más llamó mi atención.

Ya sabía por ella misma que sus primeros años de vida no fueron fáciles y, por lo visto, le jodía que alguien abusara de su supuesta superioridad por el simple hecho de ser cliente. Vaya, que conmigo nunca fue así, pero que de vez en cuando demostraba que tenía su corazoncito.

Escuchar esas historias no borraba el pasado, pero lo llenaba de matices. Samantha no había sido solo la mujer que me hizo daño. También era alguien a quien otras personas habían querido, alguien capaz de gestos buenos que yo nunca tuve ocasión de ver.

Bethan se acercó a mí cuando todas estaban probando unos dulces de coco.

—La has hecho muy feliz —me dijo, mirando hacia Samantha con cariño—. No sé si te lo dirá como debe, porque para eso todavía necesitaría unos diez años de terapia, pero créeme, lo has hecho.

Sonreí sin apartar la vista de ella.

—Creo que yo también lo necesitaba.

Al final de la tarde, cuando el cielo empezó a teñirse de oro y rosa, hice una señal a Alexandra. Ella se colocó junto a la mesa de la concha con una solemnidad exagerada que provocó varias risas antes de que pudiera hablar.

—Señoras, futuras tías emocionales, amigas galesas, polinesias y demás comunidad internacional del drama Reed-Davies —anunció, llevándose una mano al pecho.

»Ha llegado el momento de revelar si esta criatura viene a reforzar el equipo de las mujeres inteligentes o si tendremos que fingir entusiasmo por otro resultado.

Samantha la miró con fingida severidad.

—Alexandra, por favor.

—Estoy siendo profundamente institucional.

Me acerqué a Samantha y le ofrecí la mano.

Ella la tomó sin dudar, y ese gesto, tan sencillo, me emocionó más que toda la decoración del jardín. Caminamos juntas hasta la mesa mientras sus amigas formaban un semicírculo alrededor. La gran concha brillaba bajo las luces suaves de las guirnaldas, rodeada de flores y pétalos.

—No sé si estoy preparada para más emociones —murmuró ella, intentando conservar cierta dignidad.

—Demasiado tarde —le susurré—. Ya has sobrevivido a Alexandra ejerciendo de presentadora.

—Eso último debería considerarse prueba médica.

Le indiqué que abriera la concha. Lo hizo despacio, con una cautela casi reverente. Al levantar la tapa, las pequeñas mariposas de papel se desplegaron suavemente y el bodi apareció entre los pétalos, blanco y diminuto, con las letras doradas brillando bajo la luz.

Samantha no habló.

Se llevó una mano a la boca y después tomó el bodi con un cuidado que me partió algo por dentro.

—Es una niña —dije, aunque ella ya lo sabía, aunque lo importante era que el resto del mundo lo escuchara también—. Una niña que ya tiene media isla esperando conocerla.

Las amigas rompieron en aplausos y exclamaciones emocionadas. Bethan volvió a llorar, por supuesto, y Alexandra fingió abanicarse con una tarjeta.

—Otra mujer en esta familia. Los hombres van a necesitar permiso por escrito hasta para respirar.

Samantha rio entre lágrimas, apretando el bodi contra el pecho. Entonces la niña se movió. Lo supe porque su expresión cambió al instante y buscó mi mano con urgencia.

—Caroline, ven. Ahora.

Apoyé la palma donde me indicó. La patada llegó clara, viva, casi impaciente, y me dejó sin aire durante un segundo. Miré a Samantha y vi en sus ojos exactamente lo mismo que yo sentía: asombro, miedo, ternura y una gratitud que no necesitaba demasiadas palabras.

—Tiene carácter —susurré.

Samantha sonrió llorando.

—Muchísimo. Y me temo que no podremos culpar solo a mi parte.

—No —admití—. En eso los Reed también colaboramos bastante.

Alexandra se inclinó hacia la barriga con solemnidad.

—Pequeña, escucha bien. Llegas a una familia complicada, pero con estilo, un casoplón, mejores vistas y una capacidad admirable para montar fiestas cuando todo se hunde. Eso ya es un comienzo prometedor.

Aquella frase provocó otra ronda de risas.

La tarde siguió con regalos, fotos, dulces, historias y más tarjetas para la bebé. Sin embargo, para mí el momento más importante llegó casi al final, cuando las invitadas empezaban a marcharse y el jardín quedaba iluminado por las guirnaldas. Samantha se acercó a mí con el bodi todavía entre las manos y una expresión que ya no intentaba disimular nada.

—No sé cómo darte las gracias.

—No tienes que hacerlo.

—Sí tengo —respondió, con una firmeza dulce—. Si no fuera por ti, estaría sola. Rodeada de servicio, de dinero, de gente correcta, pero sola. Hoy me has hecho sentir que no tiene por qué ser así.

No pude responder enseguida.

Samantha bajó la vista hacia el bodi y acarició las letras bordadas.

—Le has regalado un recuerdo antes incluso de nacer. Y me lo has regalado a mí también.

Sentí los ojos húmedos.

—Quería que supiera que la esperamos con alegría.

Samantha me miró entonces con una emoción tan abierta que me resultó imposible no acercarme.

Nos abrazamos despacio, sin grandes gestos, sin promesas imposibles, sin fingir que el pasado se había evaporado. Pero aquel abrazo tuvo algo que ninguno de los anteriores había tenido: futuro.

Cuando nos separamos, Alexandra apareció a nuestro lado con dos porciones de tarta y una sonrisa sospechosa.

—No quiero interrumpir este momento profundamente conmovedor, pero he salvado los últimos trozos antes de que Bethan arrasara con todo. En esta familia podremos perdonar muchas cosas, pero perder tarta por exceso de emoción me parece una negligencia.

Samantha y yo nos echamos a reír.

Y mientras el jardín brillaba bajo las luces, las flores se movían con la brisa y el mar sonaba más allá de las palmeras, pensé que aquella casa había despedido demasiadas cosas desde mi regreso a Bora Bora.

Pero aquella tarde, por fin, había empezado a celebrar una.

Capítulo 29

La tarde fue apagándose despacio.

Las últimas invitadas comenzaron a despedirse entre abrazos, promesas de volver a verse antes del nacimiento de la niña y fotografías improvisadas bajo la pérgola de flores.

El jardín conservaba ese desorden bonito que dejan las celebraciones felices: cintas moviéndose con la brisa, copas medio vacías, pétalos sobre los manteles y alguna carcajada que todavía llegaba desde el camino de salida.

Samantha permanecía sentada junto a la mesa principal, con una mano acariciando distraídamente el bodi diminuto que había formado parte de la sorpresa.

Bethan acababa de marcharse y Alexandra discutía con dos camareros porque insistía en llevarse una bandeja de *macarons* «para evitar desperdicios y porque la solidaridad empieza por una misma».

Me acerqué a Samantha con una copa de limonada.

—¿Cansada?

Ella apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y dejó escapar una sonrisa serena.

—Mucho.

Guardó unos segundos de silencio antes de volver a mirarme.

—Pero creo que ha sido uno de los días más felices de mi vida.

Aquella confesión me emocionó más que cualquier lágrima de la tarde.

—Me alegro muchísimo.

Samantha negó despacio.

—No, Caroline. No sabes cuánto.

Bajó la vista hacia su vientre.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, pensé que esta niña iba a llegar rodeada de abogados, de problemas y de personas incapaces de soportarse. Hoy, en cambio, la he sentido rodeada de cariño.

Le sonreí.

—Porque lo está.

En ese momento, Alexandra apareció cargando una caja llena de dulces con expresión de absoluta inocencia.

—Antes de que preguntéis, me han obligado.

Las dos la miramos.

—¿Quién? —preguntó Samantha divertida.

—Mi conciencia.

—¿Y desde cuándo tienes?

—Solo aparece cuando hay pasteles de por medio.

Mientras los empleados recogían las últimas mesas, ayudé a Samantha a levantarse. Estaba cansada, pero tenía esa luz especial que solo dejan los días inolvidables. La acompañé hasta el porche y le di un beso en la mejilla.

—Ve a descansar.

—Tú también deberías.

—Dentro de un rato.

Samantha me observó unos segundos.

—No.

Sonrió con ese aire pícaro que cada vez aparecía con más frecuencia.

—Tú no.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Cómo que yo no?

Antes de que pudiera insistir, mi prima apareció detrás de nosotras con sonrisa amenazante.

—Porque tú tienes otro plan.

La miré sin comprender.

—¿Qué plan?

Mi prima sonrió de esa manera que siempre significaba problemas.

—El que te he organizado yo.

—Alexandra…

—No pongas esa cara. ¿Alguna vez te he metido en un lío?

—Más bien deberías preguntarte si alguna vez has dejado de meterme.

Se acercó hasta quedar a mi lado.

—Te lo has ganado. Ahora te largas, que yo me quedo con Samantha.

—Ya he salido bastante últimamente.

—No.

Negó con convicción.

—Has sobrevivido. Que no es lo mismo.

Samantha empezó a sonreír antes incluso de que yo entendiera por dónde iban los tiros.

—¿Qué has hecho?

Alexandra se hizo la ofendida.

—Qué poca confianza. De verdad que a veces siento que no me tienes ninguna paciencia.

—Alexandra…

—Vale, vale. No te van las sorpresas, pues ahí va una realidad.

Levantó ambas manos.

—He avisado a Lucas.

Negué con la cabeza.

—¿Y desde cuándo necesito que me organices la vida?

—La vida no, solo las citas.

Sonrió con absoluta tranquilidad.

—Le escribí esta mañana.

Parpadeé varias veces.

—¿Y cómo se te ha ocurrido?

—Como se me ocurren todas las ideas brillantes, por las buenas. ¿O te has olvidado de que tengo un don?

—Estás loca…

—De remate, ¿y? Ni que te enterases ahora…

Samantha ya se estaba riendo.

—Alexandra…

—No pongáis esas caras las dos.

Se cruzó de brazos.

—Os recuerdo que hace unos días casi os da un infarto colectivo por culpa de Andrew. Desde entonces no habéis hecho otra cosa que trabajar y fingir que todo está estupendamente.

Me señaló con un dedo.

—Y tú necesitas respirar.

—Podías haberme preguntado.

—Si te hubiera preguntado, habrías dicho que no.

Suspiré.

—Probablemente.

—¿Ves?

Sonrió satisfecha.

—Por eso no lo hice.

Samantha negó lentamente con la cabeza.

—Empiezo a entender por qué nadie consigue discutir contigo.

—Porque suelo tener razón.

—Porque no dejas margen para otra cosa.

En ese instante se oyó el sonido de un coche acercándose por el camino principal.

No hizo falta mirar demasiado.

Reconocí el coche de Lucas incluso antes de que se detuviera frente a la casa.

Sentí un vuelco extraño en el estómago.

Hacía varios días que no lo veía.

Bajó del coche con unos pantalones claros de lino y una camisa verde menta remangada hasta los antebrazos.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada.

Alexandra carraspeó exageradamente.

—Bueno, pues yo creo que aquí mi trabajo ha terminado.

Samantha la miró divertida.

—Tu trabajo de manipuladora.

—No me gusta el verbo manipular.

—¿Cuál prefieres?

—Coordinar emocionalmente.

Lucas terminó soltando una carcajada.

—No sé si debería darte las gracias o empezar a preocuparme.

—Las dos cosas.

Mi prima le dio unas palmadas en el hombro.

—Llévatela.

Fruncí el ceño.

—¿Perdón?

—Sí.

Alexandra señaló el coche.

—Sácala de aquí un rato. Que vea otra cosa que no sean los jardines de los Reed y las caras de siempre.

Samantha me tomó suavemente de la mano.

—Ve.

La miré.

—¿Seguro? ¿Vas a estar bien?

—Segurísima.

Sonrió con dulzura.

—Sobreviviré a tu prima.

—Menos bromitas —se hizo Alexandra la ofendida—. Os recuerdo que, si no fuera por mí, nada de esto sería igual.

Lucas abrió la puerta del coche.

—Solo si te apetece.

Lo miré unos segundos.

Después asentí.

—Me apetece.

Nos despedimos de ellas y subí al asiento del copiloto. Cuando el coche comenzó a alejarse de la casa, giré la cabeza y vi a Samantha y a Alexandra despidiéndose desde el porche.

—Creo que tu prima es incapaz de dejar que las cosas sucedan solas.

Lucas sonrió mientras conducía.

—No.

—Siempre interviene.

—Pero suele hacerlo con buena y loca intención, con ambas a la vez.

Reí por lo bajo.

—Eso también es verdad.

Durante unos minutos condujo sin demasiada prisa. El sol acababa de esconderse y el cielo conservaba una mezcla de tonos malvas y anaranjados que se reflejaban sobre el mar. Bajé la ventanilla y dejé que el aire cálido me despeinara.

—¿Adónde vamos?

Lucas me miró un instante.

—A enseñarte mi casa. Creo que es hora de que conozcas dónde vivo.

—¿No me digas? ¿El hombre que me hizo la cobra del siglo ahora quiere desagraviarme?

—No te hice la cobra del siglo, no seas dramática —se quejó.

—¿Y qué sería de la vida sin un poco de drama? ¿Me lo quieres decir?

Lo observé sorprendida.

—¿Tu casa? ¿En serio?

—Sí.

Sonrió con cierta timidez.

—Me gustaría que conocieras más cosas de mí.

Guardó un instante de silencio.

—Creo que ya es hora de que conozcas quién soy ahora.

—Ahora eres un golfo, eso ya lo sé.

—No seas mala, por favor… No soy ningún golfo.

—No, qué va. Tú no eres golfo y yo soy monjita de la caridad… Ambas son verdades.

Se resignó, encogiéndose de hombros.

Al poco, abandonamos la carretera principal y entramos en un complejo hotelero completamente distinto al de los Reed.

El resort de la competencia había sido reformado. Lucía moderno y aún más integrado en la naturaleza. Los edificios apenas sobresalían entre la vegetación y pequeños senderos de madera unían los distintos bungalós.

Lucas aparcó junto a uno de ellos.

—Bienvenida.

Bajé despacio.

—¿Vives aquí? —le pregunté en relación a una casa que era de cuento.

—Sí.

Subimos unos escalones de madera hasta una terraza amplia que daba directamente al océano. No era una vivienda ostentosa. Todo respiraba sencillez, buen gusto y una paz difícil de explicar. Había una mesa preparada para dos personas, varias velas encendidas y un pequeño equipo de música del que salía una melodía suave mezclándose con el rumor de las olas.

Lo miré completamente sorprendida.

—Lucas…

Él sonrió con cierta vergüenza.

—No sabía si después de la fiesta te apetecería cenar conmigo. A pesar de que estés algo enfadada por lo de la otra noche.

Se pasó una mano por la nuca.

—Así que, por si acaso, lo preparé antes.

Sentí un calor extraño recorriéndome el pecho.

—¿Lo has preparado tú?

Asintió.

—No soy un gran cocinero.

Señaló la mesa.

—Pero prometo que, si la cena sale mal, las vistas compensan bastante.

No pude evitar reírme.

Y hacía mucho tiempo que una risa me salía con tanta facilidad.

Me acerqué hasta la barandilla.

Delante de nosotros, el océano parecía una inmensa sábana oscura salpicada por el reflejo de la luna. No se oía absolutamente nada salvo el agua acariciando los pilotes de los bungalós.

—Es precioso.

Lucas se colocó a mi lado.

—Sí.

Guardó unos segundos de silencio antes de añadir con una sonrisa tranquila:

—Pero me apetecía mucho más enseñártelo que seguir contemplándolo yo solo cada noche.

Entré detrás de Lucas todavía con la sensación de que aquel final de tarde había tomado un rumbo completamente distinto al que imaginé unas horas antes.

Esperaba encontrar una casa elegante. Incluso lujosa. Al fin y al cabo, dirigía uno de los complejos turísticos más importantes de Bora Bora. Sin embargo, lo primero que percibí fue otra cosa muy distinta: aquella vivienda estaba llena de él.

Había fotografías con sus padres repartidas por varias estanterías, una tabla de paddle apoyada junto a la terraza, una guitarra descansando en un rincón del salón y una librería sorprendentemente grande para alguien que, cuando tenía diecisiete años, aseguraba que solo leía los manuales de matemáticas porque no le quedaba más remedio.

Fui recorriendo el salón con una sonrisa mientras él desaparecía unos minutos en la cocina.

—No curiosees demasiado —me advirtió desde allí con tono divertido—. Tengo cierta reputación que mantener. Y no es esa en la que estás pensando.

—Eso habría que verlo…

Me giré hacia él apoyándome en el marco de la puerta.

—Lucas, tienes una planta con nombre —le comenté al leerlo en una chapita.

Él apareció con dos copas en la mano.

—Se llama Margarita.

—¿La planta?

—Sí.

No pude evitar echarme a reír.

—Definitivamente has perdido la cabeza.

—No. Lo que pasa es que llevo demasiado tiempo viviendo solo.

Acepté la copa y seguí observándolo. Se movía por la cocina con una naturalidad absoluta. Abría cajones sin mirar, comprobaba el horno, removía una salsa y, de vez en cuando, levantaba la vista para asegurarse de que seguía allí.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si esperaras que incendiara la cocina de un momento a otro.

Sonreí.

—Reconócelo. Yo también lo esperaba.

Él abrió el horno y comenzó a sacar varias bandejas.

Me quedé completamente inmóvil.

—Un momento…

Fue colocando los platos sobre la isla de la cocina con la tranquilidad de quien lleva haciéndolo toda la vida.

Había atún sellado con una costra de sésamo, arroz aromático con coco, verduras salteadas, una ensalada de mango y aguacate y unos pequeños pinchos de langostinos que olían de maravilla.

Lo miré completamente asombrada.

—Lucas…

Él levantó una ceja.

—¿Sí?

—¿Todo esto lo has hecho tú?

—Pues claro.

Me acerqué hasta una de las fuentes.

—Pensaba que ibas a sacar una *pizza* congelada.

Lucas comenzó a reírse.

—La tengo.

—¿La tienes? Eso quieren verlo mis ojos…

Abrió el congelador.

Allí estaba.

Una pizza de cuatro quesos.

—Plan B.

Lo señalé sin dejar de reír.

—Eres idiota. Idiota del todo.

—No.

Cerró el congelador.

—Soy precavido. Contigo, nunca se sabe cómo se puede acabar…

—Lo dices como si fuese un peligro en potencia. No es justo…

—Eres peor que un peligro en potencia.

—¿No me digas? Pues bien que has venido a buscarme. Te recuerdo que yo no te he llamado.

—Es que nadie dice que no me guste el peligro.

Nos sentamos frente a frente, con esas vistas imperdibles al océano. Apenas necesitábamos luz. La luna iluminaba el agua con tanta intensidad que las velas parecían casi un adorno.

Probé el primer bocado.

Lo miré inmediatamente.

—Está buenísimo. ¿No lo habrás encargado al catering del resort y te estás quedando conmigo?

Él sonrió satisfecho.

—Contigo me quedaría, sí…

—No iba por ahí y lo sabes. ¿Dónde has aprendido a cocinar así?

Se encogió de hombros.

—No sé, supongo que se me da bien. No tiene mucho misterio.

Sentí un nudo agradable en el pecho.

—Para mí un poquillo de misterio sí que tiene. Nunca se me ha dado bien lo de desenvolverme entre fogones.

—Pero eso tiene una explicación.

Se rio.

—Ya, relacionada con que soy una pija, ¿no? Pues que sepas que ahora tú también lo eres.

—No, no, no me compares contigo. Puedo haber ascendido de nivel, pero eso no me convierte en un pijo.

—Pues para detestarlos tanto, te llevaste toda la vida conmigo —le solté.

—Hasta que decidiste marcharte. Si no lo hubieras hecho, te garantizo que estaríamos juntos.

—Ya, ¿y perderte la posibilidad de quedar con el noventa por ciento de las chicas de Bora Bora? ¿Eso te compensa?

—Más de lo que crees —me aseguró mientras chocaba su copa con la mía.

La conversación fue fluyendo con una facilidad que me encantaba y me desconcertaba al mismo tiempo.

Recordamos trastadas de la adolescencia, profesores del instituto de la isla, turistas extravagantes y hasta un matrimonio inglés que, cuando teníamos dieciséis años, nos pagó cincuenta dólares por encontrar su loro. Y el asunto es que les llevamos otro y no se dieron cuenta. Aprovechamos que era de noche y que estaban borrachos como piojos.

—Es que nos hartamos de buscar y el suyo no aparecía —recordé entre risas.

—Y al final encontramos una gallina.

—Que tampoco era suya.

Lucas soltó una carcajada tan sonora que terminé riéndome con él.

Cuando terminamos de cenar, desapareció unos minutos en la cocina.

Volvió con dos platos pequeños.

—No puede ser.

Lo miré divertida.

—¿También hay postre?

—Por supuesto. ¿Qué es una buena cena sin postre?

—Una oportunidad para engordar menos. Eso justamente es.

Colocó delante de mí una pequeña tarta de coco y maracuyá acompañada de helado de vainilla.

—No pienso preguntarte si también la has hecho tú.

—Pues la he hecho yo.

Negué lentamente.

—Empiezo a sospechar que llevas una doble vida.

Él sonrió.

—Eso creo.

Lo miré confundida.

—Porque si después de dirigir un resort no tuviera aficiones, sería bastante aburrido.

—No, si tú aficiones tienes… Todos saben cuál es tu debilidad.

—¿Vas a dejar en algún momento de acusarme de mujeriego?

—Pues en principio no tengo ninguna intención, ¿es necesario?

Terminamos el postre despacio, entre bromas constantes.

En un momento dado sonó una canción.

Una salsa suave.

Lucas levantó la cabeza.

—¿La conoces?

Asentí.

—Claro. He estado en Nueva York, no en aislamiento —le recordé.

Se puso de pie y me tendió la mano.

—Entonces no tienes excusa.

Lo miré fingiendo resignación. Acepté su mano. Salimos a la terraza.

El suelo de madera todavía conservaba el calor del día y el océano parecía respirar al ritmo de la música.

Lucas colocó una mano con delicadeza sobre mi cintura.

Yo apoyé la mía en su hombro.

Comenzamos a movernos despacio.

No necesitábamos pensar los pasos.

Era como si nuestros cuerpos recordaran algo que nuestras cabezas habían dejado olvidado durante años.

—Sigues llevando tú.

—Porque tú sigues intentando hacer trampas.

Le di un pequeño golpe en el brazo.

—Mentiroso.

—No, cualquier cosa menos eso. Odio las mentiras. Y jamás te mentiría, Caroline. Nunca tuve que hacerlo y nunca lo haría.

—Hace años no me mentías porque no tenías nada que esconder; ahora las cosas han cambiado.

—Tampoco tengo nada que esconder. Te lo aseguro.

—Eso es cierto, porque salta a la vista que aquí, hasta el último mono que llegue, sabe que eres un golfo.

—Y dale…

La música fue llenando el silencio entre nosotros. Cada vez bailábamos más cerca. Reíamos. Nos pisábamos. Volvíamos a empezar.

En un giro terminé prácticamente pegada a él. Nuestros ojos se encontraron. Ninguno de los dos apartó la mirada.

No sé quién redujo antes la distancia.

Solo sé que, de repente, nuestros labios se encontraron con una suavidad que hizo desaparecer el resto del mundo.

Fue un beso lento. Sin prisa. Sin necesidad de demostrar nada.

Cuando terminó, apoyé la frente unos segundos contra su pecho.

Él acariciaba despacio mi espalda.

—Llevaba mucho tiempo queriendo hacer eso.

Sonreí sin levantar la cabeza.

—Pues quién lo diría la otra noche.

—Sabes que nunca me aprovecharía de ti.

—¿No? Pues yo de ti, sí. Advertido quedas —bromeé.

Permanecimos unos segundos abrazados.

Después levanté la vista.

—Pero…

Lucas sonrió.

—Sabía que había un «pero».

Suspiré.

—Acabo de salir de una relación en la que me han puesto los cuernos de la manera más surrealista posible.

Él asintió despacio.

—Lo sé.

—Y no pienso pasar otra vez por lo mismo.

Me separé apenas unos centímetros para poder mirarlo mejor.

—No quiero volver a enamorarme de un hombre que un día me haga sentir como me hizo sentir Andrew. Da igual que te corneen con mujeres o con hombres; la sensación es que se han reído de ti.

Lucas sostuvo mi mirada con una serenidad absoluta.

—No soy Andrew.

Negué lentamente.

—Ya lo sé. De serlo, te saltaría a la yugular.

—Ni tampoco soy ningún golfo.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—Tú qué vas a decir.

Él soltó una pequeña risa.

—Pues yo llevo siete años sin encontrar a una mujer que consiguiera sacarte de mi cabeza.

Aquella confesión me dejó sin palabras.

Lucas acarició mi mejilla con infinita delicadeza.

—No puedo prometerte que la vida vaya a ser perfecta, Caroline. Tampoco que nunca discutamos o que no vaya a meter la pata alguna vez.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Lo único que puedo prometerte es que jamás tendrás que mirar mi teléfono para descubrir con quién quiero compartir mi vida.

Sentí cómo los ojos comenzaban a humedecérseme.

Él sonrió con esa mezcla de seguridad y ternura que siempre había tenido.

—Porque la mujer con la que quiero compartirla lleva demasiados años haciéndome esperar.

—Pues lo siento, porque vas a tener que seguir esperando. No confío en ti.

—Pues deberías…

—No vas a hacer que afloje, te lo garantizo.

—Tendré que intentarlo.

Y, pese a todo, simplemente volví a besarlo.

Y aquella vez, mientras el océano seguía rompiendo suavemente bajo la terraza y la música continuaba sonando a lo lejos, tuve la sensación de que algunas historias no se borran cuando dos personas se separan.

A veces solo esperan el momento adecuado para volver a empezar. Aunque a mí no me pareciera que fuese aquel.

Capítulo 30

Durante los días siguientes, Lucas empezó a aparecer por la casa con una naturalidad que habría sido preocupante si no hubiera resultado tan agradable.

Nunca llegaba a horas intempestivas ni invadía espacios que no le correspondían.

Simplemente aparecía al final de la tarde, cuando las reuniones del resort ya me habían dejado la cabeza llena de cifras, previsiones y términos financieros, y me proponía dar un paseo, tomar algo junto al mar o escapar media hora a algún rincón donde nadie quisiera hablarme de participaciones, huéspedes VIP o reformas pendientes.

Al principio intenté fingir que aquello no me hacía especial ilusión. Alexandra tardó exactamente dos segundos en desmontar la farsa.

—Te aviso de que esa cara no engaña a nadie —me dijo una tarde, observándome desde el sofá mientras yo fingía revisar un correo y miraba por tercera vez hacia el camino de entrada.

»Parece que estás esperando al cartero con una herencia secreta, pero todos sabemos que la herencia mide metro ochenta, dirige la competencia y tiene sonrisa de peligro tropical.

—No estoy esperando a nadie.

—Claro. Y Samantha no está escuchando desde la terraza.

Samantha, que efectivamente estaba escuchando desde la terraza con una taza de infusión entre las manos, levantó la barbilla sin el menor remordimiento.

—Yo no escucho. Superviso el ambiente familiar.

Aquella expresión, «ambiente familiar», me hizo sonreír sin querer.

La casa Reed empezaba a parecer otra cosa. Seguía llena de recuerdos de mi padre, de sombras que no habían desaparecido del todo y de decisiones difíciles, pero también se había llenado de voces, de bromas, de conversaciones a media tarde y de esa extraña alianza entre tres mujeres que, hasta hacía poco, habrían parecido incapaces de compartir un café sin necesitar mediación diplomática.

Aquella noche Lucas llegó cuando estábamos preparando la cena en la terraza cubierta.

Samantha había tenido un día bueno. La niña llevaba horas moviéndose con entusiasmo y Alexandra había decidido que, si la criatura seguía así, lo más probable era que se hiciera bailarina, boxeadora o directora ejecutiva antes de cumplir los seis meses.

Lucas apareció con una bolsa de papel en la mano y una expresión de prudencia divertida, como si ya supiera que cruzar aquella puerta significaba exponerse a cualquier cosa.

—Buenas noches —saludó, deteniéndose junto a la mesa—. Traigo postre, aunque no sé si eso me concede inmunidad diplomática.

Alexandra dejó el cuchillo con el que estaba cortando pan y lo señaló con absoluta seriedad.

—Depende del postre. Si son frutas, puedes volver por donde has venido. Si es chocolate, te ofrecemos asilo político.

Lucas sacó una caja de la bolsa y la abrió lo justo para dejar ver unos pasteles pequeños de coco, vainilla y maracuyá, que me apasionaban.

—He pensado que el chocolate era demasiado evidente y que debía apostar por la sofisticación.

Samantha lo miró con aprobación.

—Me gusta. Un hombre que sabe traer dulces sin parecer desesperado merece, como mínimo, sentarse a cenar.

Yo la miré sorprendida.

—¿Lo estás invitando?

—Por supuesto. Viene con postre, tiene conversación y no me provoca ganas de llamar a un abogado. En esta casa eso ya es un currículum excelente.

Lucas soltó una carcajada y me miró con una mezcla de diversión y ternura que me desordenó a tope.

—No quiero molestar.

—Molestarías más marchándote —dijo Alexandra mientras le acercaba una silla—. Además, tengo preguntas pendientes sobre tu resort, tu cocina y tu inexplicable capacidad para aparecer siempre cuando Caroline empieza a mirar hacia la entrada como una estatua romántica mal disimulada.

—Alexandra —protesté.

—¿Qué? Estoy creando conversación.

Lucas se sentó a mi lado, aunque no demasiado cerca, y dejó los pasteles en el centro de la mesa. Aquella distancia medida era una de las cosas que más me desarmaban de él. Podía bromear, provocarme, mirarme de un modo que me obligaba a apartar la vista, pero siempre parecía saber dónde estaba el límite que yo todavía necesitaba conservar.

La cena empezó con la clase de caos que solo Alexandra podía provocar. Samantha había pedido pescado a la parrilla, ensalada de frutas tropicales y arroz con coco, pero mi prima decidió que aquello necesitaba «un elemento narrativo» y apareció con una lista de posibles nombres para la niña escrita en una servilleta.

—He hecho una selección internacional —anunció, desplegándola con solemnidad—. Tenemos nombres elegantes, nombres con carácter y nombres que permitirán a la niña dominar una sala antes de aprender a sumar.

Samantha extendió la mano.

—Déjame ver esa amenaza.

Alexandra le entregó la servilleta.

Samantha la leyó durante unos segundos.

—¿Por qué has incluido Cleopatra?

—Porque no me negarás que impone.

—Imponer, impone. También invita a imaginar serpientes y guerras civiles.

—Detalles menores.

Lucas se inclinó ligeramente para leer por encima.

—¿Y «Paloma del Pacífico» es un nombre completo o una condena?

Me eché a reír antes de poder evitarlo.

Alexandra se llevó una mano al pecho, ofendida de una forma teatral.

—No entendéis mi visión artística.

—La entendemos —respondí—. Por eso estamos preocupados.

Samantha dobló la servilleta con cuidado y la dejó a un lado.

—Agradezco tu esfuerzo, Alexandra, pero me gustaría que mi hija llegara al mundo sin parecer una fragata española.

—Qué poca ambición.

Lucas apoyó los antebrazos sobre la mesa, divertido.

—Yo apostaría por un nombre que pueda pronunciarse bien en inglés, francés y tahitiano. Así no tendrá que corregir a medio mundo cada vez que alguien la llame.

Samantha lo observó con interés.

—Eso es bastante sensato.

Alexandra lo señaló enseguida.

—No empieces a caerle demasiado bien, Lucas. En esta mesa ya tenemos una embarazada reformada y una heredera en crisis; no necesitamos además un director de la competencia haciendo propuestas razonables.

—Perdón —respondió él, muy serio—. La próxima será absurda.

La noche avanzó entre bromas, platos compartidos y esa comodidad nueva que empezaba a formarse sin que nadie la forzara.

Lucas se interesó por el embarazo de Samantha con una naturalidad preciosa, sin exagerar ni convertirla en una criatura frágil. Le preguntó si la niña se movía más por la noche, si los médicos estaban tranquilos y si había algún alimento que le apeteciera especialmente.

Samantha, que al principio se mostró algo desconcertada por aquella atención sencilla, terminó hablándole de las pataditas con una emoción que no intentó esconder.

—A veces parece que está protestando —dijo, apoyando una mano sobre la barriga—. Sobre todo cuando Alexandra habla demasiado.

Mi prima abrió los ojos.

—Perdona, pero eso no es protesta. Es reconocimiento artístico. La niña me escucha y piensa: «Esa mujer sabe vivir».

Lucas miró hacia el vientre de Samantha con una sonrisa.

—O piensa que necesita prepararse para defenderse.

—También puede ser —admitió ella—. En esta familia conviene nacer entrenada.

En un momento dado, me acerqué a su vientre. Me había acostumbrado a hacerlo y a la futura mamá no le molestaba en absoluto. O eso me decía. Desde luego que no parecía incómoda cuando me dirigía a mi hermanita.

—Hola otra vez, pequeña.

Lucas se quedó mirándonos con una expresión que me hizo sentir un calor suave en el pecho.

No había deseo en ese gesto, o no solo deseo. Había algo más íntimo: la imagen de una vida compartida alrededor de una mesa, la posibilidad de que él pudiera encajar allí, entre Samantha, Alexandra, la niña y yo, sin que nada pareciera forzado.

Samantha debió de notar mi emoción porque sonrió con picardía.

—Lucas, si quieres saludar a la criatura, puedes hacerlo. Ya que vienes a invadir territorio Reed con tanta frecuencia, lo lógico es que te presentes formalmente ante la futura jefa.

Lucas me miró, buscando permiso de un modo que me pareció de una delicadeza infinita.

Asentí apenas.

Él se inclinó y apoyó la mano con cuidado donde Samantha le indicó. La niña tardó un poco más en moverse, quizás porque ya empezaba a tener sentido del espectáculo, pero cuando lo hizo, Lucas soltó una risa baja, sorprendida de verdad.

—Vaya.

Alexandra se inclinó hacia él.

—Cuidado. Esa es la patada de bienvenida. La siguiente ya viene con contrato de confidencialidad.

Lucas retiró la mano despacio.

—Tiene carácter.

—Muchísimo —respondimos Samantha y yo al mismo tiempo.

Nos miramos y terminamos riendo.

Aquella sincronía inesperada pareció emocionar a Samantha más de lo que quiso mostrar. Se entretuvo con la servilleta durante unos segundos, y luego volvió a la conversación con una broma sobre que, si la niña salía demasiado Reed, necesitaría un ejército; si salía demasiado Davies, un buen abogado; y si salía demasiado Alexandra, directamente un país que conquistar.

Cuando terminamos de cenar, Lucas ayudó a recoger sin preguntar.

Se movía por la terraza con la misma naturalidad con la que había entrado, pasando platos, acercando vasos, bromeando con Alexandra sobre su «técnica dudosa de apilar cubiertos» y aceptando con buen humor que Samantha le diera instrucciones desde la silla como una reina embarazada supervisando a su corte.

—No sabía que dirigir un resort incluyera recoger mesas —comentó mi prima, apoyada en la encimera exterior.

Lucas dejó una bandeja junto al fregadero.

—Dirigir un resort incluye saber hacer de todo cuando hace falta.

—Bien respondido. Caroline, este hombre cada vez da más rabia.

—¿Por qué?

—Porque encima de guapo es útil. Así no se puede criticar con tranquilidad.

Me atraganté con un poco de agua y Lucas fingió no haber escuchado el comentario, aunque la sonrisa que intentaba esconder lo delataba por completo.

Se marchó cerca de la medianoche. No intentó alargar la despedida ni buscar un momento íntimo. Me acompañó hasta el porche, se detuvo frente a mí y me rozó la mano con los dedos antes de inclinarse para besarme en la mejilla, demasiado cerca de la comisura de los labios para que mi respiración siguiera comportándose con normalidad.

—Gracias por dejar que me quedara —dijo en voz baja—. Ha sido una buena noche.

—Sí —respondí—. Lo ha sido.

Me miró un instante más, con esa paciencia que a veces me daba ganas de sacudirlo y otras de abrazarlo hasta que el mundo dejara de pesar.

—Mañana paso a verte.

—¿Otra vez?

—Si no presentas una queja formal.

—La estoy redactando.

—Entonces vendré antes de que la termines.

Se fue sonriendo, y yo permanecí en el porche hasta que las luces de su coche desaparecieron por el camino. Cuando volví a la terraza, Alexandra y Samantha estaban exactamente donde las había dejado, pero con una expresión que anunciaba peligro inmediato.

—No —dije antes de que hablaran.

Alexandra levantó las manos.

—No he dicho nada.

—Tu cara ha dicho diecisiete cosas.

Samantha se acomodó mejor en la silla, con la infusión entre las manos y una calma peligrosa.

—Yo solo iba a comentar que Lucas parece sentirse muy cómodo aquí.

—Porque le habéis interrogado menos de lo esperado.

—Eso puede corregirse —respondió Alexandra—. Pero vamos a lo importante. ¿Cuándo te lo vas a tirar?

Casi me caigo sobre la silla.

—¡Alexandra!

Samantha cerró los ojos con una sonrisa contenida.

—Debo reconocer que la pregunta ha sido directa, aunque quizás poco decorosa para una terraza familiar.

—Gracias —dijo mi prima—. Intento ahorrar tiempo.

Yo las miré a ambas, incapaz de decidir cuál de las dos era peor influencia.

—No voy a acostarme con Lucas.

Alexandra apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Nunca? ¿Esta semana? ¿Antes de resolver el conflicto empresarial? Necesito parámetros. Además, que no es alguien nuevo para ti. ¿O tengo que recordarte que bien que lo cataste hace años?

—No quiero meterme en líos.

Samantha dejó la taza en la mesa y me observó con una ternura que intentó disfrazar de ironía.

—Caroline, cariño, Lucas es un lío. Eso salta a la vista. Pero hay líos que solo sirven para romperte la vida y otros que, quizá, merecen la pena.

La miré, sorprendida por la seriedad escondida bajo la broma.

—No es tan sencillo.

—Claro que no. Si fuera sencillo, Alexandra ya lo habría convertido en un plan con horarios.

—Lo haría mejor que vosotros dos —intervino mi prima—. Para empezar, eliminaría esa fase absurda en la que os miráis como si estuvierais negociando la paz mundial cada vez que os rozáis una mano.

Me tapé la cara.

—Dios mío.

—No metas a Dios en esto —dijo Samantha—. Bastante trabajo tiene con vigilar que esta familia no incendie la isla.

Volvimos a reír, y durante unos minutos todo fue ligero, incluso la vergüenza.

Alexandra empezó a enumerar las señales «objetivas» de que Lucas estaba perdido por mí: que aparecía con postres, que soportaba interrogatorios, que no salía corriendo cuando hablaban de nombres de bebé y que, según ella, «ningún hombre heterosexual se queda a recoger platos en casa ajena si no está enamorado o esperando una herencia».

—No estoy preparada —admití al fin, cuando las risas se calmaron —. Andrew me hizo sentir idiota. Y no quiero lanzarme a algo solo porque Lucas me haga sentir bien.

Samantha alargó la mano y cubrió la mía.

—Entonces no te lances. Camina. Pero tampoco te castigues por sonreír cuando él está cerca.

Aquella frase me dejó callada.

Alexandra, por una vez, no bromeó de inmediato. Se limitó a sentarse a mi otro lado y apoyó la cabeza en mi hombro con una familiaridad que me sostuvo más de lo que imaginaba.

—Además —añadió al cabo de unos segundos—, si Lucas se porta mal, Samantha puede contratar abogados y yo puedo improvisar una piñata. Estamos cubiertas.

Samantha asintió con solemnidad.

—Y la niña puede darle patadas simbólicas desde el útero.

—Equipo completo —concluyó Alexandra.

Miré a las dos y terminé riéndome otra vez, aunque por dentro seguía teniendo miedo.

Miedo a equivocarme, a confundirme, a convertir a Lucas en un refugio cuando quizá era mucho más que eso. Pero aquella noche, mientras las tres seguíamos en la terraza con las luces reflejadas sobre la piscina y el mar sonando al fondo, entendí algo que me dio un poco de paz.

No tenía que decidirlo todo todavía.

Bastaba con dejar que alguien bueno llamara a la puerta al caer la tarde y con permitirme sentir, aunque fuera despacio, que tal vez no todos los líos venían para romperme.

Capítulo 31

Nunca olvidaré aquella mañana.

Habían pasado varios días desde el *baby shower* y la casa respiraba una calma nueva, de esas que llegan sin hacer ruido y que uno teme romper con solo levantar demasiado la voz.

Samantha amaneció especialmente animada porque la niña le cargaba las pilas con sus muchos movimientos. Alexandra sostenía que aquello significaba que iba a salir «tan mandona como las mujeres de esta familia», mientras Samantha defendía que, con un poco de suerte, heredaría el sentido común de alguien ajeno a los Reed.

Yo me limité a negar con la cabeza mientras repasaba unos informes del resort sobre la mesa de la terraza.

Había aprendido que discutir con aquellas dos era una pérdida de tiempo. Siempre acababan aliándose contra mí, aunque empezaran la conversación llevándose la contraria entre ellas.

—Lo único que digo —insistía Alexandra mientras untaba mermelada sobre una tostada con una concentración exagerada— es que esa niña necesita una madrina divertida. Una persona capaz de enseñarle lo importante de la vida.

Samantha levantó una ceja.

—¿Y qué sería exactamente «lo importante de la vida»?

—Bailar hasta dolerle los pies, distinguir un buen vino y aprender a detectar a un imbécil antes de la segunda cita.

Me hizo sonreír, para no variar.

—Reconozco que ese último punto no me habría venido mal hace unos meses.

Alexandra chasqueó los dedos.

—¿Ves? Ya tengo una alumna agradecida.

Samantha acarició distraídamente su vientre antes de sonreír.

—No, cariño. Mi hija aprenderá eso observando a su hermana mayor.

Levanté la vista del informe.

—¿Perdón?

—Sí.

Me señaló con una sonrisa.

—No pienso desaprovechar toda la experiencia que has acumulado con Andrew.

Le lancé una servilleta que apenas le rozó el hombro. Las tres terminamos riéndonos.

En ese momento oímos un coche detenerse frente a la casa.

Mi primera reacción fue mirar el reloj. Era pronto para que Lucas apareciera por sorpresa, pero no imposible. Sin pensarlo demasiado, me levanté.

—Voy yo.

Alexandra sonrió con malicia.

—Qué rapidez. Bien se nota que puede ser uno que yo me sé…

—Calla.

—No he dicho nada. Porque si quisiera decir algo, no me callaría ni…

—Precisamente por eso —la interrumpí.

Atravesé el jardín todavía sonriendo. Mientras caminaba hacia la puerta principal, me sorprendí pensando que me encontraba genial.

Lucas tenía mucho que ver en ello. Por cierto, que nunca se presentaba con las manos vacías. Un día traía fruta recién cortada, otro una botella de zumo tropical que aseguraba haber descubierto por casualidad y la noche anterior se había plantado con unos dulces que habían conseguido incluso que Samantha olvidara durante cinco minutos las recomendaciones del ginecólogo.

Abrí la puerta convencida de que volvería a encontrarme aquella sonrisa tranquila que empezaba a reconocer desde lejos.

Pero no era Lucas.

—¿Mamá?

Eleanor sonrió con los ojos ya humedecidos.

—Hola, cariño.

No recuerdo haber recorrido la distancia que nos separaba.

Solo recuerdo abrazarla con todas mis fuerzas y sentir que, por primera vez desde la muerte de mi padre, también ella parecía mucho más ligera. Se aferró a mí durante varios segundos, acariciándome el pelo igual que hacía cuando era pequeña, hasta que terminó apartándose apenas unos centímetros para contemplarme con detenimiento.

—Estás guapísima.

—Tú también.

La observé de arriba abajo.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me dijiste que venías? Me acabas de dejar de piedra. Hubiera ido a buscarte.

Mi madre soltó una pequeña risa.

—Porque quería darte una sorpresa. En realidad, quería ver exactamente esa cara que has puesto.

Hizo una pausa antes de añadir, con ese humor tan suyo que nunca había perdido.

—Y porque empezaba a sospechar que estabas perdiendo completamente la cabeza.

La miré sin entender.

—¿Yo?

—Claro.

Cogió su bolso del coche mientras el conductor dejaba la maleta junto a la puerta.

—Llevas semanas llamándome para contarme que Samantha y tú sois poco menos que amigas. Francamente, necesitaba comprobarlo con mis propios ojos. Llegó un momento en que pensé que esa mujer te había drogado o que el sol de Bora Bora producía efectos secundarios desconocidos.

Me eché a reír.

—Mamá, eres increíble.

—Desde el día que nací, mi niña.

Me guiñó un ojo.

—Pero reconoce que era sospechoso.

Entramos juntas en la casa todavía riéndonos.

No habíamos dado más de cinco pasos cuando Samantha apareció desde la terraza con una bandeja entre las manos.

Nunca olvidaré su expresión.

Durante años imaginé muchas veces cómo sería un reencuentro entre ellas dos. Pensé en gritos, reproches y hasta demandas de por medio. Jamás imaginé aquella imagen: una mujer embarazada de varios meses, completamente pálida, sujetando una bandeja como si todo su equilibrio dependiera de no dejarla caer al suelo.

No habló.

Ni siquiera respiró durante un instante.

Mi madre tampoco.

Las dos permanecieron observándose desde extremos opuestos del jardín mientras Alexandra, ajena todavía a lo que ocurría, seguía hablando desde la terraza sobre las ventajas educativas de enseñar música bailable a una recién nacida.

Fue Samantha quien reaccionó primero.

Dejó la bandeja sobre una consola con un cuidado casi exagerado y dio un paso hacia delante.

—Eleanor… yo…

Mi madre levantó una mano con una tranquilidad que descolocó incluso a esa otra mujer que fue su rival durante años.

—Antes de que sigas, quiero dejar una cosa clara.

Samantha asintió con nerviosismo.

—No he venido a tirarte de los pelos.

Justo en ese momento apareció Alexandra por la puerta con una jarra de limonada.

Miró a una, luego a otra y comprendió inmediatamente quién era aquella mujer.

—Vaya.

Fue lo único que acertó a decir.

Mi madre giró la cabeza hacia ella.

—¿Cómo estás, cariño?

—Muy bien, tía. Muy bien sorprendida, quiero decir, ¿vienes para declarar formalmente una guerra?

—No, me temo que no voy a cubrir tus expectativas.

—Gracias a Dios, porque si vinieras a enfrentarte con Samantha, ambas necesitaríais unos cuantos misiles.

Luego las miró alternativamente.

—Y yo habría apostado miles de dólares a que esta escena iba a empezar bastante peor.

Las tres la miramos.

Ella encogió los hombros.

—¿Qué? Hay tensión, pero poca. Yo intento ayudar. ¿No se nota?

Contra todo pronóstico, fue mi madre la primera en reírse.

Una risa sincera, espontánea, que terminó contagiándonos a todas.

Incluso Samantha dejó escapar una sonrisa tímida.

Eleanor volvió entonces a mirarla.

—Ahora sí.

Se acercó despacio.

—Hola, Samantha.

Ella tragó saliva.

—Hola, Eleanor. Me alegra saber de antemano que no vienes con la escopeta cargada.

—Escopeta es que no tengo, la verdad. De haberla tenido, igual la hubiera sacado a pasear en el pasado.

Hubo un pequeño silencio, pero ya no resultaba tan tenso. Solo era el tiempo que necesitaban dos mujeres que llevaban demasiados años sin verse para comprender que ninguna de las dos era ya la misma persona.

Mi madre habló primero.

—Caroline lleva semanas contándome que os lleváis sorprendentemente bien. Y eso me ha dejado helada, no te lo niego.

Samantha bajó la vista un instante.

—Espero que no pienses que estoy intentando manipularla. No sería raro que lo pensaras, dados mis antecedentes.

—No.

Mi madre sonrió.

—Aunque reconozco que durante unos días contemplé seriamente esa posibilidad. O que la hubieras hipnotizado o algo.

Samantha terminó soltando una carcajada.

—No la he hipnotizado.

Se señaló el vientre.

—Pero creo que la pequeña sí.

Alexandra levantó el pulgar.

—Muy bien contestado.

Yo observaba la escena sin atreverme a intervenir.

Había algo profundamente hermoso en aquella conversación.

No era una reconciliación todavía. Era mucho más sencillo. Dos mujeres que habían dejado de luchar.

Y aquello ya me parecía suficiente.

La hora de la comida terminó reuniéndonos a todas alrededor de la mesa de la terraza. Mi madre ya parecía mucho más relajada y Samantha había recuperado esa mezcla tan curiosa de reserva y sentido del humor que últimamente aparecía cada vez con más frecuencia.

Alexandra, por su parte, llevaba diez minutos anunciando que aquel almuerzo sería histórico porque era la primera vez que compartían mesa «la exmujer, la viuda, la heredera y la prima cotilla», y seguía sin entender por qué nadie encontraba brillante semejante presentación.

No habíamos empezado siquiera con el primer plato cuando sonó el timbre.

Alexandra dejó el tenedor sobre el mantel y sonrió de una forma que ya conocía demasiado bien.

—Anda, qué casualidad.

La miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada.

—Alexandra…

—Bueno, quizá le dije a Lucas que hoy teníamos comida familiar.

Negué despacio con la cabeza.

—Eres incapaz de dejar que las cosas sucedan solas.

—Por supuesto. Si dejara actuar al destino, vosotros seguiríais lanzándoos miraditas dentro de diez años.

Me levanté resignada para abrir la puerta. Lucas apareció con una botella de vino en una mano y una caja de bombones en la otra.

—Creo que llego en mal momento.

—No, llegas en el momento perfecto —respondió Alexandra desde la terraza antes incluso de que pudiera contestarle yo—. Entra, que aquí estamos haciendo una reunión familiar y nos faltaba el director de la competencia.

Lucas me miró con expresión divertida.

—¿Seguro?

—Ya no puedes escapar —dije riéndome—. Mi prima ha decidido por todos.

Entró saludando primero a mi madre con una educación impecable.

—Señora Eleanor, encantada de volver a verla.

Mi madre le dio dos besos.

—Así que me sigues llamando señora Eleanor después de los años que han pasado. ¿Con Samantha también eres tan formal o lo haces porque soy más vieja?

Él arqueó una ceja.

—He tratado de ser cortés, ¿debería preocuparme? —preguntó entre dientes.

—Todavía no lo sé. Llevo varios días oyendo hablar de nuevo de ti.

Alexandra carraspeó.

—Bastantes más de los que Caroline está dispuesta a reconocer.

Volví a lanzarle una servilleta.

—¿Te importaría callarte cinco minutos?

—No especialmente.

Lucas terminó sentándose a mi lado mientras Samantha le servía un poco de pescado.

—Espero que tengas hambre —dijo ella con naturalidad—. Alexandra cocina fatal, así que hemos dejado trabajar al servicio.

—¡Protesto! —respondió mi prima llevándose una mano al pecho—. Yo hago una tortilla magnífica.

Samantha negó con absoluta tranquilidad.

—Sí. Magnífica para llamar a los bomberos, que casi nos quemas la cocina la otra noche.

Las risas recorrieron la mesa y vi cómo mi madre observaba a Samantha sin la menor dureza. La veía bromear, servir agua a todo el mundo, preguntarme si quería más ensalada y preocuparse de que Lucas también estuviera servido sin darse cuenta siquiera de que lo hacía.

En un momento dado, Eleanor dejó los cubiertos sobre el plato y miró directamente a Lucas.

—Así que estáis juntos de nuevo. En Bora Bora, quiero decir —corrigió con gracia.

Sentí que casi me atragantaba.

—Mamá.

Lucas sonrió con una serenidad admirable.

—Siempre fuiste un buen chico —añadió mi madre antes de llevarse la copa a los labios—. Le harías bien a mi hija.

La miré sorprendida.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque las madres tenemos intuición.

Alexandra soltó una carcajada.

—Pues actualízala un poco. Ahora es un golfo.

Lucas abrió mucho los ojos.

—¿Yo? Que no, Caroline, que no…

—Que sí, que sí.

Lo señaló con el tenedor.

—Que pareces encaprichado de mí, pero que te has tirado a media isla.

—Y corta te has quedado —intervino Alexandra

Lucas fingió llevarse una mano al corazón.

—Qué injusticia.

Fue Samantha quien salió en su defensa.

—No exageres, Caroline. Si Lucas fuera un golfo, no estaría ahora aquí. No tiene que demostrar nada.

El silencio que siguió duró exactamente dos segundos.

Los que tardó Alexandra en golpear la mesa con la palma de la mano.

—¡Gracias! ¡Por fin alguien lo dice!

Me tapé la cara con ambas manos.

—¿Podemos cambiar de tema?

Mi madre empezó a reírse con tantas ganas que terminó secándose una lágrima.

—La verdad, hija, yo también voy a romper una lanza en favor de Lucas. Siempre me ha parecido un buen chico y, viendo cómo se comporta, sigo pensándolo.

Lucas negó despacio, algo avergonzado.

—No sé si merezco tantos halagos.

—No te emociones —dijo Alexandra—. Todavía estamos valorando si aceptarte oficialmente en la familia. El examen práctico empieza cuando nazca la niña y te toque cambiar pañales.

Lucas sonrió sin perder la calma.

—Acepto el reto.

Samantha levantó la copa de agua.

—Pues yo voto a favor.

Mi madre hizo lo mismo.

—Yo también.

Alexandra imitó el gesto.

—Tres votos.

Todas me miraron al mismo tiempo.

Suspiré resignada.

—Qué manía os ha entrado con organizarme la vida.

Alexandra sonrió con picardía.

—No te organizamos la vida, Caroline.

Hizo una pausa mientras Lucas intentaba esconder la risa.

—Solo estamos intentando evitar que dejes escapar al único golfo que resulta ser un caballero.

—No estoy seguro de que esa frase me interese —opinó él.

—Pues es la que hay, chaval. Y da gracias de que nos caes genial —soltó mi prima.

Capítulo 32

La tarde caía despacio sobre Bora Bora cuando encontré a Alexandra sentada en el porche delantero de la casa, balanceando descalza una pierna mientras contemplaba cómo el sol comenzaba a teñir la laguna de tonos anaranjados.

Llevaba un buen rato allí, porque el hielo del zumo que tenía entre las manos apenas existía ya, y aun así seguía sin beber. Me bastó verla para comprender que algo le rondaba la cabeza. Mi prima jamás permanecía tanto tiempo en silencio si no tenía una conversación pendiente.

Me senté a su lado sin decir nada. Durante unos instantes nos limitamos a observar el paisaje que tantas veces habíamos recorrido juntas desde que llegamos a la isla. Me pregunté cuántos recuerdos podían caber en tan pocas semanas.

—¿Qué pasa? —le pregunté finalmente.

Alexandra sonrió con esa mezcla de ternura y resignación que siempre aparecía cuando iba a decir algo que no le apetecía decir.

—Que en tres días me vuelvo a Nueva York.

Giré la cabeza hacia ella tan deprisa que casi me hice daño en el cuello.

—¿En tres días?

Asintió despacio.

—Mi padre me ha llamado esta mañana.

Esperé a que continuara.

—Dice que ya ha tenido bastante paciencia conmigo. Que la empresa empieza a echarme de menos y, sobre todo, que él empieza a necesitarme allí.

Mi prima siempre trabajó con su padre, que al igual que su hermano Michael, era un hombre de negocios. Eso sí, a mi tío nunca le interesó moverse de Nueva York.

Fruncí ligeramente el ceño.

—Pero puede esperar unos días más…

Alexandra dejó escapar una pequeña risa.

—Eso mismo le he dicho yo.

—¿Y?

—Que me ha respondido exactamente lo que tú le habrías respondido a cualquier director del resort que pretendiera convencerte de abandonar Bora Bora ahora mismo.

La miré sin comprender.

—¿El qué?

Se volvió hacia mí con una dulzura que me desarmó.

—Que hay responsabilidades de las que uno no puede escapar porque forman parte de su historia.

Aquellas palabras me golpearon con suavidad.

—¿Sabes qué me dijo después? «Caroline está donde tiene que estar porque ese era el legado de Michael. Y tú tienes el tuyo aquí, Alexandra». No pude discutirle nada.

Bajé la vista hacia mis manos.

—Supongo que tiene razón.

—La tiene.

Guardó silencio un momento antes de continuar.

—Al principio me dio rabia. Pensé: «¿Por qué justo ahora?». Pero al colgarle, me di cuenta de que estaba enfadándome por exactamente el mismo motivo por el que tú decidiste quedarte aquí.

»Tú elegiste hacerte cargo de lo que tu padre construyó durante toda una vida. Pues yo también tengo un padre que lleva décadas levantando un negocio con sus propias manos.

»Ahora me necesita y… bueno… creo que me toca estar a su lado.

Sonreí con cierta tristeza.

—No puedo discutir un argumento que yo misma he utilizado tantas veces.

Alexandra me dio un suave golpe con el hombro.

—Lo sé.

Suspiré profundamente mientras el sonido del agua llegaba hasta nosotras mezclado con la brisa.

—Te voy a echar muchísimo de menos.

Ella sonrió sin dejar de mirar el horizonte.

—Yo también.

—No, tú no tanto.

—¿Ah, no?

—Porque vas a volver a tu casa, con tus padres, con tu vida, con tus amigos…

—Y tú te vas a quedar aquí y sin la mejor prima del mundo.

No pude evitar reír.

—Qué modesta eres.

—Siempre lo he sido.

—Eso es mentira. Mentira de las gordas.

—Bueno, tampoco hace falta que la escena sea completamente realista.

Las dos nos echamos a reír, pero aquella risa duró apenas unos segundos antes de apagarse sola. Entonces fui yo quien buscó su mano y la apreté con fuerza.

—Gracias.

Ella me miró sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque viniste sin pensarlo cuando murió mi padre. Porque dejaste tu vida aparcada durante semanas solo para que yo no tuviera que enfrentarme sola a todo esto. Porque has conseguido hacerme reír incluso los días en que pensaba que ya no iba a volver a hacerlo. Y porque has convertido esta casa en un hogar cuando más falta hacía.

Vi cómo sus ojos comenzaban a humedecerse.

—Ya, y no veas si todo eso me costó trabajo. Estar a tu lado, que eres insoportable, y en un sitio tan feo como este, menudo calvario…

—Eres más tonta…

—En eso salgo a ti.

Nos abrazamos durante un largo instante, sin prisas, con esa tranquilidad que solo existe entre las personas que saben que no necesitan despedirse del todo porque siempre encontrarán el camino de vuelta.

Cuando nos separamos, levanté la vista al escuchar pasos detrás de nosotras. Mi madre acababa de salir al porche con dos tazas de té entre las manos y Samantha la seguía unos metros más atrás sosteniendo un plato de fruta recién cortada. Al vernos, las dos comprendieron enseguida que algo ocurría.

—¿He llegado en mal momento? —preguntó mi madre.

Negué con una sonrisa.

—Alexandra se vuelve a Nueva York.

Eleanor dejó las tazas sobre la mesa con gesto pausado y caminó directamente hacia ella para abrazarla.

—Te vamos a echar muchísimo de menos.

—Yo también os voy a echar de menos.

Samantha sonrió con auténtico cariño.

—Sobre todo porque vamos a perder a la única persona que conseguía que Caroline dejara de trabajar antes de las diez de la noche.

—Era una labor humanitaria —respondió Alexandra.

Las cuatro sonreímos.

Entonces miré a mi madre.

—Tú no te vayas todavía.

Ella desvió los ojos hacia mí.

—Cariño…

—Quédate un tiempo más conmigo.

Durante un instante vi cómo dudaba. Después, casi por costumbre, giró la cabeza hacia Samantha.

—No quisiera…

Ni siquiera terminó la frase.

Samantha levantó una mano entre risas.

—Eleanor, por favor. ¿Me puedes explicar por qué sigues mirándome cada vez que Caroline te pide algo?

Mi madre sonrió con cierta timidez.

—Bueno, porque esta también es tu casa.

—No.

Samantha negó despacio mientras señalaba a su alrededor.

—Esta casa fue la casa de Michael. Después pasó a ser la de Caroline. Yo, sinceramente, soy la primera que vive aquí de prestado.

—No digas tonterías —respondí inmediatamente.

Ella arqueó una ceja.

—¿Ah, no?

Negué con firmeza.

—No. Esta no es mi casa.

Las tres me miraron extrañadas.

Respiré hondo antes de sonreír.

—Esta es la casa de las mujeres Reed.

Vi cómo ninguna decía nada.

Continué hablando casi sin darme cuenta.

—Papá ya no está. Nos dejó una familia bastante más complicada de la que cualquiera habría imaginado hace unos años. Pero aquí estamos. Mi madre. Mi prima. Tú. Y yo.

»Hemos discutido, hemos llorado, nos hemos equivocado muchísimo y, aun así, hemos terminado encontrándonos. Así que no pienso consentir que ninguna vuelva a sentirse una invitada entre estas paredes.

Alexandra fue la primera en romper el silencio.

—¿Eso significa que tengo habitación reservada de por vida?

—Por supuesto.

—Perfecto. Porque pienso aparecer sin avisar.

Samantha soltó una carcajada.

—Con eso ya contábamos.

—Pues no dejéis de hacerlo.

Mi madre negó con una sonrisa emocionada.

—No sabéis lo feliz que me hace veros así.

Samantha la rodeó por los hombros con un gesto espontáneo.

—Pues acostúmbrate, porque creo que esta familia ha decidido dejar de perder el tiempo.

Alexandra levantó un dedo con gesto solemne.

—Propongo una norma oficial.

Las tres la miramos.

—Ninguna mujer Reed volverá a sentirse sola mientras las demás respiren.

Hubo unos segundos de absoluto silencio.

Después fui yo quien tendió la mano hacia el centro. Alexandra la sujetó enseguida. Mi madre colocó la suya encima y Samantha terminó de cerrar aquel pequeño círculo improvisado.

No hizo falta jurar nada.

Las cuatro sabíamos que aquella promesa ya llevaba tiempo cumpliéndose.

Y que así continuaría siendo.

Capítulo 33

La idea de hacer una despedida íntima para Alexandra surgió durante el desayuno y, antes incluso de terminar el café, ya se había convertido en un proyecto colectivo.

Entre las cuatro fuimos añadiendo ideas casi sin darnos cuenta. Mi madre propuso que fuera en la playa, justo en el pequeño rincón del resort donde el agua era tan tranquila que parecía un espejo al caer la noche.

Samantha insistió en que no quería una cena formal, sino una fiesta de verdad, de las que uno recuerda durante años.

Alexandra, que era la homenajeada, protestó durante exactamente treinta segundos antes de rendirse al comprobar que nadie pensaba hacerle el menor caso.

Cuando el sol comenzó a esconderse detrás de los motus, el lugar parecía sacado de uno de esos sueños que solo podían pertenecer a Bora Bora.

Habían tendido guirnaldas de pequeñas luces entre las palmeras, decenas de faroles de bambú iluminaban el sendero que conducía hasta la orilla y varias mesas bajas, decoradas con flores de tiaré, hibiscos y velas flotantes, descansaban directamente sobre la arena.

La brisa hacía bailar las telas blancas que colgaban de una sencilla pérgola de madera, mientras, a pocos metros, las olas rompían con esa suavidad que parecía una respiración constante de la isla.

Alexandra se mostró incrédula nada más llegar.

—¿Todo esto es para mí?

La abracé por la cintura.

—Claro que sí.

—Sé que me lo merezco —bromeó—. Pero esto dolerá cuando lo deje atrás. Qué cabronas sois, al final me haréis llorar.

—¿Llorar tú? No creo.

—Pues también es verdad. No voy a hacer una peli lacrimógena de una fiesta para la mejor chica del mundo.

Mi madre sonrió con ternura mientras Samantha levantaba una copa.

—Y todavía no has visto la cena.

Los cocineros del resort habían preparado un menú lleno de especialidades polinesias que Alexandra había ido descubriendo durante aquellas semanas: pescado marinado en leche de coco, brochetas de atún recién pescado, langostas a la parrilla, frutas tropicales cortadas con una precisión casi artística y una interminable selección de pequeños postres que parecían demasiado bonitos para atreverse a comerlos. Sin embargo, lo que terminó acaparando toda la atención no fue la comida.

Fue Lucas.

Apareció detrás de una barra improvisada de madera con una coctelera entre las manos y esa sonrisa tranquila que siempre conseguía que el mundo me pareciera un lugar mucho más sencillo.

—Espero que nadie haya pedido camareros profesionales —anunció —. Porque hoy serán sustituidos por un humilde botones reciclado.

Alexandra levantó una ceja.

—¿También haces cócteles?

—No.

Se hizo un silencio.

—Hago maravillas que sirvo en copas.

—Toma ya, otro modesto como yo —replicó mi prima.

Las risas estallaron alrededor de la mesa.

Durante la siguiente media hora fue preparando una colección de combinados tan espectaculares como coloridos.

Para mi madre creó uno con mango, maracuyá y vainilla de Tahití que consiguió que Eleanor cerrara los ojos en el primer sorbo.

Alexandra recibió otro con piña caramelizada, lima y hojas de menta fresca.

El mío llevaba coco, fruta de la pasión y un ligero toque de canela que jamás habría imaginado en una bebida fría y que, sin embargo, sabía exactamente a Bora Bora.

Cuando llegó el turno de Samantha, Lucas levantó una botella y volvió a dejarla inmediatamente sobre la barra.

—Para ti toca versión especial.

Ella sonrió llevándose una mano al vientre.

—Mi hija y yo te lo agradecemos.

Lucas comenzó entonces a mezclar zumo de lichi, sandía, lima, agua de coco y unas hojas de hierbabuena que machacó cuidadosamente antes de servirlo todo en una copa alta decorada con una flor blanca.

Samantha dio un sorbo y abrió muchísimo los ojos.

—Lucas…

Él arqueó una ceja.

—¿Está malo?

—Está escandalosamente bueno.

Mi madre pidió probarlo. Después lo hizo Alexandra. Luego fui yo.

Las tres acabamos mirándolo exactamente igual.

—No puede ser.

Lucas empezó a reír.

—¿Qué pasa ahora?

Alexandra señaló la copa.

—Que resulta que vas a servir para todo.

—Eso díselo a tu prima.

—A mí no me miréis. Es un multiusos versión golfa y paso —les aseguré.

—¿Alguien le puede quitar esa idea de la cabeza?

Samantha levantó la mano.

—Pues yo quiero dejar constancia oficial de que, si algún día te cansas del resort, puedes abrir el mejor local de cócteles de toda la Polinesia Francesa. Por si eso ayuda.

—¿Solo de la Polinesia? Qué poca confianza.

—No te emociones tanto.

Mi madre intervino entonces con una sonrisa divertida.

—Lucas, hijo, de verdad… ¿Hay algo que no sepas hacer?

Él fingió pensárselo unos segundos antes de mirarme.

—Reconquistar a Caroline, eso está complicado.

Las tres giraron automáticamente la cabeza hacia mí.

Sentí que el calor me subía hasta las mejillas mientras él sonreía con esa expresión inocente que solo utilizaba cuando sabía perfectamente el efecto que provocaba.

—Qué poca vergüenza tienes.

—Ninguna.

Alexandra dio una palmada.

—Pues yo voto porque le des otra oportunidad.

Lo miré fingiendo indignación.

—¿Otra?

—Bueno… otra, otra… La definitiva.

Mi madre asintió con absoluta naturalidad.

—Estoy de acuerdo.

Samantha levantó también la mano.

—Mi voto vale doble porque estoy embarazada.

—Eso no funciona así —respondí entre risas.

—Pues debería.

Lucas me observaba sin apartar los ojos de mí.

—Yo acepto cualquier sistema democrático que me favorezca.

No pude evitar negar con la cabeza mientras sonreía.

—Sois imposibles.

La música comenzó a sonar entonces desde unos altavoces ocultos entre la vegetación.

Era una mezcla de melodías polinesias interpretadas con ukeleles y guitarras suaves que poco a poco fueron dando paso a canciones más alegres.

No tardó en aparecer un pequeño grupo de bailarines del resort que enseñó a Alexandra algunos pasos tradicionales. Mi prima acabó riéndose tanto de sí misma que terminó arrastrándonos a todas.

Incluso Samantha, con una mano apoyada sobre el vientre y la otra sujetando su cóctel sin alcohol, se unió entre carcajadas mientras repetía que su hija tenía que acostumbrarse desde antes de nacer a las fiestas de Bora Bora.

Lucas permanecía cerca de mí durante toda la noche de una manera tan discreta que seducía.

Si mi copa se vaciaba, aparecía otra sin que tuviera que pedirla. Si el viento levantaba ligeramente mi chal sobre los hombros, él era el primero en colocarlo de nuevo. Cuando caminábamos por la arena, buscaba mi mano con absoluta naturalidad, como si llevara haciéndolo en los últimos siete años, y cada vez que nuestras miradas se encontraban tenía la sensación de que alrededor desaparecía todo el ruido de la fiesta.

En un momento de la noche, Alexandra golpeó suavemente una cuchara contra su copa para reclamar la atención de todos.

—Un momento, por favor.

Las conversaciones fueron apagándose poco a poco.

Mi prima respiró hondo mientras nos miraba uno por uno.

—Cuando llegué aquí, pensaba que venía únicamente a acompañar a Caroline en el peor momento de su vida. Me marcho habiendo encontrado una familia mucho más grande de la que imaginaba.

Nos sonrió con los ojos brillantes.

—He visto heridas cerrarse. He visto personas perdonarse. He visto nacer un futuro precioso donde antes solo había dolor. Y, sinceramente, creo que mi tío Michael estaría inmensamente orgulloso de todos vosotros.

Noté cómo mi garganta se cerraba.

Alexandra levantó la copa.

—Brindo por mi prima, porque ha demostrado ser mucho más fuerte de lo que ella misma cree. Brindo por Eleanor, porque nunca dejó de querer incluso cuando tenía motivos para hacer lo contrario.

»Brindo por Samantha, porque la vida le ha regalado una segunda oportunidad y sé que va a ser una madre maravillosa. Y brindo también por Lucas…

Él la miró sorprendido.

—…porque ha querido a Caroline cuando era fácil y cuando era terriblemente difícil. Porque nunca dejó de esperarla y porque ha conseguido que vuelva a sonreír como lo hacía de adolescente.

Lucas bajó la mirada con una mezcla de pudor y emoción.

Mi madre levantó entonces su copa.

—Y yo quiero añadir un brindis más.

Todos la miramos.

Sonrió hacia Samantha.

—Por esa pequeña Reed que viene en camino. Que llegue a una familia imperfecta, sí, pero inmensamente unida.

Samantha acarició su vientre con una sonrisa emocionada.

—Y muy ruidosa.

—Sobre todo eso —añadió Alexandra.

Las risas volvieron a mezclarse con la emoción.

Alzamos las copas al mismo tiempo. Samantha sostuvo la suya, brillante y sin una sola gota de alcohol, preparada por Lucas con el mismo cariño que había puesto en todas las demás.

—Por la familia —susurré.

—Por la familia —repitieron todos.

Las copas chocaron suavemente bajo el cielo estrellado de Bora Bora.

Mientras las luces se reflejaban sobre la laguna y la música volvía a envolver la playa, Lucas buscó mi mano por debajo de la mesa.

Entrelacé mis dedos con los suyos sin apartar la vista de las personas que más quería en el mundo y comprendí que aquella despedida no tenía nada de triste.

Alexandra regresaba a Nueva York porque allí también la esperaba su lugar, igual que el mío estaba en aquella isla.

Una vez que Andrew desapareció de mi vida, no me quedó ninguna duda de que mi lugar en el mundo estaba allí, en Bora Bora.

Y allí había encontrado muchos motivos para quedarme más allá de un legado económico.

En Bora Bora volví a encontrarme con mis raíces, que incluían a personas que siempre quise y a otras, como Samantha, a las que no había querido y ya empezaba a querer.

Y en ese entorno comprendí muchas cosas…

A veces querer significaba precisamente eso: celebrar que cada uno encontrara el camino que le pertenecía, sabiendo que, por muy lejos que pareciera, siempre habría un hogar al que volver.

Capítulo 34

Poco a poco la música fue apagándose. Los empleados comenzaron a recoger discretamente las mesas, las velas se consumían sobre la arena y las últimas conversaciones se fueron perdiendo entre abrazos, promesas de volver a verse pronto y alguna carcajada que todavía escapaba de Alexandra cada vez que alguien le recordaba alguno de los desastres que había provocado intentando bailar las danzas polinesias.

Mi prima fue la última en despedirse. Antes de entrar en la casa, volvió sobre sus pasos únicamente para abrazarme una vez más.

—No llores mañana en el aeropuerto —murmuró borracha y haciendo con las manos el símbolo del corazón.

—No pensaba hacerlo.

—Mientes fatal.

Aquellos tres últimos días en su compañía pasaron volando y lo cierto era que no me faltarían ganas de llorar al despedirla.

Sonrió, me besó la frente y después señaló a Lucas con un gesto divertido.

—Cuídamela.

Él llevó una mano al pecho con exagerada solemnidad.

—Es el trabajo más bonito que me han encargado nunca.

—Más te vale o mi venganza será terrible.

Cuando desaparecieron mi madre, Samantha y ella por el sendero iluminado hacia la casa, la playa quedó casi vacía.

Solo permanecían encendidos algunos faroles de bambú que proyectaban pequeños círculos dorados sobre la arena. El murmullo del mar recuperó el protagonismo de la noche, mezclándose con la melodía suave que seguía sonando desde algún altavoz lejano.

Lucas y yo nos miramos al mismo tiempo.

—¿Y ahora? —pregunté.

Él sonrió.

—Ahora creo que la pista de baile es toda nuestra.

Me tendió la mano.

La acepté sin pensarlo.

La siguiente canción era lenta. Muy lenta. Apenas un piano acompañado por una guitarra que parecía respirar al mismo ritmo que las olas.

Lucas deslizó una mano hasta mi cintura mientras yo rodeaba su cuello con los brazos.

—Has estado preciosa toda la noche.

—Eso es porque has preparado unos cócteles peligrosamente buenos.

—¿Me estás acusando de algo?

—Todavía no.

Nos balanceamos despacio sobre la arena.

No hacía falta hablar demasiado.

Sentía su respiración muy cerca de la mía, el roce de su frente contra la mía y aquella tranquilidad que solo aparecía cuando estaba con él.

Después de unos minutos levantó una ceja.

—Confiesa.

—¿Qué?

—¿Cuántos cócteles llevas?

Fingí hacer cuentas.

—Los suficientes para estar contenta.

—Eso no responde.

—Porque no quiero autoincriminarme.

Él soltó una carcajada.

—Caroline Reed…

—¿Sí?

—Tienes esa sonrisa.

—¿Qué sonrisa?

—La que aparece justo antes de que hagas alguna locura.

Negué con toda la dignidad de la que fui capaz.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes.

Seguí bailando como si no lo hubiera oído.

Al cabo de unos segundos fui yo quien habló.

—Estoy un poco achispada.

—Ya.

—Pero escucha bien la segunda parte.

Él esperó.

—No estoy borracha.

Sonrió.

—Me alegra saberlo.

Le di un pequeño golpecito en el pecho con un dedo.

—Y como no estoy borracha, no se te ocurra hacer uno de esos discursos tuyos de chico responsable.

Frunció el ceño fingiendo no entender.

—¿Qué discursos?

—Esos de «mejor lo hacemos otro día», «quiero que estés completamente segura», «cuando no hayas bebido nada»…

Lucas empezó a reír incluso antes de que terminara.

—Ah, esos discursos.

—Sí, esos.

Lo señalé con gesto acusador.

—Ni se te ocurra salir corriendo diciendo que no sé lo que hago.

Él ya no podía contener la risa.

—¿Salir corriendo?

—Sí.

—¿De ti?

—Exactamente.

Negó entre carcajadas.

—Caroline, llevo media vida soñando con que quieras besarme y ahora resulta que me estás advirtiendo para que no huya.

—Más vale prevenir.

—No huiré, porque ahora no me hablas desde el dolor. No quería que me usaras de puente tras lo de Andrew.

Me puse de puntillas para rozar su nariz con la mía.

—Sé perfectamente lo que quiero.

—¿Ah, sí?

Asentí muy despacio.

—Perfectamente.

Guardó silencio unos segundos.

—¿Y qué quieres?

Lo miré directamente a los ojos.

—Quiero pasar esta noche contigo.

Su sonrisa desapareció para dejar paso a una expresión mucho más cálida.

—Pues qué suerte tengo.

—Mucha.

—Muchísima. Pero no te engañes. He dicho toda la noche, no toda la vida… No pienso engancharme a un golfo como tú.

—Vaya por dios…

Volvimos a besarnos despacio, sin prisa, como si la noche se hubiera detenido para nosotros.

No supe quién de los dos fue el primero en mirar hacia la piscina infinita del embarcadero.

Solo sé que, un segundo después, los dos estábamos caminando hacia ella de la mano.

—Lucas.

—¿Sí?

—Tengo calor.

—Eso tiene fácil solución.

Metió un pie en el agua.

—Está buenísima.

Lo observé unos instantes.

—¿Sabes qué?

—Dime.

Con una sonrisa traviesa, me descalcé y dejé las sandalias sobre la madera.

—Creo que necesito comprobarlo.

Él hizo exactamente lo mismo.

Entramos despacio, riéndonos cuando el agua nos envolvió las piernas. La temperatura era perfecta, tibia por el calor que había acumulado durante el día. La superficie reflejaba las estrellas con tanta claridad que daba la impresión de que nadábamos en mitad del cielo.

Me salpicó ligeramente.

Respondí con otra salpicadura.

—Eso ha sido una declaración de guerra.

—Has empezado tú.

—Porque sabía que ibas a contestar.

En pocos segundos los dos estábamos riendo como niños, intentando esquivarnos dentro del agua mientras las gotas brillaban bajo la luz de la luna.

En algún momento dejamos de jugar.

Nos encontramos otra vez muy cerca.

Mis manos buscaron los botones de su camisa húmeda con una naturalidad que me hizo sonreír.

—Así estarás más cómodo.

—Esa es una excelente excusa.

—Gracias.

Él me ayudó a desprenderme del ligero vestido de verano con una delicadeza que me aceleró el pulso. Lanzó las prendas sobre una tumbona cercana entre bromas sobre quién tendría que acordarse de recogerlas al día siguiente.

—Como mañana aparezcan en recepción… —murmuré.

—Diré que el viento es muy travieso en Bora Bora.

—No te van a creer.

—Pues les ofreceré un cóctel.

—Sobornando al personal.

—Siempre funciona.

Volví a reír.

Aquella era una de las cosas que más me enamoraban de Lucas.

Era capaz de convertir cualquier momento en un recuerdo feliz.

Cuando volvió a abrazarme, el mundo desapareció otra vez. Nos besamos largamente mientras el agua se movía apenas alrededor de nosotros y las últimas notas de la música llegaban amortiguadas desde la playa.

—Te quiero —susurró contra mi frente.

Cerré los ojos.

—Lo sé.

—No era una pregunta.

—Ya lo sé.

Le acaricié la mejilla.

—Y yo también te quiero un poquillo… Pero eres un golfo y no me vas a joder la vida.

—No soy ningún golfo…

—No es el momento de discutirlo.

Nos quedamos un instante quietos, contemplándonos con esa mezcla de ternura y deseo que solo nace cuando dos personas ya se conocen el corazón antes incluso que el cuerpo.

Y allí, en las aguas del mismísimo paraíso, desnudos y excitados, nuestros cuerpos se encontraron.

Recuerdo la sensación placentera de mis senos, turgentes y duros, rozando su pecho.

Recuerdo la mirada libidinosa que me dirigió antes de hacer que sus dedos se internaran en mi sexo, buscando proporcionarme un placer indescriptible que llegó en cuestión de segundos.

Recuerdo cómo, una vez disfruté del clímax, me tomó en brazos e hizo que rodeara su cintura con mis piernas.

Recuerdo cómo entró en mí. Y eso… eso lo recordaré siempre.

La noche terminó abrazándonos bajo el cielo inmenso de Bora Bora.

Entre besos, risas y palabras que solo pertenecían a los dos, dejamos que el resto del mundo desapareciera.

El agua acariciaba suavemente nuestra piel mientras la luna dibujaba un camino plateado sobre la laguna, y allí, protegidos por el rumor del mar y la intimidad de aquella isla que nos había visto crecer, nos entregamos el uno al otro con la misma naturalidad con la que siempre habíamos terminado encontrando el camino de regreso.

Porque, al final, no fue la pasión lo que hizo inolvidable aquella noche, sino la certeza de que ya no había despedidas ni miedos ni años perdidos entre nosotros.

No quería ponerle nombre al futuro, es cierto. Me daba pánico emparejarme de nuevo y que el resultado fuera el mismo.

Quizás lo que más temía era que el posible daño que llegara se sintiera mayor por el hecho de venir de Lucas. En sus brazos, me daba cuenta de que, a su lado, Andrew pasó por mi vida de puntillas.

Lucas era más sólido y, probablemente por eso, si lo que construíamos se derrumbaba, el efecto sería demoledor.

Por eso decidí vivir aquello sin expectativas, día a día.

Capítulo 35

A la mañana siguiente, Bora Bora amaneció con uno de esos cielos limpios que parecían anunciar que el día había decidido portarse bien con todo el mundo.

Nadie habló demasiado durante el desayuno. No era tristeza exactamente. Era esa melancolía serena que acompaña a las despedidas cuando uno sabe que no pierde a la persona, solo deja de tenerla cerca durante un tiempo.

Alexandra apareció con sus gafas de sol y una sonrisa sospechosamente alegre.

—No pienso montar ninguna escenita de sororidad. Os quiero, lo sabéis, y no volveré a repetirlo. También os extrañaré. Lo suelto antes de que me arrepienta de hacerlo.

Mi madre dejó la taza de café sobre la mesa.

—Nadie ha dicho que fueras a hacerlo.

—Me conocéis bien.

Samantha la observó unos segundos.

—Llevas las gafas puestas dentro de casa.

—Porque son muy bonitas.

—Claro. Y porque no quieres que veamos que igual se te estaba una lagrimita. Cuca, que siempre fuiste muy cuca —le recordé.

—Y porque me favorecen muchísimo.

Lucas, que acababa de entrar desde la calle con una bandeja de bollería recién hecha, carraspeó con toda la solemnidad del mundo.

—Permítanme intervenir como observador imparcial.

Las cuatro lo miramos.

—La señora Alexandra Reed merece una despedida dulce.

Alexandra abrió mucho los ojos.

—¡Tú sí que sabes! No me digas que los has preparado tú.

—No. No he tenido tiempo.

—Claro, como que te has pasado media noche practicando sexo con mi prima en la playa, que a mí no me la dais.

Los ojos se me salieron de las órbitas. Las carcajadas de las demás hicieron el resto.

El trayecto hasta el pequeño aeropuerto transcurrió entre bromas, fotografías improvisadas y promesas de videollamadas que todos sabíamos que terminarían convirtiéndose en conversaciones larguísimas.

Cuando anunciaron el embarque, Alexandra respiró hondo, se volvió hacia mí y me abrazó con tanta fuerza que casi me dejó sin aire.

—Sé feliz.

Sonreí.

—Lo estoy siendo.

—Pues sigue.

Me besó la mejilla antes de mirar a Lucas.

—Y tú.

Él levantó una ceja.

—¿Yo?

—No la líes. Recuerda que se le ha metido en el coco que eres un golfo y es muy dura de mollera.

—Haré todo lo posible.

—No. Haz lo imposible.

Lucas soltó una risa.

—Trato hecho.

Después abrazó también a Alexandra. Era un abrazo sincero, de esos que nacen cuando dos personas se han ganado el cariño mutuo sin apenas darse cuenta.

—Gracias por cuidarla cuando yo llegué años tarde.

Alexandra sonrió.

—Ahora te toca recuperar el tiempo perdido.

Cuando el avión despegó, permanecimos varios minutos observándolo hasta que desapareció entre las nubes.

No sabía en qué momento exacto habíamos empezado a vivir así.

Sin promesas. Sin planes grandilocuentes. Sin necesidad de definir absolutamente nada. Simplemente ocurría.

Lucas aparecía cada mañana por el resort con cualquier excusa imaginable. Un día era porque el chef necesitaba probar un nuevo proveedor de vainilla, y decía que le molaba el nuestro. Otro porque quería enseñarme un rincón de la isla que aseguraba que todavía no conocía. Algunas tardes terminábamos revisando proyectos para nuestros hoteles y otras acabábamos caminando descalzos por la playa hasta que el sol desaparecía detrás del océano.

Nunca hablábamos de si éramos pareja. Nunca nos preguntábamos qué nombre tenía aquello. Nos limitábamos a elegirnos. Cada día.

Había jornadas en las que el trabajo nos obligaba a separarnos hasta la noche. Entonces, a media tarde, mi teléfono vibraba.

«He pasado por tu despacho. Estabas reunida. Me debes un paseo.»

Sonreía inevitablemente.

Otras veces era yo quien le enviaba una fotografía del mar desde mi ventana acompañada de un simple:

«Hoy la laguna está especialmente bonita.»

Y siempre llegaba la misma respuesta.

«Treinta minutos.»

Treinta minutos después aparecía.

Si algún día, por cualquier motivo, no conseguíamos vernos, ambos terminábamos sintiendo que algo había quedado incompleto. No era dependencia. Ninguno dejaba de hacer su vida. Ninguno renunciaba a su trabajo ni a sus responsabilidades. Era algo mucho más sencillo y, precisamente por eso, mucho más bonito.

Era echar de menos compartir el café del final de la tarde.

Era descubrir una puesta de sol y pensar inmediatamente que al otro le habría gustado verla.

Era sonreír al encontrar un mensaje suyo en mitad de una reunión.

Era saber que el día siempre terminaba un poco mejor si él estaba cerca.

Una tarde regresé a casa más temprano de lo habitual y encontré a mi madre y a Samantha sentadas en la terraza, rodeadas de papeles, planos antiguos y varias fotografías antiguas del resort cuando apenas existían dos bungalós y un pequeño restaurante frente al mar.

Las observé unos segundos antes de acercarme.

—¿Qué conspiráis ahora?

Las dos levantaron la cabeza.

Mi madre sonrió.

—Estaba enseñándole cómo era esto al principio.

Samantha levantó una fotografía.

—Mira, Caroline.

La cogí.

En la imagen aparecían mi padre y Eleanor, muchísimo más jóvenes, cubiertos de polvo, con cascos de obra y sonriendo delante de lo que entonces solo era un edificio a medio construir.

No pude evitar devolverles la sonrisa.

—No había visto esta foto nunca.

—Porque estaba perdida en un cajón desde hacía una pila de años —respondió Samantha.

Mi madre pasó lentamente la mano sobre otra de las imágenes.

—Construimos este sitio prácticamente desde cero.

La escuché pronunciar aquella frase con una mezcla de nostalgia y orgullo que me emocionó.

—¿Lo echas de menos?

Se quedó pensativa.

—Muchísimo.

Entonces añadió algo que no esperaba.

—Caroline, ¿crees que habría alguna manera de que pudiera ayudar aquí?

La miré sorprendida.

—¿Trabajar en el resort?

Asintió con cierta timidez.

—No quiero interferir en nada. Ni ocupar un sitio que no me corresponde. Solo que después de tantos años, siento que todavía tengo mucho que aportar.

Antes incluso de que pudiera responder, Samantha habló con absoluta naturalidad.

—¿Perdona? Si alguien tiene derecho a trabajar aquí, eres precisamente tú.

Mi madre la miró sorprendida.

Samantha sonrió mientras señalaba las fotografías.

—Este resort lleva tanto tu ADN como el de Michael. Tú levantaste este lugar con él cuando no era más que un puñado de planos y un sueño enorme. Hay empleados que todavía recuerdan cómo recorrías la obra con una libreta en la mano corrigiendo hasta el último detalle.

Mi madre soltó una pequeña risa.

—Era bastante pesada.

—Eras muy buena.

—También.

—Y lo sigues siendo.

Las dos se miraron con un cariño que todavía conseguía sorprenderme.

Mi madre volvió entonces la vista hacia mí.

—¿Eso significa que puedo quedarme?

Solté una carcajada.

—¿Me estás negociando un contrato de trabajo o una residencia permanente?

Ella sonrió.

—Lo primero.

Hizo una pequeña pausa antes de añadir con un brillo divertido en los ojos:

—Lo segundo… de momento no me lo planteo.

Giró ligeramente la cabeza hacia el jardín, donde Lucas acababa de aparecer hablando con dos jardineros.

—Supongo que es un poco como vosotros.

Levanté una ceja.

—¿Nosotros?

—Sí.

—¿Qué pasa con nosotros?

—Os veo felices.

Noté cómo el calor me subía a las mejillas.

—Mamá…

—Pero ninguno parece tener prisa por ponerle nombre a nada.

Samantha apoyó los codos sobre la mesa.

—Y me parece estupendo.

La miré.

Ella sonrió.

—Las mejores relaciones son las que nacen porque dos personas quieren caminar juntas, no porque necesiten hacerlo.

Mi madre asintió despacio.

—Exactamente.

Respiré hondo mientras observaba a Lucas reír a lo lejos con los empleados.

—Pues así estamos muy bien.

—Se nota.

Samantha se levantó con una sonrisa traviesa.

—Entonces queda decidido.

—¿El qué? —preguntamos mi madre y yo al mismo tiempo.

—Eleanor vuelve oficialmente al equipo del resort.

Mi madre abrió mucho los ojos.

—¿Así, sin entrevista?

—¿Entrevista?

Samantha fingió escandalizarse.

—La única persona a la que jamás le haría una entrevista es a la mujer que ayudó a construir este lugar antes incluso de que yo supiera dónde estaba Bora Bora.

—Eso ha sonado muy bonito.

—Lo sé.

—Y un poco interesado.

—También. Así tendré a alguien que me diga cuándo estoy metiendo la pata.

Mi madre sonrió.

—Eso puedo hacerlo perfectamente.

—Lo sospechaba.

Las tres rompimos a reír al mismo tiempo.

Desde el jardín, Lucas levantó la cabeza al escuchar nuestras carcajadas. Al verme sonreír, me guiñó un ojo con absoluta naturalidad antes de continuar la conversación que estaba manteniendo.

Le devolví el gesto sin pensar.

Y comprendí que, quizás, Samantha tenía razón.

No hacía falta ponerle nombre a todo.

Había historias que crecían mucho mejor cuando se dejaban respirar.

Porque el amor, cuando era libre, no necesitaba etiquetas para demostrar que estaba exactamente donde quería estar.

Y el nuestro lo era.

Capítulo 36

Los meses pasaron sobre Bora Bora con una suavidad extraña, como si la isla hubiera decidido compensarnos por todo lo que nos había arrebatado al principio.

El resort encontró un ritmo nuevo bajo mi dirección, un ritmo que no pretendía borrar la huella de mi padre, sino caminar sobre ella con respeto y con algo de mi propia voz.

Mi madre terminó aceptando un puesto indefinido, aunque ella se empeñara en llamarlo «colaboración temporal» cada vez que alguien insinuaba que se había quedado en la isla para siempre.

Samantha, cada vez más redonda y luminosa, se había convertido en una presencia tranquila dentro de la casa, con menos ironía en la mirada y muchas más ganas de reírse de sí misma de las que nadie habría apostado en mi vida.

Y Lucas seguía contribuyendo a mi felicidad con la misma naturalidad con la que salía el sol sobre la laguna: sin pedir permiso, sin exigir nada, sin poner nombres que pudieran asustarme, pero quedándose siempre lo suficiente para que cualquier día sin él me pareciera incompleto.

Aquella tarde, sin embargo, la isla no tenía nada de suave.

Desde primera hora de la mañana, el cielo había empezado a cerrarse con una rapidez inquietante, y antes del mediodía las autoridades locales ya habían enviado avisos al resort para suspender cualquier actividad en el agua.

No era un ciclón declarado, pero sí una depresión tropical muy intensa que había cambiado de dirección durante la noche y venía cargada de viento, lluvia y oleaje.

En Bora Bora estábamos acostumbrados a los caprichos del clima, a chaparrones brutales que parecían el fin del mundo y desaparecían media hora después, pero aquello era distinto. El aire pesaba de una manera diferente, las palmeras se doblaban con un crujido que me ponía los nervios de punta y la laguna, normalmente turquesa y mansa, había adquirido un tono gris verdoso que no le pertenecía.

Estuve en contacto con Lucas todo el día mientras cada uno coordinaba a su personal.

Nosotros cerramos las pasarelas de los bungalós sobre el agua, reubicamos a varios huéspedes en zonas más seguras del edificio principal y enviamos mensajes a todas las excursiones para confirmar que nadie quedaba fuera.

Eleanor había salido por la mañana, antes de que el temporal se complicara, para reunirse con unos proveedores de textiles y artesanía local en la otra punta de la isla.

Me había prometido que regresaría antes de comer, pero a media tarde seguía sin aparecer y las comunicaciones comenzaron a fallar justo cuando más necesitaba oír su voz.

Yo intentaba mantener la calma delante de todos, pero cada vez que miraba el teléfono sin señal sentía que el estómago se me encogía un poco más.

—La traeré yo —dijo Lucas, cuando se encontró conmigo a media tarde—. No puedes salir con este tiempo. Conozco esas carreteras incluso cuando no se ven.

—Eso no me tranquiliza.

—Ya lo sé —respondió, acercándose lo justo para que nadie más oyera el temblor de mi respiración—. Pero quedarme aquí viéndote romperte las manos no va a traerla antes.

Quise discutir. De verdad que quise. Pero había algo en sus ojos, una serenidad firme que no admitía heroicidades tontas ni imprudencias, solo decisión.

Lucas no era de los que presumían de valor; por eso, cuando decidía hacer algo, una sabía que no era por orgullo.

Le apreté la mano con fuerza antes de dejarlo marchar y, durante la hora siguiente, el mundo entero se redujo al ruido del viento golpeando los ventanales y al miedo de imaginar aquel todoterreno avanzando bajo la lluvia por una carretera bordeada de palmeras vencidas.

Cuando por fin los faros aparecieron al fondo del camino de la casa, el alivio me dejó tan débil que tuve que apoyarme en la puerta.

Corrí bajo la lluvia antes incluso de que el coche se detuviera por completo. Lucas bajó empapado, con la camisa pegada al cuerpo y el pelo oscuro chorreando sobre la frente, y rodeó el vehículo para ayudar a mi madre a salir.

Eleanor venía pálida, con el bolso apretado contra el pecho y los zapatos llenos de barro, pero estaba entera. Estaba allí. Me lancé a abrazarla con una fuerza que casi la hizo reír y llorar a la vez.

—Estoy bien, cariño, estoy bien —repitió, acariciándome el pelo—. Lucas ha llegado como si fuera el guardián oficial de las mujeres Reed.

—No le des ideas —murmuré contra su hombro, aunque la voz se me quebró.

Lucas cerró la puerta del coche y miró hacia la carretera, donde un árbol caído comenzaba a bloquear parte del acceso.

—Tenemos que entrar. Esto va a empeorar antes de mejorar.

La casa estaba a oscuras cuando cruzamos el umbral.

La luz se había ido hacía casi media hora, según me confirmó una de las empleadas que acababa de dejar velas encendidas en el salón antes de marcharse con su familia al edificio de servicio, más protegido del viento.

El interior olía a lluvia, cera caliente y madera húmeda.

Llamé a Samantha en voz alta mientras me quitaba las sandalias empapadas, esperando escuchar alguna de sus respuestas sarcásticas desde la escalera, algo sobre lo dramáticos que éramos todos o sobre lo poco favorecedor que resultaba un temporal para su estado. Pero no contestó.

Entonces oímos un gemido.

No fue fuerte, pero sí lo bastante profundo para helarme la sangre.

Eleanor levantó la cabeza al mismo tiempo que yo. Lucas ya se había movido hacia el pasillo antes de que ninguna pronunciara su nombre.

Encontramos a Samantha en el salón pequeño, junto al sofá, con una mano aferrada al respaldo y la otra apoyada sobre el vientre. Su rostro estaba perlado de sudor, el pelo rubio se le pegaba a las sienes y la expresión de sus ojos había perdido cualquier rastro de humor.

—Creo —dijo, intentando respirar— que vuestra pequeña Reed ha decidido que una tormenta tropical era una entrada discreta.

Durante un segundo no entendí. O no quise entender.

Después vi el suelo.

—Has roto aguas —susurró mi madre.

Samantha soltó una risa breve que se convirtió en otro quejido.

—Eso parece.

Sentí que todo dentro de mí se precipitaba. Miré a Lucas, luego a mi madre, luego otra vez a Samantha.

El hospital estaba al otro lado de la isla. La carretera empezaba a estar cortada. No había luz. La señal iba y venía. El viento hacía temblar los cristales como si algo enorme golpeara la casa desde fuera.

—Tenemos que llamar a una ambulancia —dije, sacando el teléfono con manos torpes.

—Ya he intentado llamar —respondió Samantha—. No entra la llamada.

—Lo intentaremos otra vez.

—Caroline… —empezó mi madre.

—No, mamá. No. Tenemos que sacarla de aquí.

Lucas me sujetó por los hombros con una firmeza suave.

—Mírame.

—Lucas, no podemos quedarnos aquí.

—Caroline, mírame.

Obedecí porque su voz no tenía miedo. Y, en aquel instante, necesitaba desesperadamente a alguien que no lo tuviera.

—Ahora mismo no podemos moverla por esa carretera. No hasta saber si hay paso. Y si la niña viene antes, la atenderemos aquí.

—¿Cómo que la atenderemos aquí?

Samantha gimió de nuevo y Eleanor corrió a su lado, ayudándola a sentarse con cuidado.

Lucas me miró sin apartar las manos de mis brazos.

—Recuerda que mi abuela fue matrona muchos años en la isla. La acompañé más veces de las que puedo contar cuando era adolescente. No soy médico, pero sé lo que hay que hacer mientras conseguimos ayuda.

Me quedé mirándolo como si acabara de descubrir una parte de él que siempre había estado ahí, esperando el momento exacto para aparecer.

—¿De verdad sabes hacerlo?

—Lo suficiente para no perder la cabeza —respondió—. Y ahora necesito que tú tampoco la pierdas.

Tragué saliva.

—No sé si puedo.

Su expresión se suavizó apenas un segundo.

—Sí puedes. Esta niña no ha elegido una noche fácil para nacer, así que vamos a ponérselo todo lo fácil que podamos.

Aquella frase me sostuvo más que cualquier otra.

A partir de entonces, Lucas tomó las riendas con una calma que transformó el miedo en movimiento.

Mandó a mi madre a preparar el dormitorio grande de la planta baja, porque subir escaleras con Samantha era una locura.

Me pidió toallas limpias, mantas, agua, velas, el botiquín completo y cualquier linterna que encontrara.

Después corrió al cuarto de seguridad para intentar comunicarse con el resort. Yo subía y bajaba por la casa con el corazón en la garganta, abriendo armarios, tirando cajones, recogiendo todo lo que me pedía mientras el viento arrancaba ramas en el jardín y la lluvia golpeaba el tejado con una violencia casi animal.

Cuando regresé al salón, Samantha estaba sentada en el borde del sofá, respirando como Eleanor le indicaba. Tenía la mano de mi madre atrapada entre las suyas y, aun así, intentó sonreír al verme aparecer cargada de toallas.

—Caroline, cariño, si rompo algún mueble durante esto, prometo pagarlo.

—Cállate, Samantha.

—Qué tono tan autoritario.

—Estoy aterrada.

—Yo también.

Aquella confesión nos dejó a las dos sin defensas. Me arrodillé frente a ella y le aparté un mechón húmedo de la cara.

—Va a salir bien.

—¿Me lo prometes?

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas porque no sabía si tenía derecho a prometer algo así.

Lucas entró en ese momento con una radio portátil en la mano.

—Te lo prometo yo.

Samantha levantó la vista hacia él.

—Más te vale, Teva.

—No pienso discutir con una mujer de parto. Siempre ganan.

Por increíble que pareciera, Samantha soltó una carcajada entrecortada.

Eleanor también sonrió, y ese pequeño respiro bastó para que todas obedeciéramos cuando Lucas nos indicó que había que trasladarla al dormitorio.

La ayudamos a ponerse en pie entre las tres. Cada contracción la detenía, la doblaba, la obligaba a apoyarse en nosotros con un sonido que me partía por dentro. Pero avanzó. Paso a paso. Con la mandíbula apretada y los ojos llenos de una valentía que nunca antes le había visto.

El dormitorio quedó iluminado por velas y linternas colocadas en las esquinas.

Afuera, la tormenta parecía empeñada en sacudir la casa entera, pero dentro, Lucas consiguió crear un pequeño centro de calma.

Extendió toallas limpias sobre la cama, revisó el botiquín, habló por radio con alguien del consultorio durante unos segundos intermitentes que se cortaban y volvían entre chasquidos, y logró recibir instrucciones básicas antes de que la señal desapareciera otra vez.

Eleanor se colocó junto a Samantha para ayudarla a respirar. Yo permanecí al otro lado, sosteniéndole la mano, aunque no sabía si ella me sujetaba a mí o yo a ella.

Las horas siguientes no se parecieron a nada que hubiera vivido.

El tiempo perdió su forma. La tarde se convirtió en noche sin que yo pudiera precisar cuándo.

A ratos, la lluvia golpeaba con tanta fuerza que apenas oíamos nuestras propias voces; a ratos, el viento bajaba lo suficiente para dejarnos escuchar la respiración agitada de Samantha y las indicaciones de Lucas.

Mi madre no dejó de hablarle ni un segundo. Le decía que lo estaba haciendo muy bien, que respirara con ella, que descansara cuando pudiera, que no estaba sola.

Samantha alternaba quejidos, insultos educadísimos y alguna frase delirante sobre lo absurdo que era parir sin electricidad en una casa llena de mujeres millonarias y un hombre que preparaba cócteles mejor que cualquier médico.

Lucas no perdió la calma en ningún momento. Ni siquiera cuando una contracción más intensa arrancó un grito a Samantha y yo rompí a llorar sin poder evitarlo. Entonces levantó la mirada hacia mí, no con reproche, sino con una firmeza serena que me obligó a respirar.

—Caroline.

Negué con la cabeza.

—No puedo verla sufrir así.

—Sí puedes.

—No. No puedo, de verdad —murmuré.

—Mírame.

Volví a hacerlo, aunque tenía la vista borrosa.

—Mientras esa niña quiera venir al mundo, nosotros no vamos a rendirnos antes que ella.

Aquellas palabras se me quedaron clavadas en algún lugar muy hondo. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y asentí. Después me incliné hacia Samantha.

—¿Me has oído? Tu hija es una cabezota.

Samantha soltó una risa rota.

—Eso viene de los Reed.

—Sin duda.

—Si sale con el carácter de su padre, me hago monja.

Eleanor se rio entre lágrimas.

—Ya es tarde para eso, querida.

Incluso Lucas sonrió.

La tormenta continuó rugiendo afuera, pero dentro de aquella habitación empezó a ocurrir algo que nunca olvidaré.

Dejamos de ser mujeres unidas por un pasado incómodo, por un hombre que nos había amado de formas distintas y a veces torpes, por heridas que habían tardado demasiado en cicatrizar.

Nos convertimos en una sola fuerza alrededor de Samantha.

Mi madre le sostenía la espalda.

Yo le apretaba la mano y le secaba la frente.

Lucas guiaba cada paso con una serenidad casi sagrada.

Y Samantha, que durante años había parecido hecha de hielo y orgullo, se abrió ante nosotras con una vulnerabilidad inmensa, luchando por su hija con una entrega que borró cualquier sombra antigua.

Cuando llegó el momento final, la casa entera pareció contener la respiración. La luz seguía sin volver. La radio no respondía. Afuera, algo golpeó una contraventana con estrépito y yo sentí que el miedo intentaba apoderarse de mí otra vez, pero Samantha apretó mi mano con tanta fuerza que me obligó a mirarla.

—Caroline.

—Estoy aquí.

—Si me muero, dile a mi hija que fui guapísima hasta el último segundo.

Me eché a reír llorando.

—No vas a morirte.

—Pero lo de guapísima díselo igualmente.

—Se lo dirás tú.

Lucas se acercó un poco más.

—Samantha, escúchame. En la próxima contracción vas a empujar como te diga. Tu hija ya está aquí.

Aquella frase cambió el aire.

Mi madre empezó a llorar en silencio.

Samantha cerró los ojos un segundo y luego asintió, con el rostro desencajado por el dolor y una determinación feroz.

La siguiente contracción la atravesó como una ola enorme. Eleanor la sostuvo. Yo le sujeté la mano. Lucas habló bajo, claro, firme. Una vez. Otra. Otra más.

Y entonces, justo cuando el viento pareció alejarse lo suficiente para dejarnos escuchar el mundo, un llanto pequeño, agudo y poderoso llenó la habitación.

Nunca había oído nada tan hermoso.

Samantha abrió los ojos de golpe.

—¿Está bien?

Lucas no respondió enseguida. Fueron apenas dos segundos, pero a mí me parecieron una vida. Después lo vi sonreír como no lo había visto sonreír jamás.

—Está perfecta.

La niña lloraba con una fuerza diminuta y furiosa, como si quisiera dejar claro que no había atravesado una tormenta tropical para llegar al mundo en silencio.

Lucas la envolvió con una toalla limpia, la acercó con una delicadeza infinita y la colocó sobre el pecho de Samantha.

En ese mismo instante, las luces de la casa parpadearon. Una vez. Dos. Luego volvieron con una claridad temblorosa que iluminó el rostro empapado de lágrimas de Samantha y el cuerpo minúsculo de su hija contra ella.

Nadie habló durante unos segundos.

Ni siquiera la tormenta pareció atreverse.

Samantha acarició la cabecita de la niña con los dedos temblorosos.

—Hola, mi amor —susurró—. Hola, pequeña.

Mi madre se cubrió la boca con una mano. Yo no podía dejar de llorar. Lucas permanecía a un lado, todavía atento, todavía pendiente de que todo siguiera bien, pero con los ojos brillantes y la camisa empapada pegada al cuerpo, como si acabara de regresar de una batalla que jamás pensó ganar y que, sin embargo, había ganado para todas.

—¿Quieres cogerla? —me preguntó Samantha de pronto.

La miré sin entender.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Samantha…

—Caroline, por favor.

Me acerqué despacio, casi con miedo.

Lucas me ayudó a colocar los brazos y Samantha me dejó a mi hermanita contra el pecho. Pesaba poquísimo, menos que una promesa y más que cualquier herencia.

Tenía la piel tibia, los ojos cerrados y una boca diminuta que se movía como si todavía protestara por el viaje.

Al sostenerla, sentí que algo dentro de la casa, dentro de nosotras, incluso dentro de la historia de mi padre, se colocaba por fin en un lugar distinto.

—Es preciosa —murmuré.

Samantha sonrió agotada.

—Es una Reed.

—Entonces estamos perdidas.

—Completamente.

Mi madre se acercó y apoyó una mano en mi espalda. Durante un instante, las tres miramos a aquella niña como si en ella cupiera todo lo que habíamos perdido y todo lo que todavía podíamos salvar.

Michael no estaba. Nunca conocería a su hija. Nunca la llevaría en brazos por aquella casa ni le enseñaría la laguna al amanecer. Pero ella estaba allí, respirando contra mi pecho, trayendo vida al mismo lugar donde meses atrás habíamos despedido la muerte.

Cuando Lucas terminó de asegurarse de que Samantha estaba estable y de que la ayuda médica ya venía de camino en cuanto despejaran el acceso, se acercó a mí.

Le devolví a la niña a su madre con cuidado y, sin decir nada, me lancé a sus brazos. Él me recibió con una fuerza cálida, envolviéndome entera mientras yo escondía la cara contra su cuello.

—Hoy no solo la has ayudado a nacer —susurré, con la voz rota—. Nos has salvado a todas.

Sentí cómo me besaba el pelo.

—No. Solo os recordé que podíais hacerlo.

Me separé lo justo para mirarlo. Tenía los ojos cansados, la cara marcada por la tensión y esa humildad suya que a veces me desarmaba más que cualquier declaración.

—Te quiero —le dije.

No fue una frase pensada. No fue prudente ni medida. Salió de mí con la misma evidencia con la que la niña acababa de llegar al mundo en mitad de una tormenta.

Lucas sonrió despacio.

—Yo también te quiero, Caroline.

Detrás de nosotros, Samantha soltó un suspiro teatral.

—Me alegra que estéis teniendo vuestro momento romántico, pero yo acabo de parir y exigiría un poco de protagonismo.

Eleanor rompió a reír con lágrimas todavía en la cara.

—Tiene razón.

Me giré hacia Samantha y vi que abrazaba a su hija con una expresión de felicidad absoluta.

—Todo el protagonismo es tuyo —respondí.

—Y de ella.

La tormenta empezó a alejarse poco a poco durante la madrugada. Cuando por fin llegaron los sanitarios, encontraron a Samantha agotada pero sonriente, a mi madre convertida en una mezcla de enfermera, abuela honorífica y guardiana del orden, y a Lucas recibiendo elogios que intentaba esquivar con una modestia casi ridícula.

Yo permanecí junto a la ventana, observando cómo las primeras luces del amanecer abrían grietas rosadas en el cielo todavía gris.

En la habitación, la niña dormía sobre el pecho de Samantha.

El mundo olía a lluvia, a sal y a vida nueva.

Y por primera vez desde la muerte de mi padre, comprendí que Bora Bora no solo me había devuelto al lugar donde todo había empezado. También me estaba enseñando que una familia podía romperse, recomponerse de una forma distinta y, aun así, volverse más fuerte. Aquella casa, que había conocido silencios, despedidas y reproches, amanecía ahora con el sonido suave de un bebé respirando entre nosotras.

La pequeña Reed había llegado durante la peor noche del año.

Y, aun así, había conseguido traer la calma.

Epílogo

Dos años después, la playa donde Lucas y yo nos habíamos besado por primera vez al regresar a Bora Bora amaneció convertida en el lugar más hermoso que había visto nunca. No porque estuviera cubierta de flores —aunque las había por todas partes— ni porque el embarcadero apareciera adornado con telas blancas que danzaban al ritmo de la brisa, sino porque aquel rincón de la isla concentraba, de alguna manera, toda nuestra historia.

No habíamos querido una boda solemne. Tampoco una celebración llena de protocolos ni de invitados célebres. Bora Bora nunca había sido eso. Nuestra isla olía a sal, a flores de tiaré y a libertad, así que casarnos descalzos sobre la arena era la única opción que tenía sentido.

El altar consistía en una sencilla estructura de madera clara cubierta de buganvillas, hibiscos y orquídeas blancas. Detrás, la laguna brillaba con ese azul imposible que seguía dejándome sin palabras incluso después de tantos años.

Las primeras filas estaban ocupadas por nuestra familia, por los empleados del resort, que hacía mucho habían dejado de ser trabajadores para convertirse en amigos, y por muchos habitantes de la isla que habían visto convertirse en un hombre a Lucas y que, de alguna forma, también me habían visto volver a casa.

Cuando comenzó a sonar la música, respiré hondo antes de echar a andar.

No iba sola.

Mi madre caminaba a un lado y Samantha al otro.

Las dos insistieron en acompañarme hasta el altar porque, según Samantha, «si entre las tres habíamos sobrevivido a un parto en mitad de una tormenta tropical, llegar hasta Lucas iba a ser un paseo».

Todavía me hacía reír su manera de convertir cualquier momento emocionante en una broma.

La pequeña Eleanor apareció delante de nosotras, arrancando una sonrisa colectiva.

Tenía dos años recién cumplidos y llevaba un vestido diminuto de lino blanco que apenas conseguía contener sus ganas de correr. Sujetaba una pequeña cesta de fibras naturales y, colgados de un cojín bordado a mano por varias artesanas de la isla, viajaban nuestros anillos.

Apenas daba tres pasos antes de detenerse para saludar a alguien. Luego volvía a caminar. Después descubría una concha en la arena. Y volvía a detenerse.

Las carcajadas se extendieron por toda la playa.

Lucas se llevó una mano a la frente.

—Creo que va a tardar más que la novia.

—Es una Reed —respondió Samantha orgullosa—. Ya sabes que nos gusta hacernos esperar.

La niña terminó llegando hasta él con una sonrisa inmensa.

Lucas se agachó para recibirla y Eleanor le entregó el cojín con la solemnidad de quien está convencida de realizar la misión más importante del planeta.

Le dio además un beso sonoro en la mejilla.

El aplauso fue inmediato.

Nadie habría imaginado, dos años atrás, que aquella pequeña llevaría ese nombre.

Había sido Samantha quien lo propuso. «Quiero que se llame Eleanor», dijo tras darla a luz. Mi madre creyó que bromeaba.

Samantha negó con la cabeza y respondió con una emoción que todavía hoy recuerdo perfectamente. «Quiero que mi hija lleve el nombre de la mujer que me ha enseñado que siempre existe una forma mejor de querer.»

Mi madre lloró tanto que apenas consiguió darle las gracias.

Desde entonces, la pequeña Eleanor se convirtió en el corazón de aquella familia tan improbable como maravillosa.

La casa también había cambiado.

A propuesta de Samantha, construimos un nuevo ala junto a la mansión Reed. Ella insistió en que quería criar allí a su hija, cerca de todos nosotros, pero sin invadir nuestro espacio. El resultado fue una vivienda unida por un gran jardín tropical y una galería cubierta que permitía pasar de una parte a otra en apenas unos segundos.

Lucas resumía la situación mucho mejor.

—Vivimos juntos.

Hacía una pausa teatral.

—Pero no revueltos.

Y siempre terminábamos riendo.

Aquello nos permitía desayunar todos juntos casi cada mañana, discutir sobre quién preparaba las mejores ensaladas, compartir cenas interminables y ver crecer a Eleanor rodeada de cariño, sin renunciar ninguno a su propia intimidad.

Alexandra, por supuesto, seguía apareciendo cada verano como un huracán.

Aseguraba que el aeropuerto de Bora Bora ya debía poner una alfombra roja con su nombre.

Aquel día era mi dama de honor. Aunque ella prefería otra definición.

Unos minutos antes, mientras terminaban de colocarme el velo pirata en la cabeza, me abrazó por los hombros y sonrió a través del espejo.

—No soy tu dama de honor.

—¿Ah, no?

—No.

Negó con absoluta convicción.

—Soy tu sostén emocional.

Solté una carcajada.

—Qué elegante.

—Cada una tiene el cargo que merece.

—¿Y quién te ha nombrado?

—Yo misma.

—Debí suponerlo, qué tonta yo.

—Es un puesto de enorme responsabilidad.

Nos abrazamos durante unos segundos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

Miré hacia la playa, donde Lucas esperaba con esa mezcla de serenidad y emoción que siempre conseguía transmitirme calma.

Sonreí.

—No.

—¿Segura?

—Completamente.

Respiré despacio.

—Porque llevo años sintiendo que estoy exactamente donde debo estar.

Alexandra besó mi frente.

—Pues ve. Hay un pobre hombre esperando desde hace un rato y creo que, si tardas mucho más, necesitará beberse un montón de esos cócteles sensacionales que prepara.

Cuando llegué junto a Lucas, sus ojos ya estaban brillando.

—Hola —susurró.

—Hola.

—Estás…

Negó con la cabeza.

—No encuentro una palabra que esté a tu altura.

Le acaricié la mano.

—Pues no la busques.

Durante la ceremonia apenas pude apartar la vista de él.

Mientras pronunciábamos nuestros votos, el mar parecía acompañar cada palabra con el rumor tranquilo de las olas.

No prometimos perfección. Prometimos seguir eligiéndonos. Cada mañana. Incluso los días difíciles. Especialmente esos.

Antes del intercambio de anillos, levanté la vista hacia el horizonte.

Muy cerca del altar, sobre una pequeña mesa de madera, descansaba una fotografía de mi padre sonriendo, tomada muchos años antes, cuando el resort aún era un sueño gigantesco.

Una sencilla flor blanca reposaba junto al marco.

No sentí tristeza. Solo gratitud. Porque, de alguna manera, él seguía allí.

En la isla que tanto había amado.

En la familia que, pese a todos los errores, había terminado encontrando el camino de regreso.

Y en el hombre al que yo estaba a punto de llamar marido.

Cuando Lucas deslizó el anillo en mi dedo, comprendí que el amor nunca había consistido en encontrar a alguien que llenara mis vacíos.

Había consistido en encontrar a alguien que caminara a mi lado cuando ya estaba completa.

Alguien que nunca intentó salvarme porque jamás me vio rota.

Solo me quiso. Así de sencillo. Y quizás por eso funcionó.

La música comenzó a sonar en cuanto nos besamos. Mi hermanita aplaudía con entusiasmo desde los brazos de Samantha, Alexandra lloraba mientras insistía en que tenía arena en los ojos, mi madre reía sin dejar de secarse las lágrimas y todo el resort estalló en una ovación que se confundió con el murmullo del océano.

Mientras caminábamos descalzos por la playa entre aplausos, flores y abrazos, levanté la vista hacia el inmenso cielo de Bora Bora y tuve la absoluta certeza de que algunas historias no terminaban con un «para siempre».

Las mejores empezaban precisamente allí.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz